

MI AUTONOMIA

Nadia Colella



NC

Mi Autonomía

NADIA COLELLA



Mi autonomía

Nadia Colella

1ra edición, mayo 2020

© 2020 Nadia Colella

www.nadiacolella.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecido por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la autora. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Diseño de portada: Rodrigo Contreras

Corrección de texto: Virginia Cinquegrani

Maquetación: Nadia Colella

*A mis amigas Julieta y Carolina,
por haberme acompañado en
cada paso de este proceso.*

Capítulo 1

El humo de mi cigarrillo se formaba delante de mis ojos como una nube de tormenta a punto de estallar sobre mí. Me quedé observando cómo el tiempo lo atravesaba, milímetro a milímetro, devorándolo como un virus que avanzaba a rápida velocidad hasta hacerlo desaparecer por completo. Y, de un momento a otro, ya no quedaba nada, salvo la mancha negra que estaba en el techo. Fijé la mirada para intentar descifrar el posible origen de aquello y me pregunté si sería humedad o algo más, pero no se me ocurrió nada. Me encogí de hombros y le di otra pitada a mi cigarrillo.

Cansada de estar acostada, me puse de pie y sentí como si hubiera pisado sobre hielo. Busqué con la mirada mi calzado, pero no sabía dónde lo había dejado, así que le di la bienvenida al frío y seguí mi camino. La ventana del balcón estaba abierta y la brisa matutina envolvió mi cuerpo desnudo. Me acerqué a la computadora y abrí mi casilla de correo. Lo primero que vi era un mail del propietario del edificio con un asunto en mayúsculas y más de tres signos de admiración: «ÚLTIMA ADVERTENCIA!!!». Ni siquiera lo leí; lo borré directamente.

Lo peor de todo era que no había más correos nuevos.

—¡La puta madre! —grité.

Tiré el cigarrillo al piso y me sostuve la cabeza entre las manos. Respiré profundo y me obligué a hacerlo más de una vez. No iba a poder encontrar una solución a mi problema si me dejaba llevar por las emociones. Tenía que serenarme y buscar alternativas. De pronto, sentí una mano sobre mi hombro y me levanté saltando de la silla. Tenía una media sonrisa que se esfumó en cuanto me observó con atención.

—Perdón, no quería...

—No me asustes así, Javier.

—Jonathan.

—Sí, Jonathan —le respondí volviendo a mi habitación. Me acerqué al armario y abrí mi segundo cajón. Allí se encontraba mi remera favorita, la que mi mejor amigo me había comprado en Nueva York. Después de ponérmela, encontré mis pantuflas asomándose por debajo de la cama, del lado izquierdo. Me agaché para juntarlas y volví a salir hacia el living.

—Gracias por la cena —le dije mientras ponía agua a hervir.

Jonathan se acercó a mi lado y apoyó su cintura contra el borde de la mesada. Se cruzó de brazos y giró su cabeza para poder mirarme, pero yo me aparté de la cocina y busqué en las alacenas mi taza.

—Tomo lo que tomes vos —me dijo.

Me reí.

—Voy a desayunar sola. Gracias por todo, Jonathan. —Y busqué el polvo para hacerme un

capuchino.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo se apartaba de la mesada y se quedaba de pie observándome. Yo seguí con mi tarea. Busqué el azúcar y me puse a revolver el contenido. Escuché su bufido y se dirigió hacia la habitación con pasos pesados. Unos segundos después, salió de mi departamento sin siquiera decirme adiós. Yo tampoco lo saludé.

Cuando mi infusión estuvo lista, salí al balcón y me senté en la reposera. El cielo azul claro de Buenos Aires estaba impoluto. Me entretuve observando el horizonte mientras degustaba mi bebida. Intenté que nada atosigara mis pensamientos. Necesitaba reconectarme, dejar a un lado todos los problemas y sentirme presente en el momento. Si en cada minuto que respiraba pensaba en mis problemas, era lo que iba a seguir atrayendo. Eso me había enseñado mi mamá y lo había comprobado con el tiempo, así que dejaría en blanco mi mente y respiraría. Pero el sonido de mi celular me hizo sobresaltar y por poco me hizo tirar lo que me quedaba del capuchino. Dejé a un lado la taza y volví al interior del departamento a buscar el aparato. Era una llamada entrante de Quimey.

—¡Hey! —le dije con una sonrisa y busqué el reloj que estaba colgado sobre el escritorio de mi computadora—. ¿Qué hacés levantado tan temprano?

—Me estoy yendo a Ezeiza —me respondió riéndose.

Recién en ese momento me percaté del sonido del exterior. No estaba solo.

—¿A Ezeiza? —le dije sentándome en una silla—. ¿Tenías un viaje planeado y no me dijiste nada?

—No, fue un viaje espontáneo. —Bajó la voz—. Me estoy yendo con Lucas.

—Te escucho igual —dijo una voz lejana.

—¿Lucas? —pregunté asombrada—. ¿Lucas, Lucas? ¿El del bar de Palermo?

—El mismo —me dijo volviendo a hablar normal—. Le salió un viaje de negocios y me invitó a Londres.

—Ah, pero... ¡qué natural! —Y no pude evitar reírme—. Siempre te suceden cosas extraordinarias.

—Las busco. No suceden de la nada. ¿Y vos cómo estás?

Tragué saliva y, sin querer, miré la computadora.

—Bien.

—A mí no, Hunter —me dijo con su voz reprochadora—. Contame cómo estás. Mirá que cancelo todo y voy para allá.

—¡No! —me apresuré a decirle. Sabía que era capaz de hacerlo—. Estoy bien. El negocio no lo está.

—¿Otra vez? Te dije que te paso plata si necesitás.

—Y yo te dije que no hace falta. Que voy a encontrar una solución.

—Sé que la vas a encontrar, pero, mientras tanto, puedo ayudarte. No seas cabeza dura.

—No, te agradezco de verdad.

—¿Te volvió a contactar el dueño del edificio?

—Sí. Me dio un mes.

—¡Mía! —Me gritó al oído y tuve que alejar el celular—. ¿Por qué no querés aceptar la plata?

¿Te pueden echar del departamento!

—Porque no voy a tener cómo devolvértelo en el corto tiempo. —Quimey iba a quejarse, pero lo interrumpí antes de que lo intentara. —Y ya sé que no te importa cuándo te lo devuelva, pero a mí sí me importa. Ya todos me ayudaron lo suficiente; no puedo seguir dependiendo de los demás para vivir mi vida. Tengo que encontrar las soluciones por mi cuenta. Y, si me llegan a echar, tendré que encontrar otro departamento que se adapte mejor a mi nueva realidad.

Había vivido en ese lugar casi cuatro años. Me gustaba el balcón porque cada noche salía a respirar el aire de la ciudad y a disfrutar del murmullo bajo de una ciudad viva. Incluso cuando tenía compañía. Me escabullía del dormitorio para estar un rato en paz. O la amplia cocina, que me permitía experimentar con la comida cada vez que tenía ganas. Aunque, realidad, más la usaba Quimey cuando jugaba con las bebidas e inventaba tragos. Las dimensiones del living también me permitían alojar a toda mi familia y que pudiéramos disfrutar de una buena película o algún tentempié. Y, por supuesto, mi estudio fotográfico. Había usado una de las habitaciones de huéspedes para mis utensilios de fotografías, los marcos que compraba, las imágenes que mandaba a imprimir...

Era un departamento grande para mí sola, pero había podido pagarlo. Aunque, si era sincera, el primer año me había ayudado mi familia, el segundo y el tercero había tenido que ayudarme más de una vez Quimey y el cuarto lo estaba soportando... Pero día a día las ventas caían.

Había estado enviando solicitudes para realizar muestras digitales en las páginas de las grandes galerías de arte, pero ninguna me había respondido. Ni siquiera me había llegado un pedido de compra. ¿Qué iba a hacer? Pensar en dejar la fotografía me oprimía la garganta, pero tenía un ultimátum del dueño del edificio. Solo treinta días para que, finalmente, me echara.

No me agradaba la idea de tener que mudarme a un lugar mucho más chico.

No me agradaba la idea de reconocer otro fracaso.

—¿Y si buscás un empleo de medio tiempo, aunque sea?

Suspiré.

—Por el momento no quiero hacerlo. No querría tener que hacerlo nunca. Pero algo voy a encontrar. Lo sé.

—Sos una persona creativa. Abrí tu mente y vas a ver que la solución te llegará sin esfuerzo. Dicen que salir del lugar donde uno se encuentra estancado ayuda. ¿Por qué no vas a dar una vuelta con tu cámara?

—Es una buena idea. —Era verdad—. Subí muchas fotos a Instagram. ¡Que tengas un lindo viaje!

—Gracias, mi amor. Y cualquier cosa...

—Lo sé. Te llamo. Te quiero.

—Yo también.

Entré a mi estudio y lo primero que vi sobre la mesa de vidrio fue mi cámara fotográfica. El peso que tenía sobre los hombros pareció desvanecerse por un instante. Por un escaso momento, el sentimiento de satisfacción y calidez que me generaba ese aparato me recorrió por completo, como si en medio de una tormenta de nieve, encontraras una cabaña con una chimenea encendida. Eso era la fotografía para mí. Mi refugio. Aun así, no la había tratado con el respeto que se

merecía. No la había cuidado lo suficiente y en ese momento estaba viendo las consecuencias.

No podía volver a buscar un trabajo esclavo al que tuviera que dedicarle más de ocho horas de mi vida. No podía volver a hacerlo. De solo pensarlo, me dolía la cabeza. Tenía que encontrar una solución pronto. Así que respiré hondo y seguí el consejo de mi amigo.

Escogí Puerto Madero, cerca del Puente de la Mujer. No podría explicarte cómo funciona, pero la cámara es como una extensión de mi cuerpo que me pide que haga ciertas cosas. A veces, no sé bien lo que hago, pero le hago caso a mi instinto. Confío en él y sé que hacia alguna dirección intenta llevarme. Así que, cuando mi cámara me pidió que empezara a sacar fotografías a mi alrededor, no lo dudé ni un segundo.

Mi fuerte siempre fueron los paisajes. He tenido la suerte de poder recorrer el mundo, dado que mis padres lo viven recorriendo constantemente y tengo un hermano asentado en Alaska. Me resultó natural captar esos momentos maravillosos que nos regala la madre naturaleza. Sin embargo, en el último tiempo me sentía presa de una rutina que no me gustaba. Así que sacar fotos a extraños se sintió como una brisa fresca en pleno verano.

Familias, grupos de amigos, parejas. Mi mente comenzó a expandirse y las historias se iban formando solas en mi cabeza. Un padre abrazaba a su esposa, quien sonreía contenta porque él acababa de decirle que finalmente podrían irse de vacaciones. Era allí cuando los hijos se sumaban al abrazo y, entre los cuatro, formaban una especie de fortaleza impenetrable. Después había dos amigas que reían a carcajadas porque una de ellas había conseguido el trabajo que tanto anhelaba. Al lado de ellas, un hombre besaba a una mujer, susurrándole mentiras al oído. Ella sonreía sin saber el dolor que le esperaba.

De a poco, fui captando distintas situaciones, momento a momento, formando una historia en imágenes.

Y, entonces, un hombre me llamó la atención.

Mi instinto superó cualquier control que podría llegar a ejercer sobre este. Mi dedo no paraba de tocar el obturador. Una tras otra. Hasta mi corazón se había acelerado de la emoción. Tenía el cabello oscuro, en abundante proporción, y sin el mínimo resguardo por acomodarlo. La barba era pareja en la altura de los cachetes, pero en el mentón la tenía más poblada y algunos de sus cabellos estaban teñidos de color ceniza.

Sin darme cuenta, me acerqué a él para poder verle mejor el rostro. Estaba vestido con un jean negro desgastado y de su cintura colgaba una cadena plateada sujeta a un cinturón con tachas. En la parte de arriba llevaba una camisa cuadrillé de color negro y rojo. Y no podía obviar a la mujer que estaba con él. Su melena lacia y rubia bailaba con el viento. Ella sonrió con sus labios de rojo carmesí cuando él apoyó su cuerpo contra su espalda. Sus fuertes brazos la capturaron y le susurró algo al oído.

Aparté la mirada incómoda, como si estuviera espiando algo secreto. Me alejé de allí y me acerqué hacia la baranda que rodeaba el río para poder mirar las imágenes en la cámara. Tanto las que había sacado al resto del mundo como las que le había sacado a ese hombre me hacían sentir una chispa en el cuerpo. Sobre todo, las que aparecía él...

Una tras otra, fui pasando todas las fotos que le había sacado. No me di cuenta del tiempo que había pasado observándolas hasta que escuché una voz.

—¿Salimos bien en las fotos?

Cuando levanté la mirada, me encontré con unos ojos azules y una melena oscura. Debajo de la camisa tenía una musculosa blanca que se le ceñía al cuerpo. La sorpresa de su aparición me hizo perder el control de mis extremidades. Nunca me saco la correa del cuello, por cualquier cosa que me suceda en las manos. Sin embargo, él pasó por alto ese detalle. Y, asumiendo lo que podía pasar, estiró su mano para sostener mi cámara de fotos y sacarla de la zona del agua. La capturó en el aire y la atrajo hacia su cuerpo, por lo que la correa en mi cuello me tiró contra él. Levanté mis manos para frenar el choque y pude sentir la dureza de su pecho y su aliento contra mi coronilla.

En ese momento, me sentí como un pájaro al que le sacuden su jaula.

Capítulo 2

Nos empezamos a reír.

—Perdón —me dijo soltando la cámara y devolviéndomela—. No me di cuenta de que tenías puesta la correa.

Agarré la cámara y levanté la mirada. Detrás de él, el cielo estaba mezclado entre tonalidades anaranjadas y rosadas, y el pico del Puente de la Mujer sobresalía a la altura de su hombro. Necesité capturar ese momento, así que levanté la cámara y apreté el obturador. Luego vi que había agrandado la sonrisa para la foto.

—Gracias. Tenía que sacar esa foto. —Tragué saliva. La garganta se me estaba cerrando—. Gracias por haber intentado salvar mi cámara.

—¿Puedo ver? —me preguntó señalando la cámara.

Asentí en silencio y busqué la imagen que acababa de retratar.

—Sos muy fotogénico. Unos simples retoques y esa imagen será perfecta —le dije sin apartar la mirada de la pequeña pantalla.

A pesar de sentir su respiración en mi oreja, no podía quitar mis ojos de la cámara. De verdad que la imagen era perfecta. De solo mirarla, me generaba un cosquilleo en todo el cuerpo, como esa sensación que te invade en el momento previo a que el carrito de la montaña rusa caiga. Fue allí cuando una idea se me cruzó por la cabeza. ¿Sería posible? Y, antes de que pudiera darme cuenta, hablé en voz alta.

—¿Me dejarías usar tu foto? —Él frunció el ceño, pero sin dejar de sonreír. Sacudí la cabeza anticipándome al rechazo. ¿Qué le estaba pidiendo?—. Lo siento. —Resoplé guardando mi cámara en la funda—. Nada, no te dije nada.

—No te respondí. —Me colgué la correa al hombro y me lo quedé mirando sin comprender—. ¿Por qué asumís lo que te voy a decir?

—Porque me di cuenta de lo que estaba diciendo al momento que lo decía. —Me crucé de brazos—. No sabés ni quién soy. Dudo que me des autorización para usar tu fotografía.

Él estiró su mano. La dejo tendida en el aire sin apartar sus ojos de los míos. Extendí mi mano y nos dimos un apretón.

—Soy Iván Torres. Un gusto. Y sé quién sos.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es eso?

Asintió retrayendo su mano y apoyándose contra la baranda. Observó los alrededores de Puerto Madero.

—En realidad, no sabía quién eras. Fue mi novia quien me dijo.

En ese momento, la mujer de cabello rubio se sumó a nosotros. Tenía un licuado en las manos

y una gran sonrisa dibujada en el rostro. Estiró su mano para saludarme.

—Me llamo Olivia, un gusto.

—Igualmente —respondí, aunque toda la situación me estaba llamando la atención.

—¿Le preguntaste? —dijo Olivia mirando a Iván y conteniendo su excitación.

Iván estiró su brazo y la capturó en este, atrayéndola contra su cuerpo. Luego, le besó la coronilla.

—Ni me diste el tiempo.

—¿Qué está pasando? —pregunté mirándolos a los dos.

—La señorita Hunter...

—Mía —lo interrumpí y él me miró sonriendo.

—Mía me pidió autorización para usar mi fotografía.

Olivia esbozó un grito tan agudo que podría haber quebrado un vaso de cristal. Dio pequeños saltitos mientras aplaudía.

—Asumo que conocen mi trabajo —respondí aliviada.

A veces me olvido de lo reconocidas que son mis fotografías, pero mi rostro permanece oculto detrás de la cámara. Ni siquiera en mi perfil de Instagram tengo una foto personal mía. Solo en la página web, pero es muy pequeña y está en el pie de página.

—Olivia compró la fotografía que sacaste en los jardines de Princess Street, la que se ve un castillo asomando en una montaña.

—Gracias por invertir en mi trabajo —respondí con una sonrisa que ya me estaba costando sostener. La incomodidad que estaba sintiendo en ese momento ya me estaba pidiendo que me retirara—. Fue un gusto conocerlos.

Apenas me aparté vi que la mano de Iván capturó mi muñeca y me retuvo allí. Lo miré desconcertada.

—Todavía no hablamos de la autorización para usar mi foto —me dijo con una sonrisa. Y, como una polilla que vuela hacia la luz, volví sobre mis pasos y me quedé mirándolo a los ojos.

—De acuerdo —le respondí cruzándome de brazos—. ¿Cómo hago para conseguirla?

Olivia volvió a aplaudir entusiasmada e Iván la miró como dándole el pie a que hablara.

—¿Podrías sacar las fotos de nuestro casamiento?

Abrí mis ojos y me aparté sin darme cuenta.

—Sé que parece una petición extraña —intervino Iván—. Lo iba a hacer uno de los primos de Olivia, pero tuvo un imprevisto grave y nos canceló. Te imaginarás que, a esta altura, conseguir uno es muy difícil. Pero parece que el destino quería que encontráramos uno.

El destino...

Nunca había hecho eventos privados. Desde mis comienzos, me había dedicado a los paisajes y me habían rendido lo suficiente. Recién en ese momento estaba pensando en expandir mis horizontes, en hacer algo diferente que me volviera a generar esa chispa de entusiasmo. Sin embargo, pensar en hacer eventos privados me generaba cierta ansiedad. Me había ganado una reputación y ya la había manchado unos años atrás. No podía darme el lujo de hacerlo de vuelta.

Y, además..., ¿un casamiento? El evento más falso que existe sobre esta tierra.

—Por favor —me imploró Olivia juntando sus manos—. Te podemos pagar lo que nos pidas.

Allí la necesidad imperó sobre el escepticismo. Podría cubrir el alquiler de noviembre y estirar otro tanto el de diciembre.

—Y te doy mi autorización para que uses mi fotografía.

Dos ventajas. ¿Qué podría salir mal?

—Podríamos arreglarlo —les dije al mismo tiempo que se me formaba un nudo en la garganta. Iba a tener que hablar con algún otro fotógrafo para que me orientara un poco sobre estos tipos de eventos.

—¡Perfecto! —respondió Olivia con una expresión de alivio—. No te das una idea del salvavidas que nos estás echando.

—Me alegra ser de ayuda —mentí—. ¿Hace mucho que están juntos?

—Vamos a cumplir diez años —respondió Iván al tiempo que volvía a abrazar a Olivia. No me atraganté porque no tenía con qué, pero la sorpresa la sufrí igual. ¿Diez años con la misma persona?

—Wow... impresionante. ¿Y ya saben a dónde se van a ir de luna de miel?

—Vamos a ir a Nueva York —me respondió y pude darme cuenta de cómo la calidez de su sonrisa se apagaba. Fue un gesto sutil, pero su novia no lo vio—. Nos vamos por dos semanas.

—Nueva York es una ciudad mágica, aunque me imaginé, no sé bien por qué, que se irían a alguna playa paradisiaca o algo por el estilo.

—Es que tengo una exposición de mi línea de ropa —dijo Olivia, levantando la cabeza con la frente en alto, sin dejar de sonreír. Ya me estaba cansando.

Me reí.

—Esa no es una luna de miel —les dije frunciendo el ceño.

Iván solo se encogió de hombros y ella sonrió nerviosa.

—¿Entonces? —me dijo retomando la conversación—. ¿Podemos contar con tus servicios?

—¿Me vas a dejar usar tu foto para mi página web?

—Sí.

Respiré hondo, como cuando estás a punto de sumergirte en el agua.

—Entonces, pueden contar con mis servicios.

Capítulo 3

En todo el camino a casa me quedé pensando en nuestro encuentro. Nunca antes se me había ocurrido fotografiar a desconocidos y venderlos. Sin embargo, no podía obviar la emoción que sentía en ese momento. Quería llegar a la computadora y empezar a retocarlas, a darle más vida. Era ese entusiasmo que podría ayudarme a ponerme de pie luego de una caída. Eso era lo que estaba buscando. Emoción. Pero nunca había comercializado retratos de personas. Suponía que debía existir algún tipo de contrato. Me fijé la hora en mi reloj y supliqué mentalmente que Quimey aún no se hubiera subido al avión. Saqué el celular de mi bolsillo y marqué su número. Y, como siempre, me atendió al segundo llamado.

—¿Qué pasó?

—Necesito pedirte ayuda con algo. En realidad, necesito la ayuda de tu hermana.

—¿Pasó algo? —Su tono se transformó a preocupación en cuestión de segundos.

—No, nada grave. Pero necesito que me diga si puedo usar fotografías de desconocidos en mi negocio. Asumo que no, pero tal vez haya alguna especie de contrato que pueda usar.

—¿Qué estás tramando? —Su tono alegre había regresado.

—Se me ocurrió algo hoy. Y quiero probarlo. ¿Crees que podrá hacerlo en estos días?

—Ya le digo que lo haga.

—Perdona que te moleste justo ahora..., pero es un poco urgente.

—Para nada. Sabés que contás conmigo siempre.

—Lo sé.

Esa noche di vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Ya no por la situación de la imagen, sino por el casamiento. ¿Cómo había aceptado hacer semejante cosa cuando no tenía ni la más mínima experiencia?

A primera hora del día siguiente, tenía en mi casilla de correo un modelo de contrato para poder usar la fotografía de Iván en mi negocio. Julieta me había hecho algunas aclaraciones sobre cómo completar los espacios vacíos. Me hice una nota mental para hacerle un regalo importante para esa Navidad.

No voy a mentirte, durante todo el tiempo que me llevó abrir la computadora y hasta que pude escribirle el mail, mi corazón estaba acelerado al cien por ciento. Aunque Iván fuera una persona que estaba a punto de casarse con su novia de hacía diez años, no podía evitar pensar en lo lindo que era. Y mi cuerpo estaba reaccionando como si lo estuviera por ver en persona, a pesar de que no iba a hablar directamente con él. No entiendo a veces las reacciones que tiene nuestros cuerpos.

Y ni bien le envié el mail con la información del contrato y la de mis servicios, su respuesta llegó a los dos minutos, literalmente. Como si estuviera esperando mi mensaje.

Fecha: 30 de noviembre de 2017 a las 08:37 horas

De: ivan.torres@cfarquitectura.com

Para: hunterfotografia@miahunter.com

Asunto: Re: Contrato y servicios

Mensaje: Gracias por el mensaje, Mía. Te voy a estar enviando los papeles físicos a tu oficina. ¿Adónde te los mando? Y aprovecho para darte las gracias, nuevamente. Sé que es de último momento, pero ya no sabíamos qué hacer.

Me alegra saber que contamos con tu ojo profesional para uno de los momentos más importantes de nuestras vidas. Gracias nuevamente.

Iván

Dos semanas después fui a la boda.

Tuve que salir a comprarme un vestido acorde a la festividad porque nada de eso existía en mi armario. Lástima que no estaba Quimey para asesorarme, pero igual le fui mandando fotografías de cada una de las opciones. Nos decidimos por un vestido rojo sangre que se ajustaba a todas mis curvas. Me cubría el cuello y todo el torso hasta los pies. Sin embargo, los brazos estaban descubiertos, como mi espalda y parte de mi pierna derecha, por el largo tajo que tenía. En un momento pensé que era demasiado, pero Quimey me erradicó esa idea de la cabeza.

La ceremonia la hicieron en una quinta en Pilar y la noche anticipaba una excelente velada. Manejé hasta allí con un nudo en el estómago. Era cierto que el dinero del evento me sacaría la soga del cuello, pero estaba entrando en terreno completamente desconocido. Intenté mentalizarme de que era una persona profesional y de que podía atravesar cualquier obstáculo que se me antepusiera.

Cuando llegué al lugar y detuve el vehículo, el corazón se me cayó al estómago. Respiré profundo y abrí la puerta. Te podrás imaginar que, ni bien descendí del auto, todas las miradas estaban sobre mí. Hice de cuenta como que no me había percatado de ello y saqué del baúl el bolso donde se encontraba mi trípode, la cámara, las lentes, tres baterías de repuesto y tarjetas de memoria extras. Me colgué el bolso al hombro y caminé con la mirada en alto. Afortunadamente, había un sendero de cemento que llevaba hasta el interior del salón. De lo contrario, caminar con la frente en alto por las piedras, hubiera sido todo un desafío.

El salón todavía estaba vacío, salvo por unos mozos que corrían de un lado a otro. Los invitados se encontraban en el lounge de afuera, intercambiando conversaciones mientras degustaban comida y alcohol. Volví mi mirada hacia el salón y divisé a una mujer con un anotador del que no apartaba la mirada al mismo tiempo que les daba órdenes a unos mozos. Me acerqué a ella cuando estaban marcando un número en su celular.

—Buenas noches —le dije acomodándome el bolso al hombro—. Me contrataron para la fotografía del evento. Mi nombre es...

—Mía Hunter. —Se apresuró a responder, desechando la llamada y guardando su celular en el bolsillo de su saco—. El señor Torres nos puso al tanto. Sígame por aquí.

Me llevó hasta un cuarto para que preparara mi equipo, lo cual me llevó unos diez minutos. Fue en ese momento cuando pude sentir una mirada sobre mi espalda desnuda. Pudo haber sido un sexto sentido o de alguna forma reconocí sus pasos cuando ingresaron en la sala. Esbocé una

sonrisa, pero no me moví, verificando que el lente de la cámara estuviera listo.

—Mía. —Su voz estaba entrecortada, como si un nudo en su garganta le impidiera hablar correctamente.

Giré mi cabeza y le dediqué una tímida sonrisa con un leve asentimiento de cabeza. Tuve que respirar hondo para no perder mi equilibrio. El traje negro le hacía resaltar la tonalidad de sus ojos y su cabello se encontraba perfectamente acomodado

—Iván —le dije recuperando mi voz y fingiendo seguridad—. Eligieron una muy buena locación para la ceremonia.

Metió las manos en los bolsillos y asintió con una sonrisa. Volví mi mirada hacia mi cámara.

—Fue idea de Olivia.

—Tiene buen ojo.

Me colgué la correa al cuello y giré mi cuerpo. Me apoyé en el borde de la mesa, levantando con sutileza la pierna, de modo que el tajo cumpliera su función. Lo vi tragar saliva y retrocedió un paso. Fue como si su mente le indicara que se apartara de allí, que saliera huyendo. En cambio, mi corazón latía tan fuerte como si estuviera en una carrera. Como si quisiera salir corriendo hacia él. Respiré hondo para tranquilizarme. ¿Qué me estaba pasando? Era un hombre, nada más. Y cuando creí haber recuperado la cordura, algo lo volvió a atraer hacia mí y caminó los cinco pasos que nos distanciaban. Levanté mi cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿Alguna aclaración antes de que empiece? —le pregunté sin apartar la mirada.

Volvió a tragar saliva. Su pecho se inflaba y deshinchaba muy rápidamente.

—Luego de que venga el juez, nos gustaría sacarnos algunas fotos en el jardín trasero. Hay una hermosa fuente para aprovechar.

Me puse de pie y giré para poder observar la mesa y hacer de cuenta que estaba buscando algo más entre mis utensilios. Mi espalda desnuda quedó delante de él, enfrente de los pocos pasos que nos distanciaban. Juro que pude sentir su aliento cálido contra la piel. Cerré el bolso después de guardar todas mis cosas y volví la mirada hacia él. Se había acercado; en ese momento, ya no eran pasos lo que teníamos entre los dos, eran centímetros. Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos. Habría bastado un simple movimiento, un centímetro más de acercamiento, para que nuestros labios se unieran. Bajé la mirada y observé su boca. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo entero. Tragué saliva y volví a mirarlo a los ojos.

—Perfecto. —Le respondí. Parecía que me había quedado sin aliento. —Después de la ceremonia me reúno con ustedes.

Y, como si un hechizo se hubiera roto, Iván se apartó y bajó la mirada, como avergonzado. Asintió en silencio sin siquiera mirarme y se fue de la habitación.

Un rato después llegó el juez y la organizadora de bodas lo ubicó en la mesa que habían puesto para celebrar la ceremonia. Había dos parejas hablando con él y asumí que se trataba de los padres de la pareja feliz. ¿Acaso no sabían que el amor tenía fecha de vencimiento?

Como la novia no llegaba, me entretuve sacando fotografías al salón. Era parecido a cuando lo hacía con paisajes. De a poco fui sumando invitados y jugando como lo había hecho en Puerto Madero. Me di cuenta de que, a medida que me ponía más creativa a la hora de inventar la situación que estaba retratando, mejor lo veía reflejado en la pantalla de la cámara. Había una

constante en todo el grupo: la felicidad, ya fuera porque todos estaban pasándola bien en un casamiento (comida y bebida gratis, ¿quién no?) o porque estaban felices por la pareja. Tal vez era una combinación de ambos. ¿Me habría pasado algo así? Aparté la cámara de mi rostro y respiré profundo.

Qué bueno que supe despertarme del sueño a tiempo.

O de la pesadilla.

Decidí descansar un rato antes de que llegara Olivia, así que fui hacia la barra. Me pedí una cerveza y me senté en uno de los taburetes, cruzando mis piernas de modo que la derecha quedara completamente desnuda. No llegué a terminar mi primer sorbo que un hombre se acercó. Creo que se llamaba Agustín. Estuvimos hablando unos cinco minutos; en ninguno de estos le presté atención. Solo lo observé, vi que cumplía mis requerimientos y comencé el juego. En el medio de este, alcancé a ver a Iván mirándome desde la lejanía. Levanté el vaso y brindé a la distancia. Él imitó mi movimiento y se hizo el que miraba hacia otro lado, pero algo me decía que, en cuanto apartara la mirada, volvería a mirarme.

Dejé que Agustín me llevara hasta uno de los cuartos que no se utilizaban. Era uno de los primos de Olivia y él le había ayudado a contratar el lugar, así que conocía cada rincón. Nos dejamos abrazar por la oscuridad y liberé la tensión que estaba reteniendo desde mi encuentro con Iván. Agustín era hábil en sus movimientos, rápidos y certeros, y volví a comprobar lo buena que era para elegir a mis amantes. Alcancé el orgasmo a las pocas embestidas. Aunque debo reconocer que la celeridad en mi placer no se debió tanto a Agustín, sino a que vi a Iván en la puerta. Mirádonos.

Dejé que el primo de Olivia se fuera primero y luego acomodé mi vestido y el cabello a instinto. Cuando salí, no había registro de Iván por ningún lado. Me calcé la correa al cuello y salí al jardín. La novia tenía que llegar en cualquier momento.

Fue unos minutos después cuando Olivia bajó de un vehículo y todos los invitados empezaron a aplaudir. Yo ya había conocido su sonrisa, pero la que tenía en ese momento brillaba cien veces más. Sus ojos ya estaban acumulando las lágrimas de la emoción y pude ver cómo titubeaba al caminar por la pasarela. Su vestido blanco era de corte sirena y el recogido en su cabello le hacía resaltar su largo y delgado cuello. Se le notaba la felicidad en el rostro, en la intensidad de su mirada.

Fue allí cuando busqué a Iván. Él estaba parado al lado de la mesa que le habían puesto al juez, observando a la mujer que estaba a punto de convertirse en su esposa. Su rostro serio parecía estar concentrado en Olivia. En un momento, pensé que podía tratarse de los nervios, pero algo más dentro de mí me decía que ese no era el motivo.

Levanté mi cámara y capturé el momento justo. Al verlo por la pantalla de mi cámara se me aflojaron las piernas y fui tambaleando hacia atrás para apoyarme en una columna. Me había visto reflejada en él. En ese deseo por mantener de pie una casa de naipes tan vulnerable que un simple aleteo de un pájaro podía convertirla en olvido. Me costó volver a concentrarme, pero finalmente pude hacerlo y logré capturar todos los momentos destacados de la ceremonia. Cuando dieron el sí, sentí un nudo en el estómago. Por un escaso momento, quise correr y sacudir a Iván. Estaba claro que algo no estaba bien, pero no entendía por qué decidía caminar ese sendero frágil. Sin

embargo, me quedé observando desde la distancia. Él la besó y ella pasó los brazos alrededor su cuello. Olivia lloró de la emoción y algunos invitados fueron a saludarlos.

Agustín también volvió a acercarse, pero, con una simple mano en el aire, comprendió que no requería más de sus servicios. Fue entonces cuando Iván me llamó para que lo siguiera con Olivia al jardín trasero. La sesión de fotos fue extraña. Me doy cuenta cuando algo no me sale bien. Más allá de las tomas de prueba y de los ángulos adecuados, algo no me cuadraba. Quería reflejar la felicidad de una pareja de recién casados, quería imaginarme qué estarían pensando en ese momento..., pero mi mente estaba en blanco.

Aun así, fui dándoles indicaciones para que fueran posando. Alguna me tenía que salir bien. Sin embargo, no había anticipado que una de ellas podía llegar a generar discordia. Les había pedido que se dieran un beso, que por un momento olvidaran la ceremonia, la gente, a mí. Que hicieran como si estuvieran ellos dos solos. Quería capturar ese momento. Iván empezó a besar a Olivia; ella lo abrazó tímidamente por la cintura. Las manos de él capturaron su rostro y me di cuenta de que la intensidad se había modificado. La atrajo contra su cuerpo y luego la llevó contra el tronco del árbol que estaba detrás de ellos. Olivia lo cortó enseguida.

—¡El vestido, Iván! —le gritó y se tocó los bordes de su boca—. ¡Tengo todo el maquillaje corrido!

Se fue corriendo hacia la parte trasera del salón, donde se encontraban los amplios baños. No pude contenerme y estallé en carcajadas, no voy a mentirte. Iván me dirigió una mirada seria, pero no pude dejar de reírme y poco tardó para que él me siguiera.

—Perdón —le dije acercándome a él—. No era mi intención generar discordia.

—Era un beso nada más —respondió encogiéndose de hombros—. Se supone que eso debería ser algo natural.

Hubo un momento de silencio. Él giró su cabeza para buscar a su esposa, pero Olivia ya se había perdido de vista, así que volvió su mirada hacia mí.

—¿Por qué te casaste?

Mi pregunta lo tomó por sorpresa. Abrió los ojos tan grandes que pude verle el azulado tan claro como el agua. Se cruzó de brazos, lo meditó en silencio, pero no pudo responderme.

—Es una pregunta bastante sencilla —le insistí—. ¿O no sabés la respuesta?

—¿Por qué me preguntás eso?

—¿Por qué me respondés con una pregunta?

—¿Por qué lo querés saber? —rebatí.

Fue mi turno de encogerme de hombros.

—De curiosa.

Iván respiró hondo y bajó la mirada.

—Porque la amo.

—Pero no sos feliz.

Levantó la cabeza y me miró frunciendo el ceño.

—Claro que soy feliz —me respondió levantando la voz y apartándose de mí—. Me estoy casando con la mujer que amo.

Respiré hondo y busqué las pruebas que tenía en mi cámara. Le mostré la que estaba en el

altar. Intentó ocultar su sorpresa, pero fue imposible. Él también podía ver su expresión.

—Estaba nervioso —respondió alejándose—. Es un momento muy importante en mi vida.

—De acuerdo —le respondí apagando la cámara y alejándome de él.

—Olivia es la mujer de mi vida.

Me detuve y giré mi cabeza.

—¿Por qué te quieres convencer de eso? —esta vez pude ver el fuego en su mirada.

—No me quiero convencer de nada. —Otra vez su tono elevado—. Olivia es la mujer de mi vida.

—No te creo —le dije finalmente.

Iván se acercó a mí dando zancadas sobre el césped. Se detuvo apenas a unos centímetros de mi rostro. Yo no bajé la mirada en ningún momento.

—Hace diez años que estoy con ella.

—Eso no es prueba de nada. Me basta con mirar la expresión en tu rostro y no veo felicidad.

—¿Y qué es lo que ves? —me desafió.

—Convencimiento.

Sus ojos arrojaron un atisbo de duda. Necesitaba empujarlo hacia el precipicio. No se daba cuenta de la libertad que lo aguardaba en el abismo. Necesitaba que se diera cuenta de que algo más bullía en su interior. Yo podía verlo en su mirada, en sus silencios, en sus palabras... Entonces, lo empujé hacia el abismo.

—Si hubiera estado en el lugar de Olivia cuando intenté sacarles la foto, hubiera dejado que me arrancaras el vestido con los dientes.

Iván se alejó de mí como si lo hubiera golpeado en el estómago. El rubor no tardó en aparecer en sus mejillas. Pero, más allá de la sorpresa, pude ver algo más.

Excitación.

Capítulo 4

No me juzgues. Soy consciente de que mi comentario no fue apropiado y de que Iván acababa de comprometerse con otra mujer. Lo sé. Pero ese no era mi problema; no era mi vida. Yo soy una persona libre que le gusta disfrutar de esa libertad. Prefiero ser sincera y aceptar las consecuencias.

Iván necesitaba más de eso.

No voy a negarte que me resultaba atractivo, pero mi comentario no tenía la intención de conquistarlo, no hacía falta. Quería que se diera cuenta de lo equivocado que estaba. Él pensaba que el amor era real o que casarse era la consecuencia lógica de haber estado con una persona por diez años. Sin embargo, había una parte de él, tal vez una minoría, que le quería decir lo contrario. La verdad.

El amor es una ilusión.

Estoy segura de que su sorpresa ante mi comentario no se debió a lo que dije en sí mismo, sino a lo que estaba pensando. Le había gustado que le dijera eso, hasta se lo había imaginado. Fue la culpa lo que lo impactó, porque estaba deseando a otra mujer que no era su esposa.

Continué sacando fotos el resto del evento. Me daba cuenta de que me observaba desde lejos, aunque siempre apartaba la mirada cuando mis ojos se cruzaban con los de él. Decidí no presionarlo. Yo ya había realizado mi movimiento y le tocaba a él asimilar lo que le estaba ocurriendo.

La fiesta finalizó a las tres y media de la madrugada. Saqué las últimas fotos cuando los novios se retiraban del salón, saludando a todos los invitados que aplaudían con sonrisas y lágrimas en los ojos. Aparté mi cámara por un momento y me quedé observándolos mientras ingresaban en la limusina que los llevaría hasta el aeropuerto. Y, justo antes de cerrar la puerta, Iván clavó sus ojos en los míos.

El día después de la boda me llegó un mail de la organizadora avisándome que me habían hecho la otra parte del depósito del dinero. Con ello, pude respirar por un mes más. Pude pagar el mes que estaba debiendo de alquiler y cubrir el de diciembre. Me había sobrado una parte y medité bastante qué hacer con eso. En la situación en la que me encontraba, no era el momento para realizar inversiones en mi negocio. Sin embargo, al mismo tiempo, necesitaba hacerlo si quería crecer y cambiar de rumbo.

La encrucijada de todo emprendedor.

La verdad era que necesitaba darle un giro a mi trabajo. Salir de la zona de confort me resultaba un poco aterrador, pero el cambio era necesario. Las fotos que había sacado en Puerto Madero y las que le había sacado a Iván me habían gustado... Así que respiré hondo y contraté a un diseñador web para darle una nueva mirada a mi página, dejando una parte para mis fotografías

de paisajes, pero dando espacio a lo nuevo: los retratos.

Cuando terminé de intercambiar mails con el diseñador, me llegó una notificación al celular avisándome que alguien estaba siguiendo mi cuenta profesional de Instagram. Aunque es una cuenta bastante grande, me gusta tener activadas las notificaciones de nuevos seguidores para poder darles la bienvenida y redirigirlos a mi página web. Sinceramente, no esperaba que el seguidor fuera Iván.

Me quedé observando la pantalla por un momento, debatiéndome entre seguirlo de vuelta o no. Pero había dado un paso, aunque fuera pequeño, y realmente quería demostrarle que había toda una vida mejor fuera de ese pensamiento que tenía. Así que opté por seguirlo de vuelta. Sin embargo, resultó que la cuenta era privada. No quería darle la satisfacción de mantenerme en vilo o siquiera de rechazarme, pero justo antes de cancelar la solicitud, fue aprobada.

Las últimas fotos eran de su supuesta luna de miel: imágenes del imponente Empire State o de Central Park poblaban sus últimas publicaciones, aunque, en su gran mayoría, eran selfies. ¿Acaso Olivia no estaba pasando tiempo con él? Seguí viendo fotos, yéndome hacia abajo y abajo y abajo... Así encontré que se había recibido de arquitecto y había empezado a trabajar en una reconocida empresa del rubro. También que era fanático de Game Of Thrones, una serie que hasta el momento no había visto. Quimey no paraba de decirme que lo hiciera, que era lo mejor que existía en este planeta (salvo las últimas dos temporadas). Creo que eso era lo que me desalentaba a verla. No iba a invertir mi tiempo en una serie que sabía que no me iba a gustar su final.

En fin, no tenía muchas fotos con sus amigos. Alguna que otra, pero más que nada en su casa, con Olivia siempre detrás. Fue en ese momento cuando me percaté de que solo las primeras fotos eran en una locación distinta, pero el resto eran en la misma casa. Debían haber empezado a convivir poco tiempo después de que se habían puesto de novios.

Cuando llegó la noche, recibí su primer mensaje. Me quedé mirando el celular, leyendo y releendo el mensaje más veces de las que me atrevo a decir. Miré la hora en mi reloj: eran las once. Seguramente había escogido un momento en el que Olivia se había ido a bañar o se estaba preparando para alguna velada nocturna. No le iba a responder en ese momento, sino en el peor.

La verdad duele.

Así que esperé una hora y le respondí.

Iván: Hola, Mía. ¿Cómo estás?

Iván: Me encanta tu trabajo. Vi todas las fotos que subiste a tu perfil.

Iván: Nueva York es precioso. Me siento que estoy en una película a cada paso que doy.

Mía: Hola, Iván. Gracias por el elogio. Ya le envié las fotos de tu casamiento a la organizadora.

No respondió enseguida. Por supuesto. Sin embargo, pasaron veinte minutos y lo hizo.

Iván: No hace falta que me agradezcas el elogio. Estoy seguro de que sos muy consciente de tus habilidades.

Mía: No hubiera creado un negocio alrededor de ellas si no confiara en mí. ¿Por qué me estás hablando? ¿Qué estás buscando, Iván?

Me quedé esperando la respuesta, pero no llegó ninguna. El círculo verde que indicaba que estaba en línea había desaparecido a los pocos segundos. No puse más expectativas de las que

merecía, así que dejé el celular cargando y me fui a dormir.

Al día siguiente, siguió subiendo fotos e historias, pero no me respondió. Allí tomé la decisión de no presionarlo más. Yo no iba a buscarlo. Aunque debo reconocerte que cuando siguieron pasando los días y no tuve noticias de él, una parte de mí se entristeció.

Creí que lo había convencido.

Capítulo 5

Por la ventana de mi departamento alcanzaba a ver cómo mis vecinos habían decorado sus balcones con las luces navideñas. El sol ya se había puesto, pero el calor de Buenos Aires era realmente insoportable. Yo me encontraba con mi ropa más cómoda, el cabello recogido en un rodete sobre mi cabeza y el aire acondicionado en veinte grados.

Mi pequeño paraíso.

Mientras se cocinaba la milanesa de soja, acondicioné el living para poder mantener la videoconferencia con mi familia. Me aseguré de que la luz fuera la indicada y que el micrófono funcionara correctamente. Aproveché para ver mi página web y los últimos detalles que me había pasado el diseñador.

El resultado había sido inspirador. Le había compartido algunas de las imágenes que había sacado en el casamiento y la foto que le había tomado a Iván en Puerto Madero, esa que tenía el Puente de la Mujer detrás con el atardecer porteño. Era el momento de dar el salto. Mi corazón latió muy fuerte cuando toqué el clic que las pondría a la venta. Solo restaba esperar.

Cuando la milanesa estaba lista, me hice una rápida ensalada y me serví una copa de vino. Luego, puse la computadora frente a mí. Los primeros que establecieron la conexión fueron mis padres. Ellos estaban en Italia y habían salido al balcón de su departamento para que mi hermano y yo pudiéramos ver la ciudad iluminada.

Cada vez que los veía, me daba cuenta de cómo la vida podía favorecer a algunos y a otros no tanto. Yo había querido encontrar un amor como el de Bautista y Martina. ¿Cómo no desearlo? Siempre se miraban con destellos en la mirada, se sonreían y besaban sin que les importara el mundo... Eran felices con el otro, sin el otro también. Eran dos almas libres que estaban juntas para potenciarse.

Pero pronto me di cuenta de que eran la excepción a la regla.

—Buenas noches —dijo mi hermano al conectarse a la llamada.

No reconocí la pared que estaba detrás de él.

—Buonasera —dijeron mis padres al unísono.

—Buonasera! —les repetí y me acerqué a la pantalla.

Fue en ese momento cuando Víctor presentó a alguien. Por supuesto, esa no era su casa. Habíamos hablado tantas veces que conocía cada una de las paredes de su departamento.

—Familia —dijo haciéndose a un lado para que una mujer pudiera entrar en la cámara—. Les presento a Irina, mi novia.

¿Por qué no me había contado que estaba en pareja?

Luego, la miró a los ojos y volvió a decir la misma frase en inglés. Ella sonrió con timidez y regresó la mirada a la pantalla, moviendo su mano en un ademán de saludo. Mis padres

aplaudieron extasiados y la saludaron en su idioma. Yo quise reaccionar de la misma forma, realmente quise sonreír y ponerme feliz por mi hermano.

Pero no pude.

—Mía —dijo mi hermano—. No saludaste a Irina.

—No le dimos tiempo —intervino mi mamá al reconocer el tono de voz de enojado de Víctor.

—Hola, Irina —le dije en inglés—. Mucho gusto en conocerte.

—Thank you. Nice to meet you too.

Durante la cena, mis padres empezaron a preguntarle sobre su vida y cómo se habían conocido. Los dos trabajaban en la misma empresa de barcos pesqueros, pero Irina era capitana de otro barco. Era un encanto, no me malinterpretes. Pero me había tomado por sorpresa. Solíamos contarnos todo con Víctor y cada vez sentía más que la distancia empezaba a afectarnos.

Hubo un momento en la cena en la que preguntaron por mi negocio. Les conté a mis padres que estaba tomando un nuevo rumbo y todos lo comprobaron en sus celulares al ingresar a mi nueva página web.

—¡Son increíbles! —dijo mi papá sin apartar la mirada del teléfono.

—¿Quién es el modelo? —preguntó mi hermano buscando mi mirada.

—Se llama Iván —le respondí intentando no demostrar sentimientos de más—. Es el que me contrató para su casamiento. Fueron esas fotos las que me llamaron la atención y decidí probar otro ángulo.

—¿Por qué el cambio? —preguntó mi mamá, alternando su mirada entre el celular y la cámara de su computadora.

—Porque lo necesitaba —dije encogiéndome de hombros—. Hacer siempre lo mismo termina convirtiéndose en una rutina y no quería que me sucediera eso.

—Son hermosas las fotos —agregó mi mamá.

—De verdad que sí —se sumó mi hermano.

A pesar de que estaban a miles de kilómetros de distancia, pude sentir la calidez de su apoyo. Seguro te preguntarás por qué no les conté lo que verdaderamente estaba pasando con mi negocio. Yo sé que, si estoy en problemas, ellos son los primeros en ofrecerme una mano. Y estoy segura de que me habrían dado el dinero que necesitaba para pasar esa mala racha. Pero ellos ya habían hecho exactamente eso unos años atrás. No podía pedirles lo mismo. No quería tampoco.

Cuando dieron las doce en Italia, se escucharon los fuegos artificiales. Y aunque en Buenos Aires y Alaska aun no era navidad, todos levantamos nuestras copas y brindamos. Mis padres se dieron un beso. Mi hermano e Irina se dieron un beso. Y yo le di un largo sorbo a mi copa.

El día siguiente lo pasé durmiendo. Apagué mi celular. Desconecté el portero, aunque tampoco se usaba tanto. Y me olvidé del resto del mundo hasta el día posterior, cuando encendí la computadora e ingresé en mi página web. Mi corazón saltó en mi pecho de la alegría y me llevé las manos a la boca para contener el grito. Había recibido las primeras cinco solicitudes por el retrato de Iván. La rápida respuesta era un claro indicio de que ese era el nuevo rumbo que tenía que tomar. Pero no había sido solo eso, también me habían llegado mensajes privados. Dos personas distintas me estaban pidiendo mis servicios para eventos privados. Y, aunque se me hizo un nudo en el estómago de los nervios, me pareció una tremenda oportunidad para practicar. Lo

necesitaba.

Al primero que fui fue un cumpleaños de quince. Las carcajadas, los llantos de emoción, los abrazos... Todas esas emociones pude capturarlas en las imágenes. Y, cuando veía a la cumpleañera y su familia sonreír, fue inevitable no recordar mi niñez. En ese entonces, mis padres tenían trabajos convencionales. Mi papá era dueño de una empresa de Marketing, la que pudo vender en el mejor momento y mi mamá era voluntaria en Greenpeace, aunque dejó de ayudar activamente cuando mi papá dejó la empresa. Sin embargo, hacía trabajos de voluntariado cada vez que podía. Eso sucedió cuando cumplí mi mayoría de edad. Para ese entonces, Víctor ya había visitado las islas Lofoten en Noruega, la reserva de caza Selous en Tanzania y el templo Ranakpur en la India, hasta que tomó la decisión de asentarse en el pueblo de Seward en Alaska cuando apenas tenía veintiún años.

Al terminar el evento, les pedí autorización para usar algunas imágenes en mi página web. Les hice un descuento por dejarme usarlas.

Lamentablemente, no tuve la misma suerte en el casamiento. De pie, en medio del salón, intentaba capturar lo que estaba sucediendo esa noche. Todos saltaban, se emocionaban al ver a la pareja entrar, aplaudían... Sin embargo, al observar las imágenes, encontraba todos los defectos habidos y por haber. Las luces no me permitían enfocar la toma, cuestionaba mi elección de la lente... Tantos años de experiencia como fotógrafa y no era capaz de capturar ese momento de felicidad.

No podía.

Les hice un descuento también, pero por la vergüenza. Si bien me felicitaron cuando les entregué las imágenes retocadas, yo sabía que había sido un fracaso.

¿Qué me pasaba?

Capítulo 6

Un año había finalizado y sentía que mi vida iba perdiendo el rumbo de a poco. Se supone que los comienzos de año son ideales para encarar nuevos proyectos, proponerse distintas metas y empezarlo con energía. Sin embargo, sentía que la mía estaba siendo absorbida por algo que no podía definir. El hecho de que mi negocio estuviera en una situación indefinida me dejaba en jaque. Es cierto que gracias al retrato de Iván de a poco iba recuperando el lugar, pero aún no me sentía del todo segura.

Fue por eso por lo que una mañana me levanté bien temprano y me puse delante de mí computadora, observando mi página web. Intenté ponerme en el lugar del cliente y pensar qué estaban buscando en ese momento. Veía la sección de paisajes y estaba poblada de imágenes de distintos lugares. En cambio, la de los retratos apenas tenía unos cuantos. Y no pude evitar quedarme mirando su foto. Veía cómo su sonrisa resplandecía, cómo sus ojos se hacían más grandes cuando sonreía, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas... Sentía que podía ver a través de él, que podía pensar como él... Necesitaba más fotos como esa.

Así que tuve que hacer lo primero que se me ocurrió y fue ponerme en contacto con Iván. Sabía que ya debía de estar de nuevo en su casa. Y, si bien la última conversación no había acabado bien, lo necesitaba. Respiré hondo y le mandé un mensaje de texto. Pude ver cómo mis dedos temblaban cuando los deslicé sobre la pantalla. De pronto, se me había acelerado el corazón. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Su respuesta llegó unos momentos más tarde. Literalmente, pude sentir como el peso inexistente que tenía sobre los hombros se me liberaba.

Mía: Hola, Iván. Necesito pedirte un favor.

Iván: Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarte?

Volví a respirar hondo y le pedí una nueva sesión de fotos. Sin siquiera darle mayores explicaciones, me dijo que sí. Coordinamos para el día siguiente.

A las seis de la tarde salí para su casa. Traté de tranquilizarme en el auto escuchando música o algún podcast, pero me resultó imposible. No podía parar de pensar qué pasaría cuando nos volviéramos a ver. Los dos éramos conscientes de la tensión sexual que existía entre ambos. ¿Podía llegar a pasar algo?

Toqué el timbre y, tras unos segundos, apareció Iván. Estaba con una camisa blanca y un pantalón de jean. Sonrió como si nada hubiera pasado, bueno, nada había pasado en realidad. Solo palabras. Conversaciones. ¿Por qué mis pensamientos se enredaban tanto?

—Adelante —me dijo haciéndome una seña con su mano derecha para invitarme al interior de su casa.

El living era impresionante. Colgaba una inmensa araña de cristal sobre el techo y una amplia escalera de mármol llevaba hasta el siguiente piso. Desde allí podía ver el jardín detrás de una

amplia ventana. Y en una de las paredes, efectivamente estaba la fotografía que había sacado la vez que estuve en Edimburgo.

—¿Querés algo de tomar? —ofreció tras cerrar la puerta y ponerse a mi lado.

—No, muchas gracias —le respondí acomodando el bolso con la cámara—. Gracias por dejarme hacer esto.

—No tenés por qué agradecerme.

—Vendí una de tus fotografías —le comenté con una sonrisa genuina en los labios—. Me ayudó mucho. Puedo ofrecerte una comisión por estas si querés.

—No es necesario. —Negó sutilmente con la cabeza y luego frunció el ceño—. ¿Te ayudaron? —Hizo una pausa para poder buscar mi mirada—. ¿El trabajo estaba yendo mal?

Tragué saliva y abrí mi bolso para sacar la cámara.

—¿Las querés hacer en el jardín?

Esbozó una sutil sonrisa y me indicó nuevamente con la mano para salir y lo seguí. El atardecer pintaba el firmamento de naranja y rosado, y me hizo acordar a la primera vez que nos habíamos visto y cómo había capturado ese momento en el que Iván sonreía con el Puente de la Mujer detrás.

—¿Cómo querés que me ponga?

Me ubiqué delante de él buscando el ángulo perfecto para iniciar la sesión de fotos.

—Quiero que seas vos —le respondí sacando algunas fotos, moviéndome alrededor del jardín. Rio.

—¿Cómo? —me preguntó aún con la sonrisa en los labios.

Me detuve.

—¿No sabés cómo sos?

Puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos. Riéndome, capturé ese momento.

—¿Siempre hacés preguntas tan profundas?

—¿Profundas? —Le saqué otra foto—. Simplemente te pregunto cosas.

—No me preguntas cuál es mi color favorito.

—De acuerdo. —Nueva foto—. ¿Cuál es tu color favorito?

—El rojo y el negro.

—Como la camisa acuatrille que tenés.

—¿Qué camisa? —me preguntó sonriendo, aunque me daba cuenta de que ya sabía la respuesta—. ¿Tengo una camisa de ese estilo?

—¿Película favorita? —Nueva foto.

—Difícil. Pero podría decirte Realmente amor.

Bajé la cámara.

—¿Cómo? ¿De verdad esa es tu película favorita?

—¿Qué tiene de malo? ¿Cuál es la tuya?

—Te gusta la ilusión, parece. —Volví a sacarle otra foto—. La mía es John Wick.

—No es ilusión. Las personas se encuentran, se enamoran y viven felices. ¿Qué mejor que eso? ¿Una película sin sentido en la que un hombre es demasiado bueno con las artes marciales y las armas?

Reí y volví a sacarle fotos.

—¿Qué? —me preguntó cruzándose de brazos nuevamente—. ¿No crees en esas cosas?

—Contame cómo conociste a Olivia.

La mención de su nombre le hizo borrar la sonrisa de su rostro. Y la postura relajada que estaba teniendo fue reemplazada por una más rígida.

—En la secundaria. —Aparté mi cámara de mi cara y lo observé—. Sí, en la secundaria.

—¿Nunca estuviste con otra mujer?

Tragó saliva. Su pecho se infló. Mi pulso se aceleró.

—No. No me hizo falta —se apresuró a decir—. Olivia es la mujer de mi vida.

—¿Por qué siempre me repetís lo mismo?

—Porque es la verdad.

—No te creo. —Volví a sacarle fotos. Su ceño se ensombreció. El brillo en su mirada cambió—. No importa la cantidad de veces que me lo digas.

—Al amor hay que defenderlo.

—El amor no es suficiente.

—Claro que es suficiente, pero no es algo que te lo dan sin esfuerzo. No es una moneda que te encontrás en la calle. Al amor hay que construirlo y cuidarlo. Es como una casa. Si no le das los cimientos necesarios, todo se derrumbará. —Se cruzó de brazos—. Lo pude ver cuando mi mamá dejó a mi papá. Ninguno de los dos peleó lo suficiente.

Aparté la cámara y me quedé mirándolo.

—¿Ahora te quedás en silencio? —me preguntó enarcando una ceja.

—Lo siento —le dije acercándome a él—. No puedo imaginarme cómo habría sido mi vida si mis padres se hubieran separado.

Sin darme cuenta, me acerqué a él. Iván no se movió un solo centímetro. No aparté la mirada de sus ojos cristalinos y sentí como se me formaba un nudo en la garganta. Si hubiera sido por mis impulsos, en ese instante ya me habría arrojado a sus brazos. Sentía la necesidad de abrazarlo. Quería sentirlo contra mi cuerpo.

Me resultaba adorable. Entendía por qué quería proteger al amor, pero la historia de sus padres era un claro ejemplo de la realidad. El amor no es suficiente, aunque uno quiera defenderlo con garras, aunque quiera retenerlo en una perfecta caja de cristal. El amor es vulnerable y efímero. No vale la pena arriesgarse a perder la cordura por algo así.

Entonces, Iván dio un paso al frente. Yo me quedé tiesa, temiendo que el mínimo movimiento lo hiciera recapacitar. Sentí cómo mi respiración se aceleraba. Como la de él se aceleraba.

Y, en ese momento, escuchamos la puerta. Era Olivia.

Capítulo 7

Los pasos de Olivia se sintieron como plomo sobre el suelo. Asomó su cabeza por la puerta y le sonrió a su marido. No a mí. ¿Dónde había quedado esa mujer entusiasmada porque le sacara las fotos en su casamiento? Dejó las bolsas que sostenía en los sillones del living y se acercó a la puerta del jardín.

—Mía, ¿cómo estás? —me preguntó extendiendo su mano.

Me aparté de Iván para poder acercarme a ella y saludarla. Su apretón fue fuerte y no apartó su mirada de la mía en ningún momento. Como si fuera un guardián protegiendo su castillo de cristal.

—Muy bien, Olivia. ¿Cómo les fue en la luna de miel?

—¡Espectacular! —dijo buscando la mirada de su marido. Iván bajó la cabeza y Olivia se puso en puntas de pie para poder besarlo—. ¿No, amor?

Iván apenas esbozó una sonrisa y volvió a mirarme.

—Mía me pidió una sesión de fotos para su página web —le explicó.

Olivia redirigió su mirada hacia mí y la sonrisa que asomaba en sus labios no le alcanzaba a sus ojos.

—¿Una sesión privada? —preguntó con voz incrédula—. Pensé que solo hacías paisajes.

—Soy una artista variada —le respondí fingiendo la mejor sonrisa—. ¿Te molestaría sumarte a la sesión?

No me quedaba otra. Lo que menos quería era que ella saliera en las fotografías, pero tampoco sabía de qué manera echarla. Ella asintió en silencio, pero me di cuenta de que no quería saber nada con la sesión ni con mi presencia cerca de su esposo, así que tuve que sacarles a los dos y, esta vez, Olivia se mostró mucho más cariñosa con su marido que en la boda.

A medida que lo veía alrededor de Iván, más me convencía de que ella era la razón por la cual él no podía ser libre. ¿Juntos desde la secundaria? ¿La única mujer en su vida? Dudaba de que ella no hubiera tenido otro hombre. Parecía ese tipo de mujeres que siempre tiene que tener la última palabra o que sabía manipular a los demás.

Reprimí el siguiente recuerdo que intentó aparecer en mi mente. Me vi reflejada en Iván. Él creía que todo esto era real, pero, en cualquier momento, Olivia lo dejaría por algo más emocionante y él se estrellaría contra el suelo. Me hubiera gustado que alguien me advirtiera de las consecuencias de enamorarse y de seguir al amor.

Yo iba a ser esa persona para Iván.

Por gracia del universo, sonó el celular de Olivia y tuvo que irse del jardín. Me apresuré a tomarle una última fotografía a Iván y fui a buscar mi bolso para dar por terminada la sesión. Escuché cómo la voz de ella se perdía en las escaleras y observé hacia el interior de la casa para encontrarla vacía.

—Muchas gracias por esto —le dije girando mi cabeza para encontrarme con él. El corazón me latía acelerado—. De verdad.

Él se acercó hacia mí y se sentó sobre la mesa de mármol.

—Lamento que no haya sido la sesión de fotos que esperabas —me dijo poniendo sus manos en los bolsillos del pantalón.

—No me molestó que haya estado Olivia.

La mejor mentira de todas.

Él se rio y bajó la mirada, hasta pude ver un rubor rosado asomar en sus mejillas.

—No lo decía por ella. Sino por mí. No soy buen modelo.

Su sonrisa me hacía acelerar el pulso y me mordí los labios. Contuve la respiración, como quien está a punto de arrojarse a una piscina. No podía seguir esperando a que Iván reaccionara y se diera cuenta de la vida que le esperaba más allá de sus limitaciones. Tenía que hacer algo, aunque mi corazón me rasgara el pecho. Sabía que él sentía la misma atracción por mí y la usé.

No estaba bien, pero era necesario.

Por él.

Me acerqué hacia su rostro. El fuego me recorría las venas y podía sentir el latir desbocado de mi corazón en mis oídos, como los tambores que anuncian el comienzo de una guerra. Una guerra entre sus ideales y los míos. Su mirada y la mía. Tenía la garganta seca y las palmas sudorosas. Parecía como si el tiempo se hubiera ralentizado, como si fuera capaz de ser consciente de cada uno de mis movimientos por más pequeños que fueran. Estaba a punto de quedarme sin aire. Pero no me importaba, no me podía detener en ese momento. Mis labios estaban a escasos centímetros de los de él. Me acerqué para encontrar su boca y, entonces, me apartó con tanta agresividad que su palma rebotó contra mi pecho.

—¿Qué hacés? —me gritó.

Sus ojos se habían agrandado y la respiración se le había acelerado, pero se puso de pie, alejándose de mí. Parecía como si estuviera viendo algo que le causaba repulsión. ¿Yo le estaba generando eso? El corazón me siguió latiendo, pero ya no de excitación, sino de vergüenza. Nunca antes me habían rechazado. Las manos empezaron a temblarme, las piernas se volvieron débiles y el suelo parecía moverse bajo mis pies.

Entonces, la vergüenza se convirtió en frustración. Y la frustración en bronca.

—¿Qué hago? —le dije con un nudo en la garganta—. Lo que vos no te animás a hacer —le respondí, intentando que mis nervios no afectaran mis cuerdas vocales. Cerré el bolso y me lo coloqué al hombro—. Y no me digas que no sentís lo mismo.

—Estoy casado.

—Estás esclavizado a una idea absurda.

—¿Una idea? —me preguntó con el ceño fruncido, con la bronca brillando en su mirada—. Estoy casado con la mujer perfecta, con quien pasé diez años de mi vida y a quien quiero dedicarle muchos años más.

—No existe la perfección —le respondí—. No existe el amor.

—Claramente, no entendés nada. —Se acercó hacia la puerta del jardín y la abrió—. Ya conoces la salida.

El cuerpo me seguía temblando de la bronca. Pero respiré hondo y no quise pronunciar ninguna palabra más.

—Y no vuelvas a hablarme —terminó de decir.

Me fui sin volver a mirarlo.

Capítulo 8

Después de cinco copas de vino, la cabeza me daba vueltas. No por el alcohol, sino por lo idiota que me sentía. ¿Cómo no había sido capaz de ver que Iván no tenía las fuerzas para enfrentarse a su realidad? Sé que no es fácil asumir que el amor no es suficiente, pero sostener algo tan endeble por tantos años solo hace que la caída sea más pronunciada. Conozco el fondo del abismo, la oscuridad que te engulle y te comprime. Si yo hubiera tenido a alguien que me advirtiera, alguien que me abriera los ojos..., ¡qué diferente habría sido mi vida!

Claramente, Iván no lo quería ver. Yo había cumplido con mi parte. De ahí en adelante era responsabilidad de él. Volví a servirme otra copa de vino y salí al balcón a disfrutar del atardecer. He llegado muy lejos y me ha costado bastante, pero agradezco que haya tenido la fuerza para salir adelante. Antes le tenía miedo al sexo opuesto, como si ellos tuvieran la habilidad de ver a través de mí, de saber hasta lo que pensaba. Por eso no había tenido el coraje de enfrentar a Alejo.

Él entró en el último año del secundario y solo tenía un amigo. Después, empezó a juntarse con los otros chicos del curso. Tal vez fue porque era el nuevo, pero realmente me había interesado. Más allá de su atractivo físico, era una persona que respondía y aportaba muchos comentarios en clase. Sobre todo, en las de Historia. Quería hablar con él, conocerlo más, pero mi miedo fue más fuerte.

En aquella época era muy perseguida con mi cuerpo. Mi entorno no ayudaba demasiado. Todas mis compañeras de curso parecían modelos sacadas de las revistas. Y, pensándolo, tampoco había tanta diferencia. No tenía las curvas de ellas, pero tampoco estaba tan mal que digamos. Pero era adolescente y no era capaz de ver más allá de mis propias inseguridades.

Así que le pedí ayuda a Bianca. Ella era mi mejor amiga. Siempre tenía una sonrisa en el rostro y me alentaba a encarar cada proyecto que me propusiera. También quería convencerme de lo hermosa que era, pero yo pensaba que lo decía porque era mi amiga. Una mentira piadosa para hacer sentir mejor al otro. A mí no me alcanzaba para sentirme segura. Por eso, le pedí que hablara con Alejo para saber sobre él, si estaba con alguien, si le gustaba alguien... Bianca quiso incentivar-me a que lo hiciera yo, pero lo rechacé enseguida.

Habían pasado unos días de mi pedido y me daba miedo preguntarle si él le había dicho algo de mí o no. Te imaginás que, si me sentía insegura por mi cuerpo, enterarme de un rechazo podía ser letal. Así que prefería el silencio y, si Bianca me tenía que decir algo, lo haría. Fue en ese momento cuando empecé a interesarme en la fotografía.

En realidad, empecé a hacerlo como una forma de distraerme y no pensar en Alejo, pero afortunadamente terminó convirtiéndose en mi pasión, que fue la que me mantuvo en pie en mis

peores momentos. Uno de ellos, la fiesta de egresados.

Pero ese recuerdo es para otro momento. No podía anclarme al pasado, así que dejé la copa vacía en la bacha de la cocina y me senté delante de la computadora para comprobar si había tenido nuevas ventas. Solo una, pero fue suficiente para arrancarme una sonrisa. Lo siguiente que hice fue entrar en Facebook para ver si tenía alguna consulta sobre mis servicios y allí fue cuando apareció el recuerdo.

Facebook tiene esa absurda idea de que a la gente le gusta recordar su pasado. Si lo quiero recordar, lo haré por mi cuenta. No necesito una aplicación que me avise. Y sé que podría haber eliminado todas las fotos, pero, sinceramente, no quise meterme en ese maremoto de recuerdos. No quería ni acercarme. Pero resulta que Facebook se empeñaba en recordarme lo que había hecho hacía diez años. Y fui lo suficientemente idiota como para abrir la notificación. Como si el recuerdo solo no hubiera sido hiriente. Como si el simple hecho de que hubiera sucedido no fuera denigración suficiente. Ahí estaba mi recuerdo.

De repente, la oscuridad me envolvió y me sentí en un tornado de sensaciones abrumadoras, de esas que te quitan la respiración y las ganas de vivir. Se me hizo un nudo tan fuerte en la garganta que tuve que toser varias veces para eliminar esa sensación fantasma. Sentí cómo mis ojos se encendían y cómo mis labios temblaban. Hasta mis manos empezaron a sudarme y el corazón latió tanto que estaba por vomitarlo. ¿Por qué me permitía eso? ¿Por qué no podía erradicar ese pasado? Cada día que pasaba me creía más fuerte, pero se daban esas situaciones en las que me daba cuenta de que me seguía mintiendo a mí misma. No podía seguir haciéndolo. Tenía que ir a esa fucking carpeta y eliminar todas esas fotos... Pero sabía que me iba a detener y las iba a empezar a ver. Y no podía permitirme esa agonía.

Era consciente de que habían pasado muchos años, de que ya era momento de soltarlo y cambiar el lente de mi cámara. Había aprendido de esa experiencia, pero las heridas seguían vigentes y ese tipo de situaciones las abrían. De pronto, se sentía como una hemorragia que no sabía cómo detener. Un recuerdo tras otro se agolpaban en mi mente y no podía detenerlos. Como una avalancha.

Sé que quieres saber qué es lo que me pasó, pero todavía no puedo contarte. Te imaginarás que, si no puedo ver una sencilla fotografía, no puedo ponerlo en palabras. Pero te lo voy a contar, eventualmente. Yo también quiero sanarme; no soy idiota. ¿Quién no quiere dejar de sufrir? Sí puedo decirte que, luego de aquello, mi vida entera cambió. Porque, aunque aún me duele, objetivamente entiendo que me enseñó mucho. Que me destapó los ojos. Y que, desde algún lugar en mi interior, le estoy agradecida. Aún no es tan grande esa parte para sobreponerse al sufrimiento, pero lo será. Como te dije, no soy idiota.

Y, cada vez que al señor Facebook se le ocurre recordarme ese momento, me permito una licencia, porque de alguna manera tengo que sacar la angustia que me oprime el pecho. Entonces, lloro.

Lloré con todas las ganas de las que soy capaz. Me hundí en un pozo oscuro y frío. Dejé que todos esos momentos pasaran por mi mente, me recordaran quién había sido y quién era en ese momento. Dejé escapar la angustia con quejidos de perro herido. Me caí al suelo porque mis piernas no me sostenían. Y me permití tener ese momento de vulnerabilidad. Porque nadie me

veía. Porque estaba sola, como me gustaba estarlo.

Pero esa noche golpearon la puerta de mi casa.

Se me cortó la respiración cuando lo sentí. ¿Podía ser uno de mis vecinos? ¿Tan fuerte estaba llorando? Me puse de pie y me sequé las lágrimas del rostro. Me acerqué a la puerta, pero no me atreví a abrirla. ¿Quién podía visitarme en medio de la madrugada?

—Mía.

Cuando escuché su voz sentí un escalofrío por la espalda. ¿Qué hacía en mi casa? Se me aceleró la respiración, pero me quedé inmóvil. No podía abrirle en ese momento. Además de estar vestida con una remera extragrande y un jogging casi del mismo tamaño, debía tener los ojos rojos e hinchados del llanto y mi look general debía ser un desastre. Podría haberme quedado callada, dejarlo que se fuera. Pero no pude.

No pude.

Estiré mi mano y giré la llave en la cerradura. Respiré hondo y abrí la puerta. Sus ojos claros se abrieron llenos de sorpresa cuando se cruzaron con mi mirada. Estaba vestido con un jean y una campera de cuero, y pude sentir el típico olor a cigarrillo que te deja un bar luego de estar horas sentado allí. Y, entonces, sin mediar palabra, entró en mi departamento y me encerró en sus brazos. No supe cómo reaccionar; los míos quedaron al costado de mi cuerpo. No me dijo nada; solo se quedó abrazándome. Yo sentía mi corazón desbocado, el suyo también. Y seguí un impulso como siempre lo hago. Solo que este no debió haber existido. Pero lo hizo y lo seguí.

Envolví mis brazos en su cuerpo y dejé que su presencia me consolara.

Capítulo 9

Por primera vez en tanto tiempo, me sentía mejor. Apenas un destello de fortaleza que me hacía sentir capaz de borrar todos esos malos recuerdos. Sin embargo, solo duró unos segundos. Porque, en cuanto me di cuenta de lo que estaba pasando, me aparté de él, como si sus brazos me estuvieran quemando la piel. Iván se quedó inmóvil y vi cómo su mirada se dirigía hacia la pantalla de mi ordenador. Corrí hacia él y cerré la computadora con bronca.

No me dijo nada y su silencio me molestaba más que si hubiera hecho algún comentario por la fotografía que estaba en display. Agarré el atado de cigarrillos que estaba sobre la mesa y me fui al balcón. Tenía que calmarme y, de alguna manera, recuperar mi entereza. Le di una pitada y dejé que el humo me quemara la garganta. Tenía la visión borrosa y los ojos me picaban. El cielo había alcanzado un tono azul oscuro; el sol había abandonado su lugar para dejarle espacio al surgimiento de la luna. Escuché sus pasos y pude ver por el rabillo del ojo cómo se acomodaba a mi costado. Sin mirarme. Sin hablarme. Simplemente a mi lado, observando la vista de la ciudad.

—Mi hermana vive en el primer piso —me dijo, aún con la mirada clavada en el horizonte—. Cuando Tatiana me dijo tu dirección de facturación, supe que no se trataba de un estudio de fotografía. —Se encogió de brazos—. Y vine. No tengo más excusas.

—No te las estaba pidiendo —le respondí, dando otra calada a mi cigarrillo—. ¿Fumás?

—No —respondió sacudiendo la cabeza y mirándome. Los dos nos miramos—. Prefiero mantener una vida saludable.

—Cada uno es libre de elegir la vida que quiere vivir.

—Sí, supongo que sí.

—Fue tu libertad la que te trajo hasta aquí.

Iván apartó la mirada y miró al suelo. Pude escuchar cómo respiraba hondo. Luego, volvió a levantar la cabeza y mirarme.

—No debería estar acá —me dijo con pesadez en la voz.

—¿Según quién? —le pregunté encogiéndome de hombros.

—Según mis votos matrimoniales.

Enarqué una ceja y esboqué una media sonrisa.

—Fuiste un mentiroso cuando los dijiste.

Se retrajo como si lo hubiera golpeado. Tal vez lo hice.

—No fui mentiroso.

—No te estaba atacando. Te estaba diciendo la verdad, nada más.

—No fui un mentiroso. Yo amo a Olivia.

—¿Entonces qué hacés acá?

Iván se quedó mirándome. Si hubiera podido estirar mi mano y sentirle el pecho, estaba segura de que su corazón estaría saltando en su interior. Desesperado. Su respiración se había acelerado, pero su mirada no se apartaba de la mía. Apagué el cigarrillo y me crucé de brazos, todo sin quebrar el contacto visual. No iba a hacer nada. No iba a buscarlo.

Estaba donde quería que estuviera.

Era su momento.

—Olivia es la mujer perfecta para mí —me dijo dando un paso hacia atrás.

—Ya te dije que la perfección no existe —le respondí apoyando mi espalda contra la baranda de mi balcón—. Y no me respondiste a la pregunta.

—Fue un error haber venido.

Bajó la mirada y dejó el balcón, aunque pude darme cuenta cómo sus pasos se ralentizaban.

No quería irse.

Tenía que seguir presionándolo.

—¿Por qué no lo asumís de una vez? —le pregunté sin moverme de mi lugar.

Iván detuvo su andar y giró su cabeza para poder mirarme. Había demasiadas emociones en esa mirada. Su pecho se inflaba y desinflaba tan rápido que podría agarrarle una taquicardia. Terminó de girar su cuerpo y se acercó al umbral de la puerta.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que me viste teniendo sexo en tu casamiento. —Me aparté del balcón para acercarme a él. Pasos lentos, sin apartarle la mirada—. Vi la verdad en tu mirada.

No sabía qué sería lo que estaba pasando en su cabeza en ese momento, pero lo veía claramente nervioso. No podía imaginarme lo frustrante que debía ser analizar tanto una decisión sencilla. Había cosas más complejas en esta vida y detenerse tanto en algo natural... No lo entendía. Él sabía por qué estaba en mi casa. Por qué había venido. Sabía lo mentiroso que era, no con Olivia, sino con él mismo.

Podía estar enamorado de su esposa, pero algo lo hacía gravitar a mi alrededor. Sin embargo, la culpa le estaba pesando demasiado y lo distanciaba de mí. Avancé otros dos pasos. Quería que se liberara, que sintiera la libertad de explorar sus deseos, de no estar atado a un ideal inexistente.

Finalmente, fue él quien acertó los pasos que nos distanciaban y con sus manos contuvo mi rostro y estrelló su boca contra la mía. Un fuego abrasador me recorrió el cuerpo entero y deseé que el tiempo se detuviera en ese instante. Quería explorar cada centímetro de su boca, conocerla hasta con los ojos cerrados. Su lengua me invadió y fue recibida por la mía. Danzaron como un tango, imponiéndose, cediendo. Su urgencia me hacía acelerar el corazón. Su pasión me hacía perder la cordura.

Me arrastró hasta la baranda del balcón y nuestros cuerpos se rozaron. Cuando lo sentí tan cerca, lo abracé, reteniéndolo contra mí. Sentí su pecho contra los míos, su erección palpitante contra mi estómago y su pasión irrefrenable en la respiración. Su otra mano me sostuvo por la cintura, aferrándome contra su cuerpo. Yo envolví mis brazos en su cuello y los deslicé por la ancha espalda. Fue en ese momento cuando deslizó sus manos hasta mi baja espalda. Lo dudó, apenas un segundo. Luego, me aferró por los glúteos y me levantó. Enredé mis piernas en su cintura y pude sentir su miembro contra mi pelvis.

Emití un quejido involuntario. Solo de sentirlo ya estaba lista para él. Me besó, lo hizo como si no hubiera un mañana. Y no lo iba a haber. Ambos sabíamos que, de suceder, sería una sola vez. Porque él no podría con su culpa y yo habría cumplido mi cometido de liberarlo.

Me llevó hacia el interior del departamento. En ningún momento separamos nuestros labios. Lo hizo recién cuando llegamos a mi habitación y me arrojó contra la cama. La remera había dejado mi abdomen al descubierto y me apresuré a quitármela. Mis pezones estaban duros, tanto que me dolían. Necesitaba sentirlo contra mi cuerpo. Quería que su lengua los besara, que sus dientes lo apretaran.

Iván se quedó mirando mi desnudez.

Y entonces se cubrió los ojos y salió de la habitación.

Capítulo 10

Tuve que respirar hondo para controlarme. Quise gritar, putearlo. ¿Cómo me iba a hacer una cosa así? Me tomó apenas unos segundos darme cuenta de que no había escuchado la puerta. Iván seguía en el departamento, así que me puse la remera y salí de la habitación.

Estaba en el balcón, apoyado contra la baranda, agarrándose la cabeza. Parecía que la culpa no era tan grande entonces. Me crucé de brazos y salí a su encuentro. Podía ver cómo su erección aún seguía vigente. Me vio cómo lo miraba y pude descifrar una tímida sonrisa en sus labios. Le gustaba sentirse deseado. ¿Y cómo culparlo? ¿A quién no?

—Nadie te retiene acá —le dije.

—Lo sé —me respondió mirando hacia abajo—. Mi auto tiene rastreo satelital.

Me asomé para poder ver el vehículo negro estacionado frente al edificio. No entiendo mucho de autos. No tenía idea qué modelo era, pero se veía lujoso.

—¿Tu punto?

—Que Olivia sabe dónde estoy.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué no me sorprendía?

—¿Siempre te controla?

—Me cuida.

—Un esclavo aprende a amar sus cadenas.

—Daenerys Targaryen —dijo con una sonrisa en los labios—. ¿Viste Juego de tronos?

—No —le respondí elevando una ceja.

—Esa es una frase que dice Daenerys cuando quiere liberar a la gente de Mereen.

—Espero que en algún momento dejes de esquivar la realidad y la enfrentes. —La sonrisa se le borró de la cara. Yo me crucé de brazos—. Y no hagas comentarios que nada tienen que ver con la conversación.

—Disfrutas con mi sufrimiento, ¿no?

Negué con la cabeza. La situación ya estaba atentando contra mi paciencia. Respiré hondo y lo miré a los ojos.

—Yo no quiero herirte; lo único que hago es decirte la verdad. Si la verdad te duele tanto es porque no estás acostumbrado a reconocerla.

—¿Y cuál es esa verdad? —me dijo con ironía—. ¿Que el amor no es suficiente? Vos no tenés idea de mi historia con Olivia; no sabés cuáles son mis sentimientos. Pero yo me estoy dando cuenta de los tuyos. —Me dijo apartándose de la baranda y acercándose a mí. Sin querer, retrocedí dos pasos—. Sé que querés que esté acá. —Se acercó otro paso más—. Sé que mi abrazo te contuvo. —Otro más. Descrucé mis brazos y sentí la baranda contra mi cintura—. Sé que

sos vulnerable.

Tragué saliva y respiré hondo.

—Yo no soy vulnerable —le respondí con la frente en alto.

—Ahora la que se está mintiendo sos vos.

Esbocé una sonrisa.

—Así que reconocés que te estás mintiendo.

Respiró profundo y volvió a mirarme.

—Sí, soy un mentiroso. ¿Sabés por qué? Porque no estoy pensando en mi falta, sino en mi coartada. Y eso no es bueno.

—¿No es bueno para quién?

—Para mi matrimonio.

Volví a sonreír e ingresé en el departamento. Fui a buscar una copa de vino y la señalé en silencio. Acabó por decirme que sí. Por lo que vertí en ambas copas el líquido bordó y le extendí una de ellas.

—Yo amo a Olivia.

Exhalé profundo.

—Yo no estoy diciendo lo contrario. Pero algo está pasando por tu cabeza, algo te está indicando que tal vez ese no es el camino que deberías seguir.

—Fueron diez años juntos. ¿Cómo no voy a seguir con la misma mujer que me acompañó en tantas circunstancias?

—Lo decís como si fuera algo lógico.

—Lo es —me respondió y luego le dio un sorbo a su bebida.

—No debería ser algo lógico sino emocional.

Se atragantó con el vino y se quedó mirándome. En silencio. Dejó la copa sobre la bacha y se apoyó contra la mesa. Agachó su cabeza para que su frente reposara sobre sus pulgares.

—¿Qué es lo que me estás haciendo?

No pude evitar reírme. ¿Me creía una especie de bruja?

—Yo no te estoy haciendo nada. El que está tomando las decisiones sos vos.

Se irguió y volvió a mirarme a los ojos.

—¿Vos podés comprender lo que me está pasando? —Y se encogió de hombros—. ¿O todo es un juego para vos?

—La vida es un juego. Por supuesto. Si la vivís demasiado serio, ¿qué sentido tendría?

—¿Me estás diciendo que no conocés el dolor?

Esta vez fui yo la que me aparté de él. Su pregunta me golpeó como un puño en el estómago. Estaba usando la imagen que había visto en mi computadora y eso era un golpe demasiado bajo.

—Andate —le dije extendiendo mi mano e indicándole la puerta.

—Lo conocés.

—Andate, Iván. —Y fui hasta la entrada para abrirle la puerta.

Se quedó mirándome un momento, pero se cruzó de brazos y no se fue.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté ya enojada—. Te dije que te fueras.

—¿Eso siempre te funciona?

—¿De qué estás hablando? —Mi voz había escalado unos cuantos decibeles.

—Lo de echar a la gente de tu vida.

Me reí y cerré la puerta, pero no me alejé de ella. Me crucé de brazos y no aparté la mirada de la de él.

—No me hagas perder más el tiempo, Iván.

—¿Podés entender que esto es difícil para mí? Solo te pido que te pongas un momento en mi lugar.

Levanté las manos en el aire.

—No, gracias. No me gusta el drama. Además, esto es algo sencillo. O te quedás y cogemos o te vas y no me jodés más. ¿Qué vas a elegir?

Hubo un momento de silencio. Uno en el que me cuesta reconocer que mi corazón vibró desesperado en mi pecho.

—No puedo.

—De acuerdo —le dije con la frente aún en alto—. Podés irte, entonces.

Y se fue. Sin despedirse, sin mediar palabra. Simplemente, abandonó mi departamento y me encontré con mi soledad. No te voy a mentir, ya a esta altura no puedo hacerlo. Cuando Iván cruzó la puerta, me sentí vacía. Tampoco era que Iván fuera la persona que me completaba. ¡Dios! Odio esas frases hechas. Como si el ser humano fuera un ser incompleto y solo por la mágica aparición de otro volviera a ser una persona. Nacemos solos y vamos a morir de la misma manera. Todo eso de la media naranja es una ilusión. Un vano intento por buscar la compañía del otro, por no ser capaces ni suficientes para aceptar la soledad de sentirse pleno en la compañía de uno mismo.

Yo me había acostumbrado a no necesitar a nadie. A adorar mi libertad. Pero algo en Iván empezaba a cambiar mis reglas. No, no era amor. No pienses en eso. Apenas lo había visto cuatro veces. Eso no es amor; en tal caso, era calentura. Y sí, obvio que lo era. Pero no me había pasado antes de querer tanto estar con alguien al punto de querer buscarlo. Y necesitaba estar con Iván. Necesitaba sentirlo contra mi piel. Dentro de mí.

A la siguiente semana me encontré mirando la primera temporada de Game Of Thrones. Sí, ya sé lo que estás pensando. Ridículo, ¿no? Me quería hacer creer que finalmente estaba accediendo a la presión mundial de ver una de las series más taquilleras del planeta. Pero, siendo sincera conmigo misma, buscaba alguna manera de acercarme a él. De sentirlo cerca. Porque, cada vez que miraba un episodio, me lo imaginaba a él. Alentando, gritando o llorando. ¡Qué manera de matar gente! Y así fue como, en el transcurso de una semana, me vi toda la serie completa. No pude contener la necesidad de contárselo, porque, claramente, esa fue la excusa desde un primer momento, así que agarré mi celular y le envié un mensaje por Instagram.

Mía: La gente de Mereen se rebeló. Enfrentó sus miedos y aceptó a la Madre de Dragones y Rompedora de Cadenas.

Sentada en mi sillón, sostenía el celular con mis manos sin apartar la mirada de la pantalla. La aplicación de Instagram estaba abierta en la conversación. Me mordía los labios mientras observaba el ícono de Iván en la parte superior. Quería que apareciera el pequeño círculo verde que indicaba que se encontraba en línea. El corazón me latía tan deprisa que podía sentir como si rasgara la piel de mi pecho. En mi interior, le gritaba, como si tuviera el poder de comunicarme

por telepatía. Le imploraba que me respondiera. Llegó un punto en el que me conformaba con que solo viera mi mensaje, cosa que ocurrió unos minutos después. Cuando mis dedos ya se habían cansado de sostener el aparato. Cuando justo estaba por bloquearlo y seguir con otra cosa.

Iván: Pero no fue algo sencillo. Toda su vida estuvieron esclavizados.

Mía: ¿Estás justificando su estado?

Iván: Era lo único que conocían. Para ellos era su realidad.

Mía: Hasta que llegó ella y les hizo ver que había más vida fuera de esas murallas. Y no las de Mereen. Las que ellos se habían establecido mentalmente.

Iván: No deberías culpar al esclavo.

Mía: Es la única persona que puede hacer algo por su vida. Dany puede ser una conquistadora, pero les dejó a ellos tomar la decisión.

Iván: Hay personas más fuertes que otras.

Mía: Hay personas con más libertad que otras.

Iván: Pero no todos tienen el valor de tomar una decisión que les cambie para siempre la vida. El recuerdo se sintió como una explosión en mi cerebro.

Las manos me temblaron al recordar aquella vez que había tomado una decisión que habría cambiado mi vida para siempre. Se me cerró la garganta. Mi cuerpo volvía recordar aquel momento, volví a sentir ese dolor fantasma... Bloqueé el celular y tragué saliva. Cuando una lágrima intentó emerger de mis ojos, la limpié antes de que pudiera rodar por mi mejilla y me levanté del sillón. Escuché que volvió a sonar, pero no quise responder.

¿Qué pensás del amor? Yo solía creer que el amor significaba encontrar a la persona adecuada, esa que te comprende con un silencio, que te escucha sin esperar nada a cambio, que te alienta a superar tus miedos... Solía creer que el amor era para toda la vida.

Solía creer.

La vida me enseñó algo distinto. Tal vez de la forma más cruel o más necesaria. El amor no está en otra persona ni en un silencio comprendido, ni en una escucha desinteresada, ni en un aliento a desafiarse... El amor está en uno. Ese es el verdadero amor para toda la vida. Porque nosotros valemos la pena y somos importantes. Por eso me pongo primero. Por eso quiero vivir mi vida en libertad. Por eso accedo a mis deseos.

Por eso soy feliz.

Tal vez no sea la felicidad que vos creés que debería ser. Todos tenemos concepciones sobre "el cómo debe ser". Esta es mi felicidad. Así vivo y soy libre. Nunca antes quise contagiarle a alguien este pensamiento, pero tenía la necesidad de hacerlo con Iván. Quería que viera que había otro mundo. Que no existían las limitaciones, solo las que él solo se imponía o que la misma sociedad lo hacía. Si realmente hubiera amado a Olivia, no me habría dirigido más la palabra. Era así de sencillo. No soy la tentación en su vida; soy su alarma para despertar. ¿Y si se había casado por costumbre? Como dije, la gente aprende a amar sus cadenas.

¿Y si estaba con ella porque no se animaba a estar solo? La soledad es un desafío, no lo voy a negar. Pero, cuando uno se da cuenta de la cantidad de ventajas que tiene el disfrute propio, deja de ser un estado para pasar a ser una naturalidad. Y, precisamente, porque amo mi libertad, disfruto la compañía del otro. Por un tiempo reducido, claramente. Pero eso me permite disfrutar

de mi libertad. Como las vacaciones. Si viviéramos de vacaciones, en un punto, nos aburriríamos. Necesitamos una rutina y necesitamos romperla para volver a quererla.

Y yo quería que Iván rompiera sus cadenas. Que dejara atrás su rutina. Y por eso iba en contra de mis reglas. No tenía que buscarlo. Ya me había dicho que no podía hacerlo. ¿Por qué insistía? Bueno, porque no puedo tener razón todo el tiempo. Y porque soy humana y puedo equivocarme.

Como me equivoqué con Dante.

Ahí lo tenés. Ahora ya sabés el nombre.

Capítulo 11

A Dante lo conocí en el último año de la secundaria. En realidad, ya lo tenía visto de cara, pero como era de la otra división, rara vez cruzábamos alguna palabra. Empecé a prestarle un poco más de atención cuando se sumó Alejo, dado que pasaba muchos recreos con él. Aun así, la primera conversación la tuve en el día de la fiesta de egresados.

Ya te había contado que le había pedido a Bianca que hablara con Alejo por mí. Y habían pasado unas cuantas semanas sin noticias, por lo que la fiesta era el último momento en el que tenía chances. Todavía faltaba el viaje de egresados, pero sentía que, si no afianzaba una relación en esa fiesta, poco podría hacer en el viaje.

Así que, como te imaginarás, fui con muchas expectativas.

Y no solo eso, por primera vez en años me había interesado en ir a comprar ropa. Había elegido un vestido coral de escote en ve que me llegaba hasta un poco arriba de las rodillas. De hecho, hasta me había comprado un par de zapatos de taco alto. Recuerdo cómo me dolieron los pies toda la noche por aparentar ser alguien que no era.

La cuestión es que fui con la determinación de que, si Bianca no me decía algo, iba a terminar enfrentando yo sola a Alejo. Tomaría alcohol, que era algo que la gente hacía para ayudar a vencer tus inhibiciones, y le iría a hablar. Y ni bien llegué al ateneo, donde solíamos tener gimnasia los días de lluvia, me fui a sentar en un rincón.

La música ya estaba muy alta a pesar de que el lugar no estaba del todo lleno. Antes no entendía muy bien el tema de las fiestas y creía que la hora de la invitación era la hora que efectivamente había que estar allí. Resultó ser que, recién una hora y media después, empezaron a llegar mis compañeros. Ese día había evitado hablar con Bianca para no tentarme y preguntarle por Alejo. Aun así, ni bien nos encontramos, ese fue el primer tema de discusión.

—¿Ya llegó? —me preguntó Bianca estirando el cuello y poniéndose en puntas de pie para ver entre el gentío.

—No lo vi llegar —le respondí levantándome de la silla—. Estás muy linda.

Se había puesto un vestido blanco ajustado al cuerpo. Parecía una modelo de catálogo. Su cabellera lacia perfecta le caía como una cascada dorada por la espalda.

—¡Muchas gracias! —me respondió con una amplia sonrisa—. Vos también estás espectacular. ¡Hoy lo conquistás!

Tragué saliva. Bianca se dio cuenta de la pregunta que no me animé a hacer.

—Tranquila —me aseguró apoyando su mano sobre mi hombro derecho—. Ya estuve hablando con él. Hoy voy a ser un poco más agresiva en la táctica. Solo tenés que estar preparada.

Y me entusiasmé. Realmente esperaba que algo bueno sucediera esa noche...

Después de bailar juntas por tres canciones, Bianca se embarcó en la misión de la noche.

Mientras ella hablaba con Alejo, yo me iba a quedar sentada en el mismo rincón que había estado desde el principio. Sin embargo, cuando los minutos se fueron acumulando en una pila que amenazaba con desmoronarse, me puse de pie. Bianca ya debía haber vuelto.

Así que empecé a buscarla por el salón. Lo fui atravesando de a poco, metiéndome entre el grupo de mis compañeros, atenta a si alcanzaba a ver su cabellera tan característica. Pero no estaba. Por eso, decidí salir del ateneo y buscarla por los alrededores. Hasta que di con ella.

Estaba con Alejo.

Besándose.

Todo el mundo se sacudió delante de mí y pude sentir cómo el suelo me tragaba entera. Mi corazón no sabía por qué llorar, si por la pérdida de posibilidades con Alejo o por la traición de Bianca. ¿Por qué no me había dicho que le pasaba algo con él? En aquel entonces, no creía que nadie fuera capaz de mirarme. Hubiera estado dispuesta a hacerme un costado para que ella lo tuviera. Después de todo, era mucho más linda que yo. ¿Por qué traicionarme de esa manera? Bianca alcanzó a verme, pero yo salí corriendo.

Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos. ¿Cómo contenerlas? No quería demostrarle el dolor. No quería que nadie lo viera. Sentía humillación. Vergüenza. Quería salir corriendo de allí. ¿En qué momento había creído que un chico como Alejo se iba a fijar en mí? Los brazos de Bianca me detuvieron y respiré profundo antes de poder mirarla a los ojos.

—¡Lo siento, amiga! —me dijo con lágrimas en los ojos—. Alejo es un idiota.

Fruncí el ceño. ¿De qué estaba hablando? No podía hablarle. Temía que mi voz se quebrara y un mar de llanto le siguiera. Sin embargo, Bianca estaba tan acelerada que habría dado lo mismo que dijera una palabra o no.

—¡Creía que yo estaba atrás de él! —exclamó con los brazos en el aire, indignada—. Cuando le dije que hablara con vos..., ¡me encajó un beso! ¡NO LO PODÍA CREER!

En ese momento, no supe qué creer. Estaba abrumada por lo que había visto y no podía procesar la información. Necesitaba salir de ahí, pero no quería salir corriendo y generar más dramatismo. Una parte de mí estaba culpando a mi mejor amiga por el solo hecho de ser más linda que yo. Por el claro hecho de que Alejo la estaba eligiendo a ella antes que a mí.

Quería gritar.

Quería llorar.

—¡Acá estás!

Giré mi cabeza para encontrarme con Dante. Era la primera vez que escuchaba su tono de voz. Fruncí el ceño y él abrió sus ojos mucho más grandes, por lo que pude ver así la tonalidad avellana que los recubría.

—No sabía dónde te habías metido —me dijo extendiéndome un vaso con gaseosa—. Lo que me pediste.

Yo no le había pedido nada, pero Dante no apartaba su mirada de la mía. En un momento, creí que se había equivocado de persona, pero, dado que no apartaba sus ojos de los míos..., ¿me estaba ayudando a liberarme de Bianca?

—Gracias —le respondí agarrando el vaso.

Bianca frunció el ceño y nos miró a ambos.

—¿Interrumpo algo? —preguntó; parecía disgustada.

—Para nada —le respondió Dante—. ¿Quieres que te traiga algo de tomar? —Dante estiró su cabeza—. ¡Ale!

Y, cuando pronunció ese nombre, se me formó un nudo en la garganta y sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda. No podía girar. No me animaba a mirarlo a la cara. Ver cómo había elegido a mi amiga en lugar de a mí. Entonces, me acerqué a Dante y me tomé de su brazo. Él observó mi accionar y se quedó en silencio. No aparté mi mirada de la suya. Quería que entendiera mi silencio.

Y lo hizo.

Porque, antes de que Alejo pudiera llegar hasta nosotros, me preguntó si quería tomar aire y le respondí con un asentimiento de la cabeza. No podía hablar. Bianca intentó seguirnos, pero Dante le dijo que podía encargarse de mí. Una vez que el aire fresco de la noche de verano nos alcanzó, me senté en el suelo y respiré hondo.

—Solo voy a decirte una cosa —me dijo Dante y lo miré a los ojos—. Vi todo lo que pasó. Si necesitas hablar con alguien, te ofrezco mi oído. Pero si preferís hablar de cualquier otra cosa, también te ofrezco mi compañía.

Sentí una calidez como esa que sentís cuando te abrigas en medio del invierno. No había hablado nunca con él y, sin embargo, me estaba ofreciendo sinceramente su amistad. Porque eso es lo que hacen los amigos. Escuchan. Están para vos cuando más los necesitás.

—¿Película favorita? —le pregunté al final.

—Mmm... Difícil —me dijo acariciándose la barbilla—. Pero cualquiera de Resident Evil son buenas candidatas.

Y así pasamos el resto de la noche hablando de nimiedades, de detalles insignificantes... No quería pensar en lo que acababa de ver. No quería pensar en nada. Y, sin darme cuenta, las horas pasaron tan rápidas como si alguien hubiera acelerado las manecillas del reloj. El sol asomó en el horizonte y descubrí el amanecer con una sonrisa.

Capítulo 12

La llegada de Quimey le inyectó un boost de alegría a mi vida. Porque, sin importar las circunstancias, él podía hacerme sonreír y hacer que me olvidara de cualquier problema que estuviera rondando por mi cabeza. Y estaba teniendo varios. Fui a buscarlo a Ezeiza por la madrugada. Debía volver con Lucas, pero por cuestiones de trabajo, él había tenido que adelantar la vuelta. Ni bien lo vi asomar la cabeza por la puerta, le sonreí ampliamente. Mi amigo aceleró su andar para poder encontrarnos con un fuerte abrazo.

—¡Qué lindo verte de nuevo! —le dije con mis brazos alrededor de su cuerpo.

Él soltó la valija y me rodeó con sus brazos.

—Lo mismo digo, amiga. —Se apartó de mí para mirarme a los ojos, pero sostuvo mis hombros y me miró como quien analiza una radiografía—. Hay un brillo distinto en tu mirada.

Abrí la boca presa del asombro.

—¿Cómo hacés?

—Es un don que tengo —me respondió haciendo el gesto de apartarse el pelo del hombro.

Respiré profundo y agarré la valija.

—Ya habrá tiempo para eso.

Volvimos a mi departamento y le di tiempo para que se diera una ducha. Mientras tanto, chequeé mi página web y tenía dos nuevas compras de los retratos de Iván. El proceso de crecimiento estaba tardando mucho. Tal vez la primera vez había tenido mucha suerte. Porque, en apenas una semana, había generado cerca de cinco cifras.

Ese día apenas llegaba a las cuatro.

Me estaba agarrando la cabeza con las manos cuando Quimey salió del baño.

—¿Problemas?

Giré en la silla para poder mirarlo a los ojos. Intenté sonreír y ocultar mi preocupación, pero con él era imposible. Frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Connigo no, Hunter. —Y se acercó al sillón que estaba junto al escritorio—. ¿Qué pasa? ¿Otra vez el negocio?

Respiré hondo.

—Te transfiero plata —dijo desbloqueando su celular y me apresuré a quitárselo de las manos.

—¡Ya te dije que no! —le dije en voz alta—. Ni se te ocurra. Tengo que solucionar mis problemas.

—¿Desde cuándo estás teniendo problemas?

—Desde unos meses ya.

—¡Mía! —Me retó como una madre a su hijo—. ¡¿Cómo no me dijiste nada?!

—Porque las fluctuaciones son normales en los negocios independientes. —Me encogí de hombros—. Pensé que se trataba de una mala racha.

—¿Tenés alguna idea sobre cómo solucionarlo?

—Algo tengo en mente. ¡Pero basta de mí! —le dije sentándome a su lado—. Quiero que me cuenten de Londres y de Edimburgo.

Ambos eran sitios que quería volver a descubrir. Sobre todo, Edimburgo. Y así mi amigo me empezó a contar cada lugar que visitó. El Big Ben y su maravilla. Los castillos de Edimburgo y cómo le hacían recordar a Game Of Thrones... En ese momento, me resultó imposible no recordar a Iván.

—Creo que puede ser el hombre de mi vida.

Aquella frase me tomó por sorpresa. No sabía en qué momento la conversación había ido hacia el terreno de Lucas, pero aquella declaración me dejó sin respiración. Parecía que había sido ayer cuando ambos nos despedíamos del bar porque cada uno se iba con la conquista de la noche a su casa.

—Qué declaración... —le dije aún sin palabras.

—No me mires así —me dijo señalándome con el dedo.

—No estoy haciendo nada —le respondí con un tono de voz demasiado agudo.

—Te conozco, Hunter. Y tenés que dejar de ser tan extremista. No va a pasar nada. Nos amamos, de verdad.

—El amor... —Pero no pude terminar mi frase.

—... no es suficiente —me dijo poniendo los ojos en blanco—. Tenés que dejar de decir eso. No es del todo cierto.

—No quiero que te lastime. Es eso nada más.

—No lo va a hacer. Porque si lo hace, se la corto.

Y los dos nos reímos a carcajadas. En ese momento, se puso de pie y empezó a buscar por mis alacenas.

—¿Tenés ginebra?

—Sí, están en los de abajo —le indiqué con la mano.

Quimey se puso a hacer unos martinis y me senté sobre la mesada para que pudiéramos seguir hablando. Yo odio hacer cócteles. Compró para que él los haga. En medio de la preparación, se quedó mirándome fijo, como cuando sabe que hay cosas que tengo que contarle, pero que no quiero hacerlo.

—¿Tenés planes para otro viaje pronto? —le pregunté.

—No, no. Ahora te toca a vos. —Enarcó una ceja—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—¡Ay, Mía! Dale. Te conozco lo suficiente como para saber que hay alguien.

—Hay varios.

—No, no. Alguien. —Y sin apartarme la mirada, me volvió a preguntar—. ¿Cómo se llama?

La respuesta era sencilla. Sin embargo, algo adentro de mí sabía que no lo era tanto. Podría decir su nombre, pero con esto estaría declarando algo más que no me atrevía a decir en voz alta. Si lo decía, estaría reconociendo que era alguien importante en mi vida. Mi amigo no me apartaba

la mirada de los ojos, hasta había dejado de preparar la bebida. Sentí un sudor frío que me recorría la espalda.

Respiré hondo.

—Iván.

—¿Qué edad tiene? —me preguntó cruzándose de brazos.

—No lo sé. Más o menos de tu edad.

—¿Y qué hace de su vida?

—Es arquitecto.

Asintió con la cabeza, como si estuviera evaluando algo que está pensando adquirir.

—¿Y cómo lo conociste? —me preguntó con una sonrisa pícaro; le duró poco.

—Por su casamiento.

—¿Cómo? —preguntó elevando la voz.

Creo que todos los vecinos de mi edificio lo habrán escuchado. Y entonces le empecé a contar cómo había empezado todo. Me parecía lejana aquella tarde en Puerto Madero cuando le había sacado las fotografías. Pero recién había pasado un mes. Le relaté toda la historia hasta las partes más candentes. Sus favoritas. Y cómo había terminado todo.

—No, no terminó —me corrigió.

—Me dijo que no podía hacerlo. Mejor rechazo que ese no conozco —le respondí poniéndome de pie y llevando las copas hacia el living.

—No debe ser sencillo abandonar un amor que duró por tantos años.

Las copas se me resbalaron de las manos. El alcohol alcanzó a salpicar el sillón y los cristales se esparcieron por el suelo. Pero nada de eso me importó.

—¿Yo no le estoy pidiendo que la abandone! —le dije en voz alta.

¿Vos también pensaste eso? ¿Que yo estaba esperando que Iván dejara a su mujer para venir con conmigo? ¡No! Ese no es mi objetivo. Yo quería que él se liberara, que pudiera disfrutar de sus emociones y sentimientos. Que pudiera gozar. Solo tenemos una vida y tenemos que aprovecharla. Si después de acceder a sus deseos quería volver con su mujer y seguir viviendo esa vida, yo no lo iba a detener. Cada uno es libre de vivir la vida como quiere.

—¿Volviste a hablar con él? —me preguntó llevando un escobillón y pala para limpiar mi desastre.

—No después de lo de Game Of Thrones.

—¿Tenía que aparecer este pibe para que la vieras? —Revoleó sus ojos y se puso a barrer los cristales—. ¿Vale la pena al menos? Mostrame su Instagram.

Busqué mi celular y le entregué el aparato con su perfil disponible para el escrutinio. Estuvo unos minutos observando cada uno de los posts, leyendo las palabras que ponía en cada uno de ellos. Asentía en silencio, sonreía o enarcaba una ceja, pero no me decía nada.

—¿Y? —le pregunté finalmente.

Me entregó el celular y me dijo:

—¿Qué es lo que querés con él?

—Coger —le respondí riéndome, pero Quimey no apartó la mirada y no se rio conmigo—. ¿Qué? Quiero coger.

—¿Y si me decís la verdad?

—¡Te estoy diciendo la verdad!

—Mía, por favor. —Llevó los cristales a la basura y se lavó las manos. Después, se acomodó para ponerme ambas manos en mis hombros y mirarme directamente a los ojos—. Sos una mujer inteligente. No cometas el error de mentirte a vos misma. Si solo quisieras coger, te habrías detenido a esta altura. Nunca buscás a un hombre. Y lo estás buscando.

Era verdad. Lo estaba haciendo. Me quedé en silencio porque no me atrevía a responderle en voz alta. Las excusas de querer enseñarle una libertad que no veía parecían desintegrarse en el aire. ¿Por qué me mentía? Se me formó un nudo en la garganta.

Quimey se acomodó en el sillón y buscó el control de la televisión. Puso Netflix y buscó la serie que mirábamos juntos.

—No te lo voy a decir yo —me dijo finalmente—. Quiero que lo reconozcas. Y en voz alta.

Tuvieron que pasar dos episodios de la serie *The Good Place* para que finalmente fuera capaz de expresar lo que me estaba pasando. Respiré hondo y relajé mis hombros. Volteé mi cabeza y busqué la mirada de mi amigo. Él sonrió, sabiendo lo que venía a continuación.

—De acuerdo. Me interesa.

—¡Eso es bueno! —exclamó contento, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Yo me levanté del sillón y empecé a caminar de un lado a otro en mi departamento.

—No, no es bueno. —La verdad de lo que acababa de decir se convirtió en un peso que amenazaba con aplastarme viva—. Debería detenerme. Ayúdame.

—¿Por qué? ¡Esto es lo mejor que puede pasarte ahora!

—Tengo que dejar de seguirlo en Instagram. —Extendí mi mano—. Alcanzame mi celular.

Pero Quimey se aferró mi celular y negó con la cabeza.

—No. Esa no es la solución a tu “problema” —me dijo haciendo con sus dedos la mímica de las comillas,

—Es un problema, Quimey.

—Que te interese alguien es la señal de que las cosas empiezan a acomodarse en tu vida.

—¡No! —grité.

No quise gritar. No me gusta gritar. Pero me salió de adentro. Mi parte consciente me pedía que entrara en razón, que me apartara de ese camino que no llegaba a ningún lado. Iván ya me había dicho que no. ¿Qué estaba buscando? ¿Más rechazo? ¿No me alcanzaba con uno solo? Él había elegido a su esposa. Yo le había dado la posibilidad de elegir y había elegido eso. La había elegido a ella. No me había elegido a mí.

Volví a extender mi mano y esa vez mi amigo me entregó el celular. Cuando abrí la aplicación, fui a la parte de los mensajes para encontrar la conversación y seguir hacia su cuenta. Sin embargo, me encontré con un mensaje que no había leído. En realidad, Instagram había creído que sí. Tal vez, por alguna razón, lo había abierto sin darme cuenta y había dejado de avisarme que había algo sin leer. Y era un mensaje de Iván, por supuesto.

Iván: Creo que soy como los esclavos de Mereen. Y que vos viniste a romper mis cadenas.

Capítulo 13

El celular se resbaló de mis manos. Mientras el aparato caía, mi cerebro intentaba descifrar lo que acababa de leer. Se debatía entre miles de posibilidades, cada una con una consecuencia diferente. Con un significado distinto. ¿Por qué le daba tantas vueltas? Bajé la mirada para encontrarme con la pantalla astillada y a Quimey con los ojos abiertos como si acabara de ver a un fantasma.

—¿Qué pasó?! —me preguntó saltando del sillón.

—Iván —alcancé a decir, aunque mis cuerdas vocales temblaban.

Quimey se agachó para ver el aparato. Tuvo que esforzarse para poder leer el mensaje con todo el cristal astillado. Me di cuenta de que había logrado leer cuando su boca esbozó una sonrisa pícara. Negué con la cabeza y le saqué el celular de la mano y agarré mi billetera que estaba al lado del cenicero en la mesa ratona.

—Vamos a que me cambien el vidrio templado —le dije saliendo por la puerta.

Mientras el ascensor llegaba, Quimey se quedó de brazos cruzados, sonriéndome airoso.

—No empieces —lo corté sin poder mirarlo a los ojos.

—Rompedora de cadenas —dijo riéndose.

Me mordí el labio para no reírme, pero una parte dentro de mí se había encendido. No era una gran fogata, apenas una chispa en el medio del bosque. Pero en cuanto la empezara a avivar, podía causar un incendio fatal. Allí fue la primera vez que consideré si me convenía seguir por ese camino.

Tenía miedo.

Luego de que me cambiaran el vidrio templado, volvimos para el edificio. Y mientras esperábamos el ascensor en el hall de entrada, Quimey me empujaba con su hombro. Esto no estaba ayudando.

—Sos Dany —me dijo moviendo las cejas.

—Cortala —le respondí cruzándome de brazos.

Se reía como un adolescente y no pude evitar contagiarme. ¿Ves? ¡Esto es lo peligroso! Porque se contagia. Yo estaba bien sola. Tranquila en mi ignorancia.

—Khalesi. La Que No Arde. —Y gritó—. Reina de Dragones.

Escuchamos el sonido de una puerta y los dos nos dimos vuelta. Era la de entrada del edificio, una mujer de cabellera dorada y enrulada seguida de Iván. Tragué saliva y sentí que mis piernas me temblaban. No solo por encontrarme con él, sino porque tenía a Quimey a mi lado. Y él había visto las fotos de Iván.

—¡Iván! —exclamó alegre y abrió sus brazos corriendo a su encuentro.

¡Tragame tierra!

Iván sonrió, por supuesto; él siempre tan amable. La mujer enarcó una ceja hasta que mi amigo se separó de Iván.

—Soy Quimey —le dijo con una gran sonrisa en el rostro—. Soy amigo de Mía.

Él esquivó la mirada de mi amigo y buscó la mía. Le regalé una sonrisa tímida; no podía ni levantar mis brazos.

—En un rato subo —le dijo a la rubia y le dio un beso en la coronilla.

La chica se fue del hall y subió por las escaleras. En ese momento, llegó el ascensor.

—¿Tenés ganas de subir a tomar algo? —lo invitó Quimey.

—Quimey, no —alcancé a decir y subí al ascensor, manteniendo mis manos contra las puertas para evitar que se cerraran.

—No hay problema —me respondió Iván mirándome, esperando que le respondiera, pero no fui yo la que lo hizo.

—¡Perfecto! —dijo mi amigo y subió al ascensor.

Iván se quedó en su lugar, buscando mi mirada. Lo había escuchado a Quimey antes; sabía que estábamos hablando de él. ¿Estaba sonriendo? El corazón me latía fuerte y una parte mía quería salir corriendo a abrazarlo, a estrellarlo contra la pared. A terminar lo que habíamos empezado. Si no hubiera querido subir, nos habría dicho que no directamente. ¿O no? Respiré hondo y dejé la mano sobre las puertas, por lo que él también terminó subiendo.

No sé qué tienen los ascensores. Es cierto lo que decía Christian Grey. Hay algo que invita a los sentidos a despertarse, a buscar nuevas experiencias. Las ganas que tenía de poder disfrutar del cuerpo de Iván. Sacudí mi cabeza para concentrarme. Quimey se rio. ¡Cómo me conoce!

Cuando entramos en mi departamento, mi amigo fue hasta la cocina y se puso a preparar otros cócteles. Los materiales seguían en la mesada.

—¿Algún gusto en particular, Iván? —le preguntó mientras cortaba una rodaja de limón.

—Lo que más te guste —le respondió.

Quimey giró su cabeza y lo miró desde la barra.

—Un hombre arriesgado. Me gusta.

Iván se rio y volvió su concentración hacia mí. ¡Por favor! Con solo mirarlo, mi cuerpo entero se preparaba para recibirlo. ¿Qué es esto? Es la tensión. Es eso. Las ganas acumuladas y cualquier mínimo impulso me volvían loca. Era eso.

—¿A tu amigo también le gusta Juego de tronos?

—Sí. Intentó convencerme de verla hace mucho tiempo.

—¿Por él la viste?

Lo miré. No hizo falta que le respondiera; ya sabía la respuesta y por eso se rio por lo bajo.

—¿La rubia era tu hermana?

—Sí, se llama Ema. —Se quitó la campera de jean y la apoyó en el sillón. Yo avancé para sentarnos en el balcón, él me siguió—. En realidad, no es mi hermana de sangre. Pero crecimos juntos, así que es como si lo fuera.

—¿Una amiguita de tu infancia, entonces?

—Más que eso. —Respiró profundo—. De chico siempre me cuidaba Juana, su mamá. Mi viejo se la pasaba de fiestas con amigos y haciendo negocios que siempre evité preguntar de qué

se trataban. Ni bien pude, empecé a trabajar para independizarme y a estudiar una carrera.

—¿Qué estudiaste? —le pregunté, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Arquitectura. De hecho, este edificio lo hizo la empresa para la que trabajo. —Sonrió—. Por eso les regalé a Juana y a Ema un departamento, como una muestra de agradecimiento por tantos años juntos.

Mi corazón vibraba en mi interior y de pronto sentí una calidez abrigarme.

¿Quién era este chico? ¿Y qué era lo que me estaba haciendo?

Quimey vino con dos copas y nos dio una a cada uno. Después, agarró su abrigo y me dio un beso. Otro a Iván.

—¿Adónde vas? —le pregunté poniéndome de pie, pero él me detuvo con su mano en mi hombro y me hizo volver a sentarme.

—A mi casa —me respondió con un gesto incrédulo—. ¿Te pensaste que me iba a quedar con ustedes? Diviértanse. Un gusto conocerte, Iván.

—Igualmente.

Cuando Quimey dejó el departamento, se instaló un silencio incómodo. Me bajé el contenido de la copa en un solo trago. Iván imitó mi movimiento y, al dejar la copa vacía sobre la mesa de vidrio, se puso de pie. Tuve que levantar la mirada para poder mirarlo a los ojos.

—¿Te vas? —le pregunté con un débil temblor de voz.

No quería. El corazón se había acelerado en mi cuerpo y las venas me ardían. Quería que se quedara con cada centímetro de mi ser. ¿Cómo se lo podía pedir sin decírselo en voz alta?

Me puse de pie.

—Debería —me respondió finalmente.

Tragué saliva. Me acerqué dos pasos.

—¿Vas a romper tus cadenas?

En un fugaz movimiento, su boca estaba sobre la mía. Sus manos me aferraron la cara con urgencia. Mis brazos lo asieron, lo retuvieron contra mi cuerpo, con el deseo de no separarse más, de que el contacto no se quebrara hasta tanto pudiera disfrutarlo por completo. Que pudiera explorar cada centímetro de su piel.

Y esa vez cuando llegamos a mi habitación, cerró la puerta y se sacó la remera.

Capítulo 14

De repente el mundo dejó de existir. Todo lo que era capaz de percibir, sentir y respirar era Iván. Sus ojos brillantes y desesperados de pasión. Su boca contra la mía; sus labios buscando los míos en un intento de cubrir cada centímetro como si fueran a desaparecer.

Dejé que la marea me llevara por un sendero sin rumbo ni horizonte. Solté el control y me entregué sin reticencia. Lo único que era capaz de sentir eran sus dedos contra mis hombros, trazando un camino por el largo de mi brazo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me aferré a su cuello cuando mis piernas empezaban a perder estabilidad.

Me sentía tan liviana que una simple brisa de verano podría hacerme volar, podría empujarme a un oscuro precipicio.

Estiré mi cabeza hacia atrás invitándolo a que sus labios alcanzaran la parte sensible de mi cuello. Y, sin mediar palabras, su lengua cálida comenzó a hacer pequeños círculos en esa zona y no pude evitar emitir un gemido.

No se trataba de una reacción física a un amante habilidoso. Era algo mucho más fuerte que no era capaz de dimensionar y, mucho menos, controlar. Era un deseo profundo, arraigado a mi cuerpo, uno que me pedía desesperado que me sostuviera porque no había lugar seguro dónde pararme. No quería que Iván se detuviera; sentía que mi vida podía terminarse en ese instante.

Hacía mucho tiempo que no me sentía de esa forma. Había tenido incontables amantes y muchos de ellos se habían destacado, incluso había considerado volver a buscarlos para un segundo encuentro. Sin embargo, lo que me generaba Iván era algo completamente diferente. Era necesidad. Ese deseo gutural que me nacía en el estómago, como un hambre voraz imposible de saciar.

Mientras sus dedos se acercaron con sigilo a mi pierna, su lengua seguía en mi cuello y todo mi cuerpo empezó a temblar cuando sus manos llegaron al botón de mi pantalón. La respiración se me entrecortó. En ese momento, nuestras miradas se encontraron, encendidas de deseo. Ambos sabíamos que nos estábamos acercando al punto de no retorno.

Moví mis caderas para que finalmente mi pantalón se cayera al suelo. Entonces, se arrodilló ante mí.

Mis dedos seguían en su cabello y su boca empezó a darme besos sobre la parte interna de mi pierna. Y, a medida que iba ascendiendo, además de sus labios, era su lengua la que jugaba cruelmente con mi piel. Sus manos alcanzaron mi ropa interior y acabó en el suelo también.

Su aliento cálido me golpeaba como una ráfaga. En ese momento su boca empezó a explorarme, junto con su lengua. Los gemidos se me acumularon en la garganta y ya no era capaz de seguir reteniéndolos. Iván era gentil y habilidoso. Sabía perfectamente cómo moverse, cómo

acariciar, cuándo aumentar la intensidad y cuándo disminuirla.

Aferré mis dedos a su pelo y me sentí en una montaña rusa. Elevándome de a poco hasta la cima para caer contra el vacío. La explosión en mi interior fue tan intensa que las piernas me temblaron y no me sostuvieron. Él se apartó para poder abrazarme. Sus labios se posaban con dulzura sobre mi cuello y me recostó sobre la cama.

Abrí mis ojos para buscarlo, temiendo que todo aquello que estaba viviendo fuera una mentira, un vil sueño. Pero Iván estaba allí, con su torso desnudo, desabrochándose el cinturón. El tiempo pareció detenerse. Luego, se bajó el cierre. Me sentía aturdida por la excitación, sentía que podía explotar en cualquier momento. Un segundo más. Y, por último, se bajó los pantalones con el boxer incluido. Su miembro asomó firme y listo. Yo estiré mi mano para alcanzar el cajón de la mesa de luz. Le di el preservativo y él se lo empezó a poner.

Todavía podía escaparse. Todavía podía abandonarme una vez más, dejarme deseando más de él. Era ese momento de silencio incómodo, de expectación. Lo quería. Lo necesitaba. “Por favor, no me dejes. No te vayas. Quiero sentirte. Quiero saber cómo es estar con alguien como vos. Por favor, no me abandones”.

Cuando terminó de ponerse el preservativo, se acercó a mí, se acomodó entre mis piernas y me miró a los ojos. Habíamos llegado al umbral que cambiaría para siempre nuestras vidas. Podía ver lo que yo le estaba generando. Podía darme cuenta de que él también sabía lo que me estaba haciendo, lo que estaba provocando en mí. Ambos éramos conscientes de lo que significaba ese momento. Tal vez más de lo que nos atrevíamos a decirnos, más de lo que éramos capaces de expresar. Y no hubo espacio para otra cosa.

Ingresó en mí de una estocada. Gemí tan fuerte que toda la cuadra pudo saber lo que estaba pasando en esa habitación. Pero ya nada me importaba. Solo él, él y sus embestidas. Éramos uno. No era mi mitad; él era yo y yo era él. Podía sentir su respiración contra mi cuello, sus gemidos contra mi oído. Lo acaricié por la espalda, lo aferré contra mí. Quería todo de él. Quería ser de él. Quería que fuera mío.

Aceleró sus movimientos, justo en el momento que eran necesarios. Volvía a ascender en la montaña rusa, pero esta vez con él a mi lado. Los dos compartíamos ese viaje. Ese descubrimiento. Ninguno de los dos quería separarse. Parecía que toda nuestra vida se reducía a este momento, como si nuestros caminos estuvieran predestinados a encontrarse. Sus labios buscaron los míos; me dejé llevar en ellos. Me buscó con la mirada y no aparté mis ojos de él.

Estallamos como los fuegos artificiales que iluminan un cielo oscuro en una noche silenciosa. Ambos gritamos nuestros nombres en medio del orgasmo. Porque no eran propios, eran del otro. Nuestro placer se debía al otro. Pero cuando Iván dijo “Mía”, no sentí que estaba diciendo mi nombre. Sino que me estaba reclamando para él.

Y sin darme cuenta le respondí.

—Tuya.

Capítulo 15

Sus dedos me acariciaban el hombro y yo sentía que flotaba en las nubes. Sin mencionar que no podía parar de sonreír. ¿Cuándo había sido la última vez que me había sentido así? Tenía mi mano apoyada contra su pecho, acariciaba su piel y le daba pequeños besos. No cruzamos palabra en ningún momento. Y, al principio, no me importó. Pero en algún punto comenzó a molestarme el silencio.

Iván no era como el resto de mis amantes. Con los demás, después de terminar el acto sexual, me dormía o tal vez me levantaba a fumar un cigarrillo en el balcón. No había una conversación. No me interesaba, sinceramente. Pero Iván era otra cosa y esperaba que me dijera algo. Sin embargo, su silencio empezó a atacar mis nervios. Porque no se había dormido; seguía acariciándome. ¿En qué estaba pensando? Seguramente, todo lo que acababa de hacer le había caído sobre los hombros y se daba cuenta del peso que tenía. Tal vez había visto la verdad y le costaba asimilarla.

Pero también existía la posibilidad de que se siguiera aferrado a su mentira y que estuviera juntando coraje para decirme que no le hablara más. De solo pensarlo, se me hizo un nudo en el estómago. Entonces, me aparté de él y le di la espalda, para que pensara que me quería dormir. No sé si se durmió después o si siguió dándole vueltas a sus pensamientos.

Al otro día, me levanté sobresaltada. Por lo general, me levanto más de una vez durante la noche; cualquier sonido me despierta, pero haber dormido de un tirón me desconcertó. Estar relajada se sintió extraño. Y, cuando estiré mis brazos, me encontré con la cama vacía. Me senté y me quedé mirando la habitación. ¿Se había ido sin despedirse? El corazón me empezó a latir fuerte. ¿Y qué esperaba? Se tenía que ir, había hecho bien. Ya habíamos cumplido nuestros deseos. Suficiente.

Pero entonces escuché sonidos en la cocina. El corazón se me cayó al estómago.

Me puse la remera grande sobre el cuerpo desnudo y salí de la habitación. En cuanto abrí la puerta, la luminosidad del día me atacó los ojos y tuve que cerrarlos para evitar quedarme ciega.

—Buen día, dormilona.

Ay, Dios. No.

Adapté mis ojos al nuevo ambiente y me acerqué a la cocina. Iván había puesto dos tazas en la barra del desayuno, con dos platos de tostadas y sacó el queso de la heladera. Además, estaba cortando fruta en un bol. Se me cerró la garganta. No sabía cómo reaccionar. Una parte de mí gritaba; me gritaba tan fuerte que me estaba dejando aturdida. Y había otra parte de mí que también quería expresarse, pero era incapaz de entenderla. Demasiadas cosas me estaban pasando en la cabeza.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

La lengua se me había enredado en la boca. El peso que sentía sobre los hombros me estaba aplastando.

Iván sonrió.

—Esto ya está cuando quieras...

Dios. No.

Volví al baño de mi habitación y empecé a asearme. ¿Un desayuno? Mi pulso se había acelerado y las paredes parecían estar encogiéndose. ¿Era yo o mi mundo se estaba reduciendo? Me lavé la cara con agua fría, más de una vez. Respiré profundo y me miré en el espejo. ¿Debía echarlo? ¿Por qué me lo estaba preguntando?! Iván no tendría que haber estado ahí esa mañana. Tendría que haber vuelto a su casa. Me estaba quedando sin aire.

Cuando volví a la cocina, él ya estaba sentado en uno de los laterales de la barra, mirando su celular. Me acerqué al otro asiento y vi la hora. Eran las diez de la mañana. ¿Las diez?!

—No tenías por qué hacerlo —le dije finalmente y le di un sorbo a mi café.

—No, pero tenía ganas —me respondió encogiéndose de hombros.

—¿No vas a tener problemas si llegas tan tarde?

Apartó la vista del celular y respiró hondo. Fue apenas un movimiento, pero lo estaba observando con tanta atención que logré captarlo. Después le dio un sorbo a su café.

—Sabe que estoy con mi hermana.

—¿Y te quedas a dormir en lo de tu hermana?

Iván dejó la taza sobre el pequeño plato y me miró directo a los ojos. La intensidad de su mirada me dejó helada.

—¿Querés que me vaya?

“Sí, quiero que te vayas”.

“Sí, quiero que te vayas”.

“Sí, quiero que te vayas”.

—Te pregunto nada más —fue lo que le respondí.

—No me estás respondiendo. Si te molesto, me voy —me dijo poniéndose de pie.

“Sí, quiero que te vayas”.

No me apartaba la mirada. No iba a dejarme en paz hasta que le respondiera.

“Sí, quiero que te vayas”.

—No.

“¡Idiota!”, me grité interiormente.

Iván volvió a sentarse y agarró una de las tostadas de la barra.

—Y no suelo quedarme a dormir de Ema, pero tampoco es extraño que lo haga.

Le di un sorbo a mi café y me unté una de las tostadas con queso.

—Tenés que eliminarme de Instagram.

—¿Por qué? —me preguntó enarcando la ceja.

Porque no tendríamos que seguir hablando. Porque no nos tenemos que ver más. Porque ya nos liberamos.

Porque ya fue.

Cualquiera de esas respuestas hubiera sido la indicada. Pero, al parecer, esa mañana, decía

todo lo contrario a lo que pensaba.

—Por precaución. No deberíamos estar hablando nosotros. El casamiento ya pasó.

—¿Y cómo nos vamos a comunicar?

No deberíamos seguir comunicándonos. Tendría que haberlo cortado en ese momento.

¿Pero lo hice?

Ya sabés la respuesta.

Iván sabía que una parte de mí quería echarlo. Su forma de hablarme, las preguntas que me hacía... Era como si estuviera tirando de una cuerda y esperaba ver en qué momento se rompía.

—Sabés dónde vivo —le dije encogiéndome de hombros.

—Me podrías pasar tu número.

—Peor todavía. —Suspiré en alto—. No tiene que haber rastro de nosotros.

—Así que... si quiero verte, ¿simplemente vengo?

—Sí. —Respiré hondo y cambié la conversación—. ¿Trabajás los fines de semana?

Agarró un trocito de manzana y se lo llevó a la boca. Después sonrió. Qué lindo que era...

—Técnicamente, no, pero estoy buscando independizarme. Así que tengo que hacer algunos sacrificios.

No pude evitar pensar en Dante. Y en su sueño.

Y mi pesadilla.

—¿Dije algo? —me preguntó frunciendo el ceño—. La expresión de tu cara cambió por completo.

Me apresuré a llevarme una tostada a la boca y a negar con la cabeza. Si realmente se había dado cuenta de que estaba evitando el tema, fue muy amable al no seguir insistiendo. Cuando terminó su café, se levantó y llevó la taza hasta la bacha. Sentí un tirón en el estómago.

Cada una de las acciones que realizaba parecía hacerlas con mayor lentitud. Mientras lavaba los utensilios que había usado, refregaba con la esponja cada recoveco del instrumento, como si estuviera haciendo una limpieza profunda.

Como si no quisiera irse.

Yo tampoco quería que se fuera.

Pero se secó las manos y me miró a los ojos. Vi el pesar en su mirada.

—Tengo que irme —me dijo finalmente.

—Claro —le respondí y me aparté de la silla.

Me acerqué a la puerta del departamento y estiré mi mano para apoyarla en el picaporte, pero Iván la sostuvo y buscó mis ojos. Tenían un raro efecto; eran como dos pozos hipnotizantes, que ni bien ponías la vista en ellos, un efecto de ensoñación te atacaba.

Se acercó a mí, sin mediar palabra, y me besó. Me di cuenta enseguida de que no era el mismo beso de la noche anterior. Y el darme cuenta de la diferencia me sentó como un puñal que me atravesaba en estómago. Era como si se estuviera despidiendo de mí; la respiración se me entrecortó. Mis ojos me ardieron.

Estiré mis manos para colocarlas en su cuello. Para tocar su piel una última vez. Subí mis dedos por su cabellera, los enredé en ellos, aspiré su aroma. No quería que se fuera. Sus manos alcanzaron mi cintura y me atrajeron hacia él. Entonces sentí su mano sobre mi pierna. Estaba fría,

pero la sensación me encendió todos los sentidos. Arrastró los dedos hacia el interior de mi entrepierna. Frío y cálido, gemí sin darme cuenta. Fue en ese momento cuando sentí sus dedos dentro de mí.

Le aferré el cabello con más fuerza y mi lengua invadió su boca, buscando la suya. El tono del beso había cambiado. Quería sentirlo de vuelta. ¡Por Dios! Lo necesitaba. Sus movimientos aceleraron en intensidad y mis piernas no me estaban sosteniendo. Como si supiera, con su otro brazo me contuvo por la cintura, mientras su otra mano hacía maravillas. Otra vez la sensación que escalaba una montaña, dulce, adictiva. Y escalaba, y escalaba, y ya nada importaba. Cuando llegué al orgasmo, me aferró contra su cuerpo y pude sentir el desbocado latir de su corazón contra mi oreja.

—Para que me recuerdes— me dijo.

Y se fue del departamento.

Yo me había quedado muda.

Capítulo 16

Creo que es momento de hablar de Dante. Te había contado que empezamos a hablar durante la fiesta de egresados, luego de haber visto a Alejo besarse con Bianca. En realidad, no es que hayamos hablado, más bien, él escuchó la mayor parte. Me hacía preguntas sobre lo que me gustaba, sobre lo que no, cuáles eran mis sueños, qué esperaba hacer cuando la escuela se terminara... Y, gracias a él, me olvidé de lo que había visto. Que fue todo un mérito en sí mismo, porque en esa época, uno tiene esa sensación de urgencia, poder y certeza de que todo lo que nos pasa en ese momento es de vida o muerte. Y yo estaba enamorada de Alejo y él había elegido a mi mejor amiga.

El dramatismo.

Después de la fiesta, empecé a hablar con Dante más seguido. Incluso me acompañaba hasta mi casa todos los días y hablábamos los fines de semana. Poco pasó para que empezáramos a ir al cine o me llevara a alguna librería. Recuerdo esa vez como si hubiera sido ayer. Me llevó a la librería Yenny y me dijo que eligiera el libro que quisiera, que él me lo regalaba. El corazón me explotó de felicidad y creo que se dio cuenta por la inmensa sonrisa que le di. Después, eso se hizo costumbre y, cada vez que pasábamos por una, me decía lo mismo.

Nuestro primer beso fue de lo más romántico. Sucedió en el viaje de egresados. Las dos divisiones nos fuimos juntas con otra escuela más que hoy ya ni recuerdo el nombre. Fue la primera noche de Cancún, en la que me volví a las tres de la mañana. No me gustaba salir a bailar en aquel entonces y me propuse ir para conocer los clubes de la zona, pero regresaría en cuanto pudiera. Y Dante me acompañó esa noche.

El hotel que habíamos elegido se llamaba Casa Maya y tenía salida al espectacular mar azulado y turquesa. El cielo estaba despejado, lo que nos permitía ver los destellos dorados de las estrellas y el haz de la luna reflejado en el vaivén de las olas. Estaba bastante fresco para ser fines de enero. Estábamos sentados en el balcón del primer piso, donde se encontraba el comedor. Los dos en silencio, absorbiendo ese momento que teníamos delante. Cuando terminamos de comer, fuimos para el balcón y allí fue cuando saqué mi celular y tomé esa bendita fotografía.

La misma que a Facebook le encantaba recordarme.

—Sé que no soy Alejo —me dijo y guardé mi celular en la pequeña cartera que tenía, enfocando mi mirada en la suya—. Y sé que lo que voy a decir va a resultar extraño, hasta egoísta, pero la noche de egresados me dio la oportunidad de conocerte... Y no puedo estar más feliz.

No entendía. Sinceramente no entendía qué era lo que estaba pasando. Me encantaba el tiempo con él, lo sentía tan natural como respirar y quería verlo. Quería escucharlo. Incluso lo extrañaba cuando no lo veía, a pesar de haberlo hecho el día anterior. No supe registrar lo que me pasaba.

—Sos hermosa —me dijo y el corazón me empezó a latir muy fuerte.

Él también lo era, incluso más hermoso que Alejo, que era una simple ilusión. A Alejo no lo conocía. No sabía que las películas de terror no le gustaban porque todas eran malas o que el café que tomaba llevaba dos cucharadas y media de azúcar, que las galletitas que más disfrutaba comer de chico eran las Chips Ahoy, que se acostaba a dormir a las once y media después de que nos diéramos el saludo de las buenas noches...

Y me acerqué a él, con mis manos en su rostro, y lo besé. Todo mi cuerpo se encendió en llamas cuando nuestros labios se rozaron. Parecía que habían sido hechos para encajar a la perfección. Sus manos alcanzaron mi cintura y nos besamos hasta que nos quedamos sin aire, empujando los límites de nuestras vidas al máximo.

No había nadie en el hotel. Aún era temprano para que cualquiera de nuestros compañeros o coordinadores llegara. Así que fuimos a su habitación y con nervios de por medio, tuvimos nuestra primera vez. De solo recordarla se me parte el corazón, pero de alegría. Este recuerdo nunca fue alcanzado por todo lo que sucedió después porque ese momento fue mágico.

Los dos nos estábamos entregando al otro, en un acto de intimidad y de amor. De amor verdadero. Fue gentil, aunque en sus besos podía sentir el nerviosismo, que imagino también se reflejaba en los míos. Tuvo que ir a buscar un preservativo en la valija de un compañero; él no tenía. Y, cuando se lo quiso poner, no lo podía desenvolver. Nos reímos, desnudos y vulnerables. Así que fue a buscar otro.

No me dolió porque Dante me escuchaba; todo el tiempo me preguntaba cómo estaba, si estaba bien o si me quería detener. Inexpertos ambos, no sabíamos bien cómo se hacía y, si bien no alcancé el orgasmo, lo que me importaba era que estaba conmigo, que podía tocar su piel, olerla, que estaba dentro de mí. Que era mío y que yo era de él.

Me enamoré de Dante sin darme cuenta, pero mi mente se aferró tanto a él que, si no se encontraba cerca, me generaba la sensación de no poder respirar. Que sin él podía morirme.

Y un día, casi lo hice.

Estuvimos de novios por dos años antes de tomar la decisión de irnos a vivir juntos. Todo nuestro entorno nos decía que lo pensáramos mejor, que éramos muy chicos para avanzar de ese modo. Y ese es el problema de los adultos. Piensan demasiado las cosas. Yo no digo que hay que ser irracional, pero, para vivir la vida, hay que asumir riesgos; de lo contrario, no podría llamárselo vivir, ¿o no?

A pesar de todas las cosas que me pasaron, jamás me arrepentí de todo lo que hice. Tomé las decisiones que podía tomar en ese momento, con la experiencia que tenía y con los deseos que albergaba en aquel entonces. Si yo no hubiera cometido los errores que cometí, no sería la mujer que soy hoy. Y, lo más probable, sería que los habría cometido en mi adultez y los problemas suelen ser más grandes a medida que vas creciendo.

Así que no me arrepiento de haberme ido a vivir con Dante a mis veintiún años ni tampoco de haber imaginado toda nuestra vida juntos. Dijimos que estaríamos disfrutándonos por otros tres años y que, a nuestros veinticinco, nos casaríamos. Durante todo ese tiempo ahorraríamos dinero para poder mudarnos a una casa más grande porque queríamos empezar a formar una familia dos años después y los nenes iban a necesitar de sus habitaciones. Sí, íbamos a tener dos hijos, Leila y Joaquín.

Todo estaba predestinado a ser.

Dante me regaló la primera cámara fotográfica, con la que empecé mi negocio. Al principio, no redituaba tanto como para poder dedicarme pura y exclusivamente a la fotografía, así que tenía un trabajo de medio tiempo en una editorial. Eso también me ayudó a entender un poco el ámbito corporativo y a aprender de marketing. Cosas que utilicé en mis años siguientes.

Por su parte, Dante trabajaba en una empresa petrolera. Su padre era el jefe de uno de los sectores y había logrado hacerlo entrar. Así que él era quién más dinero aportaba a nuestra causa común, pero jamás me pidió que hiciera algo más para estar al mismo nivel. Estábamos realmente enamorados y lo único que queríamos era estar juntos.

Cuando él empezó a llegar tarde a la casa por diferentes reuniones que tenía durante el día, empecé a aprovechar para hacer cursos de fotografía. Incluso cuando él tenía que viajar a alguna otra planta del país para solucionar un problema, yo me pasaba el fin de semana con mis compañeros de curso, sacando fotos por Buenos Aires.

Y nos empezamos a ver menos. Dante tenía la oportunidad de convertirse en un socio de la empresa y semejante posibilidad acarreaba grandes responsabilidades. Pero sabíamos que era parte del sacrificio que teníamos que hacer para ahorrar el dinero para nuestro futuro, sin saber que estábamos desperdiciando nuestro presente. Y, por eso, él no estuvo presente en mi primera muestra fotográfica. Era del curso, en realidad, pero también iba a estar mi trabajo. Aquello se repitió más de una vez. Y, aunque en una oportunidad toda mi familia viajó para estar presente, mi corazón lo esperaba a él. En un punto, dejé de esperarlo, pero el vacío lo seguía sintiendo igual.

Cada muestra me recordaba su ausencia.

El negocio empezó a crecer luego de esas exposiciones y empecé a recibir propuestas de trabajo. Al cabo de unos meses, casi logré igualar el nivel de los fondos que aportaba él. Y, cada vez que hacía una muestra, más clientes sumaba. Sin embargo, Dante no estaba en ninguna de ellas. Siempre un problema. Siempre una reunión. Siempre un viaje.

Hasta que un día todo se fue a la mierda.

Capítulo 17

Después de que Iván se fuera, no tuve noticias de él por el resto del día. Salvo que siguió mi consejo y me borró de sus seguidores de Instagram. Ya no podía ver sus fotos, ya no podía mandarle mensaje. Mejor. Distancia: eso era lo que necesitaba. Me obligué a sentarme en la computadora y a ponerme a trabajar, aunque mi mente estaba dispersa y retocar una foto me estaba tomando el doble de tiempo del que me llevaba generalmente. Pero necesitaba concentrarme en mi negocio. De a poco estaba repuntando y me estaban llegando solicitudes para cubrir eventos privados. Sin embargo, no estaba del todo segura. Aunque a la gente le gustaba mi trabajo, yo sabía que podía dar más.

El tema era que no sabía cómo.

Cerca de las tres de la tarde, me sonó el celular. Allí comprendí que no había cortado ni para comer. Me levanté de la computadora y fui hasta mi habitación para buscar el aparato. Cuando trabajo, me gusta dejar el celular lejos de mi alcance. El mensaje era una foto en el grupo de WhatsApp de mi familia. Mis padres y Víctor. Sonreí al verlos juntos pero la alegría se transformó en excitación cuando vi el paisaje detrás de ellos. Eso no era Alaska. ¡Eso era Cariló!

Mía: ¡¿Están acá?!

Mamá: Queríamos reunir a la familia.

Papá: Era hora de que nos reencontremos.

Vic: ¿Cuándo te venís, hermanita?

¡Ya! Y agarré la carry on. Eso es lo bueno de mi trabajo independiente. Como todo, tiene sus ventajas y sus desventajas. En esa oportunidad, la libertad de no tener jefe ni horarios era una suerte. Sin embargo, la desventaja estaba en la constancia de los ingresos. Mientras cargaba mis cosas en la valija, no pude evitar pensar en mi situación económica. Un viaje de trescientos kilómetros me podía costar cerca de dos mil o tres mil pesos. Tenía un resto en el banco, pero era dinero que estaba guardando para poder pagar el alquiler. Presentía que, la próxima vez que me atrasara, el dueño me iba a sacar a patadas. No obstante, no iba a perderme la oportunidad de estar con mi familia costara lo que me costara.

Fui para el baño y empecé a cargar todas las cosas necesarias en el neceser. Después, volví a mi habitación y bajé la valija al suelo. Allí me percaté de la cama deshecha y el recuerdo de Iván me golpeó en el pecho. Sentí que las piernas se me habían debilitado y me senté en el borde de la cama. Las sábanas todavía tenían su aroma y los recuerdos pasaron como flashes delante de mis ojos. Me recosté sobre el colchón y lo aspiré una última vez. Entonces, las saqué y las puse a lavar. Mientras rehacía mi cama, llamé a Quimey.

—¡Contame todo! —me dijo desde el otro lado de la línea.

Ni siquiera un saludo.

—Lograste tu cometido —le conté sonriendo.

¿Por qué no podía parar de sonreír?

—¿Qué se dice?

—¿Gracias? —Y se rio, yo lo seguí—. Me estoy yendo.

—¿Con él?

—¡Sí, claro! Nos vamos a escapar los dos solos a iniciar una vida de fugitivos. —Negué con mi cabeza—. Demasiadas películas, Quim.

—Bueno, podía ser, ¿no?

—No, me estoy yendo a Cariló.

—¿Por?

—Están mis papás y Víctor.

—¡Wow! Qué copado. Mandale mis saludos a tu familia y a tu hermano, especialmente.

—Serán mandados.

—Y ni bien llegue ME LLAMÁS —me dijo elevando la voz—. Y me contás TODO lo que pasó con Iván. ¿OK?

—De acuerdo —le respondí con una gran sonrisa en el rostro.

Y tan sencillo como eso, agarré mi cámara, mi laptop, la valija y partí hacia la costa.

Antes solíamos juntarnos más seguido en la casa que tenemos en Cariló, pero el mismo ritmo de nuestras vidas fue aletargando cada vez más esa rutina. En un comienzo, era una vez cada cuatro meses, luego se convirtió en dos veces al año y finalmente una al año. Aunque el año anterior ya no nos habíamos visto. Pero como te comenté, siempre estábamos en contacto de todas formas.

Manejé durante las cuatro horas escuchando música, intentando que mi mente divagara en otras cosas. Proyectos que quería encarar, el nuevo rumbo que me gustaría que tomara mi empresa... Pero siempre, por alguna razón u otra, Iván volvía a mis recuerdos. Quise usar ese viaje para alejarme de él, literal y espiritualmente, pero algo más fuerte que yo me tiraba hacia él.

Y lo peor de todo era que quería volver a verlo. El deseo me quemaba el cuerpo, las venas. Lo necesitaba.

Cuando llegué a la casa, mi familia estaba sentada en la playa que teníamos como jardín trasero. Corrí hacia ellos y me tiré encima de Víctor. Mi hermano empezó a hacerme cosquillas y no pude parar de reírme. Después se sumó mi papá y tuve que pedirles a gritos que se detuvieran porque sinceramente me iba a hacer pis encima. Luego, saludé a mi mamá con un gran abrazo y nos quedamos los cuatro unidos un rato en silencio.

Soy muy afortunada por los padres que me tocaron. Siempre me criaron en libertad. Jamás me obligaron a hacer nada que no quisiera, incluso con la escuela. Nunca me exigieron que estudiara, pero me hicieron comprender las utilidades que tenía si lo hacía. Y, como niña inteligente que fui, los escuché y lo entendí. Hacer las cosas por motivación propia es mucho más sencillo, porque la carga normal que traen se lleva con naturalidad, sabiendo que al final se obtiene algo bueno.

Después de pasar un rato mirando el atardecer, los cuatro fuimos hacia el interior de la casa. Mi papá y Víctor se fueron para la cocina para empezar a preparar la pizza. Mientras tanto, le mostré a mi mamá las fotos que había empezado a comercializar.

—Son increíbles, Mía —me dijo sin apartar la mirada de la computadora—. Las de los paisajes eran espectaculares, pero estas tienen algo más... Me resulta familiar.

Sus ojos se posaron en los míos y tragué saliva. La garganta se me había cerrado. Y era mi mamá, se da cuenta de las cosas sin necesidad de que se las diga en palabras. Sonrió y volvió a mirar las siguientes fotografías.

—Es el de la otra vez —le respondí después de retomar el control de mis cuerdas vocales—. Y no hagas esas sonrisitas que no es nadie.

—De acuerdo —me respondió sin quitar la mirada de la pantalla, pero la sonrisa la seguía teniendo.

—¡Mamá! —Allí volvió a mirarme y enarcó una ceja—. Fue un cliente, nada más.

—No parece que sea un simple cliente. Hay varias fotos.

—Es una persona fotogénica.

—Debe ser eso.

—Es solo eso.

Mi mamá cerró la notebook y me la entregó.

—Se te nota el brillo en la mirada —me dijo poniéndose de pie y yendo hacia la cocina.

Soy una idiota. Años soportando las películas románticas que me hacía ver Quimey en las que constantemente puteaba a las protagonistas porque nunca se daban cuenta de lo que les pasaba con la otra persona. Las señales eran tan obvias que podían verse a kilómetros de distancia. No obstante, se cuestionaban su accionar, su estado constante de felicidad.

No podía parar de pensar en Iván.

Necesitaba volver a ver a Iván.

Ningún amante había sido como Iván.

Iván. Iván. Iván.

¿Qué estaba haciendo?

No podía seguir esquivando la obviedad. ¡¿Cómo pude ser tan estúpida?! Debí haberme detenido luego del casamiento, incluso antes. Él no debería haber existido. No debería estar existiendo. Tenía que matarlo.

Me puse de pie y fui para la cocina. Mi mamá y Víctor salieron a comprar algo para tomar, así que ayudé a mi papá a preparar los otros bollos. Nos quedamos en silencio, cada uno amasando su parte. Mi papá no era una persona de palabras fáciles; para eso, estaba mamá. Pero me daba cuenta de que quería decirme algo. De vez en cuando, levantaba la mirada, como esperando que hiciera lo mismo y yo no la apartaba de la mesada. Lo hizo tantas veces que ya no pude seguir esquivándolo.

Respiré hondo y dejé de amasarla.

—¿Qué hablaste con mamá? —le pregunté buscando su mirada.

Él formó el bollo y lo cubrió con un repasador.

—Me contó que las nuevas fotos que estás vendiendo son muy buenas —me dijo limpiándose la harina de las manos con su delantal.

—Algunas de ellas. No estoy del todo convencida.

—¿Por qué?

—Mejor te muestro.

Me limpié las manos y llevé la computadora a la mesa de la cocina. Nos quedamos en silencio mientras pasaba una y otra foto; no dijo ni una palabra hasta que terminó de verlas a todas.

—¿Y? —le pregunté inquieta—. No me genera la misma sensación que cuando veía las de mis paisajes.

—Porque no es lo mismo.

—Ya lo sé —dije poniendo los ojos en blanco—. Pero cuando acababa de retocar las imágenes y las ponía a la venta, las observaba y podía sentirme en ese lugar. Como si la foto fuera en realidad una ventana por la que pudiera mirar al mundo. Había como una...

—Conexión —me dijo con serenidad y en su mirada encontré la sabiduría de años y años de experiencia.

—¡Eso! —le dije señalándolo con el dedo índice—. Sentía que podía capturar las maravillas de nuestro planeta... Pero ahora... —Volví la mirada a las imágenes de mi computadora—. No me pasa lo mismo con los retratos. Técnicamente, están bien, el ángulo, la luz... Pero mi arte va más allá de eso. Y eso es lo que no encuentro.

—Cuando vendí mi empresa, tuve miedo. ¿Te lo conté alguna vez?

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Miedo? Era lo que más querías hacer.

—Era un salto grande el que tenía que hacer. Todas las condiciones estaban dadas para que llegara a destino, pero la brecha entre donde estaba y hacia donde tenía que llegar era muy amplia. Es normal que haya tenido miedo. Estaba cambiando mi vida.

—Pero fue la mejor decisión que pudiste haber tomado.

—Lo fue. Pero eso no quiere decir que haya sido fácil ni que me haya adaptado tan fácilmente.

Volví a mirar mi pantalla.

—¿Crees que cuando me acostumbre a los retratos vaya a poder encontrar esa chispa que me falta?

—No se trata de costumbre. —Volví a mirar a mi papá a los ojos—. Yo no me acostumbré a viajar por el mundo. Descubrí otra forma de conectarme con tu mamá. Cada día que pasa, es otro día que la elijo y que pienso que no podría haber estado con otra mujer que no hubiera sido ella. Cuando nos vemos arrastrados por la rutina, damos muchas cosas por sentado. El amor de tu madre era uno de ellos.

Se me cerró la garganta y no pude evitar que una lágrima corriera por mi mejilla. Me apresuré a limpiarla, pero mi papá me sostuvo el rostro entre sus manos.

—Lo que te pasó con Dante fue un infortunio del destino. Sucedió para que aprendieras algo. —Mi mirada empezó a nublarse—. No para que dejaras de creer en el amor.

En ese momento, llegaron mi mamá y Víctor, y me apresuré a refregarme los ojos para quitarme las lágrimas contenidas. Mi papá volvió a comprobar las masas y empezó a estirar una de ellas. Víctor se sumó y mi mamá y yo pusimos la mesa. Comimos con unas velas y apagamos todos los aparatos electrónicos para poder escuchar la naturaleza que rodeaba la casa.

Esa noche no pude dormir. Todo lo que había hablado con mi mamá y con mi papá me daba vueltas en la cabeza. Acomodaba mi cuerpo de un lado y otro, pero en ninguna posición podía conciliar el sueño. El peso de la verdad me estaba asfixiando y dos partes dentro de mí me

tironeaban para distintos lados: quedarme o correr.

Antes de que el sol fuera capaz de asomarse en el cielo, salí con sigilo para poder presenciar el amanecer desde la playa. Mi familia aún dormía. El romper de las olas era un sonido hipnótico y relajante. Como si estuvieras en una burbuja, donde no podés escuchar otra cosa que no sea esa. Nada más penetra en tu mente, solo el mar, la brisa, la noche y la luna.

—Mía.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Reconocería esa voz en cualquier lado. Giré mi cabeza y sus ojos azules me devolvieron una sonrisa. Tenía las manos en los bolsillos y no se acercó, ni siquiera cuando me lo quedé mirando.

—¿Qué hacés acá? —Me puse de pie, tampoco me acerqué a él.

—Quimey se puso en contacto conmigo. —Puse los ojos en blanco y me agarré el puente de la nariz—. Me contó dónde estabas, por si quería pasar.

—¿Y decidiste pasar? —le dije mirándolo a la cara.

El corazón me latía demasiado fuerte.

“¡Controlate, Mía!”.

—Hacía mucho que no tenía una escapada de fin de semana con amigos, así que Olivia no objetó nada.

Miré hacia atrás de él.

—¿Y tus amigos?

—En sus casas, supongo. —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—¿Viniste solo?

El corazón latía tan fuerte que hasta sentía que mis oídos estaban zumbando.

—Sí. Estoy en la casa que está a dos más de la tuya, la de la puerta roja. Las coincidencias me sorprenden —dijo empezando a retroceder—. No quiero invadir el momento con tu familia... Pero, si en algún momento querés pasar a verme..., te voy a estar esperando.

Capítulo 18

Está de más decirte que no pude pensar en otra cosa que no fuera Iván. Durante el desayuno, más de una vez, tanto mi mamá como mi papá, me tuvieron que llamar dos veces por mi nombre para que les respondiera una pregunta.

—Estás muy dispersa hoy —comentó mi papá mientras le cambiaba la yerba al mate.

—Perdón —le respondí maldiciéndome para mis adentros—. Estoy con la cabeza en una presentación que tengo.

—¡Qué bueno! —intervino mi mamá con una gran sonrisa—. ¿Cómo se llama la galería de arte?

¡Mierda! Ahora van a estar esperando algo que no va a suceder en el corto tiempo.

—No es conocida —le respondí encogiéndome de hombros—. Voy a ver si acepto o no.

Para mis padres, aquella respuesta fue suficiente o al menos dejaron de insistir con el tema. Sin embargo, mi hermano me estaba mirando fijo y con una sonrisa a medias. Ni bien nuestros padres cargaron el equipo de mate y nos avisaron que se iban a caminar por la playa, Víctor se recostó sobre el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—¿Cómo era que se llamaba?

Puse los ojos en blanco.

—Hablaste con mamá —le respondí fastidiada.

—No, no hablé nada con ella —me respondió negando con la cabeza—. Pero lo vi esta mañana.

Casi se me cae la taza.

—¿A quién?

—Y no me recordás el nombre... así que no sé.

—No es nadie importante —le respondí volviendo mi concentración a la taza.

—No estabas presente en el desayuno, así que importante es —me dijo apoyando los pies sobre la mesa.

Respiré profundo y me puse a lavar la taza.

—Se llama Iván y no es nadie importante.

Entonces, Víctor se levantó de su silla y se sentó sobre la mesada, buscando con su mirada la mía de una forma un tanto molesta. Dejé la taza para secarse y lo miré a los ojos.

—¿Por qué no lo querés admitir?

—No tengo que admitir nada —le dije cruzándome de brazos.

—No me esquives. —La intensidad de sus ojos era tan fuerte que sentía que me quemaba—. ¿Por qué no lo querés admitir?

La verdad me quemaba en la garganta. Parecía como si me estuviera presionando el pecho, no permitiéndome respirar. Me estaba ahogando en mí misma, en mis pensamientos. En mis sentimientos.

Y, sin ser capaz de registrar la orden, salió de mi boca antes de que pudiera contenerla.

—¡Porque no quiero sufrir! —le grité yendo hacia las escaleras que llevaban a las habitaciones del segundo piso.

Mi hermano se apresuró a ponerse de pie y alcanzarme. Sus brazos me rodearon justo antes de que llegara al primer escalón. Se quedó en silencio. Por un momento, mis ojos se incendiaron y pude sentir cómo las lágrimas se agolpaban para salir. Me aclaré la garganta y me aparté.

—No necesito consuelo.

—No te va a pasar lo mismo —me dijo Víctor dulcificando el tono de su voz, como si le estuviera hablando a una niña asustada.

—Eso no lo sabés —le dije con la voz temblando—. Yo sí. Y prefiero mi versión. Gracias.

—Encerrarte y no sentir no es la solución a tu problema —me dijo apoyando su mano derecha sobre mi hombro—. Tenés que ser más consciente al elegir, nada más. La vida tiene altos y bajos. Todos los tenemos.

No podía seguir teniendo esa conversación. Así que opté por decirle algo con lo cual me dejaría en paz.

—Iván es casado. —Retrajo la mano y se me quedó mirando en silencio—. Te dije. No es importante.

Me encerré en la habitación con un nudo en la garganta. Quería llorar. Quería arrancarme lo que me estaba pasando con Iván. Podía sentir cómo se apoderaba de cada parte de mi cuerpo, como si fuera un veneno letal que se esparcía y me iba matando de a poco. No podía manejar mis pensamientos ni mis emociones cuando estaba cerca de mí, y menos si no lo estaba. Todo lo que era, era para él. Parecía que respiraba Iván todo el tiempo.

Me gustaba. Y mucho. De solo pensar en él, se me aceleraba el pulso y una sonrisa involuntaria poblaba mi rostro. El corazón daba pequeños saltos de solo imaginarme en sus brazos, de sentir sus besos sobre mi boca o sobre lugares recónditos de mi cuerpo. Sus manos, su lengua... ¡Dios! Era demasiado. Ya no podía soportarlo.

Así que tenía dos opciones en ese momento. Una, la más segura y la que mi parte consciente me pedía que eligiera a gritos, era dejarlo y decirle que no quería saber más nada con él, que nuestro encuentro había sido suficiente y que debíamos quedarnos con ese recuerdo intenso. Al principio la distancia sería difícil y hasta parecería imposible. Las horas no pasarían, como si cada minuto fuera eterno. Y las noches serían la parte más difícil, cuando el mundo entero se silencia y es momento de quedarte realmente solo con tus recuerdos.

Ya estuve ahí y algo he aprendido de eso.

La distancia se va haciendo manejable. Varía para cada persona; tal vez para vos con un mes sea suficiente o tal vez necesites seis. A mí me tomó un año poder salir de ese pozo depresivo. Y fueron doce meses difíciles, angustiantes y que, si no hubiera sido por Quimey..., ya te voy a contar bien qué pasó en ese momento de mi vida.

Pero la clave con Iván era que podía contener todo eso en ese momento.

Si me iba en ese momento, el vacío que me dejaría su ausencia no sería tan profundo y lo podría manejar mucho mejor. Por eso era la opción más sensata. Irme. En ese instante.

Claro que había otra posibilidad. Siempre la hay.

Irme en ese momento o en un fin de semana no haría a la diferencia. Tenía muy en claro que la relación con él debía terminarse y debía suceder más pronto que tarde. ¿Pero qué diferencia podía significar que fuera a la casa para decirle que no iba a visitarlo, que no quería verlo más? Estaba a dos casas de distancia, solo, un fin de semana que podíamos vivir juntos. ¿Qué podía salir mal?

Sí, acertaste. Elegí esa segunda opción, pero con la convicción de que lo dejaría después de ese fin de semana. Ese era el límite. No se lo diría, no quería arruinar lo que podíamos pasar juntos. Viviríamos el presente, lo disfrutaríamos, gozaríamos... Y el mañana era después. Ya habría tiempo para el después.

Por eso, ese mismo día, almorcé con mi familia y les avisé que visitaría a un amigo cerca de allí. Los tres asintieron en silencio; ese acuerdo colectivo que hicieron de no cuestionarme. Probablemente, habría sido Víctor el que les había dicho que no me siguieran preguntando cosas. Pero vi la sonrisa de mi mamá. Quería decirle que no se hiciera ilusiones, que no volvería a enamorarme nunca más, que no tenía sentido. Y que luchaba por protegerme. Que esto era solamente una manera de engañar a mi cerebro para que el retiro fuera semiamargo.

Finalmente, caminé por la playa la distancia de las dos casas que nos separaban y ubiqué la de la puerta roja. Respiré hondo, el zumbido en mis oídos casi que cubrían el romper de las olas. Me acerqué a la casa, subí las escaleras de madera y golpeé la puerta. No pasó ni un minuto que se abrió. Y allí estaba él, con un short azul marino y sin remera. Su piel parecía brillar con el sol. Sin mediar palabra, cruzó los dos pasos que nos separaban, puso su mano en la parte trasera de mi cuello y me atrajo hacia él.

Nos fundimos en un beso que ambos necesitábamos hacía tiempo. Lo recorrí con mis manos, sentí su piel, cómo su corazón latía por mí. Por mí... Aquel conocimiento hizo acelerar el mío y sentir un tirón en la parte baja de mi vientre. Quería todo de él en ese momento. Ahí. No me importaba nada. Ni que hubiera gente cerca. Ni que mi familia pudiera cruzar por la playa y verme teniendo sexo con él.

Cuando estaba con Iván, lo único que me importaba era él. ¿Cómo iba a hacer para dejarlo?

—Tenía miedo de que no vinieras —me dijo con sus labios apenas rozando los míos; su aliento era cálido.

—Pensé en no venir —le respondí con sinceridad; ya ni era capaz de controlar lo que decía.

—Me alegro de que hayas hecho lo contrario.

Y volvimos a besarnos. No importaba el aire. No importaba Cariló. No importaba el mundo. Éramos uno, los únicos vivos. Sentíamos nuestros corazones, acompasábamos nuestras respiraciones; sentíamos nuestros cuerpos. Era una droga. No podía parar de experimentarla. No me cansaba.

—¿Qué te parece si empezamos a cocinar?

Ya había comido, pero la idea de que él cocinara para mí fue demasiado tentadora.

—¿Vas a cocinar para mí?

—Quiero que comamos algo especial.

Asentí con una sonrisa y lo seguí al interior de la casa. Era bastante amplia, algo similar a la mía. Lo que me gustaba era que tenía como una galería y de esas ventanas que tienen un asiento delante, para que uno se relaje a mirar la playa. La cocina era enorme, ocupaba el doble de espacio que la mía. En la parte del centro había una gran isla que podía servir de espacio para comer. Aunque también había un pequeño comedor e incluso un living con una mesa ratona y sillones que parecían muy cómodos. Y, por supuesto, no podía faltar el hogar a leña debajo del televisor.

Lo seguí hasta la heladera, dónde empezó a sacar huevos y una botella de agua.

—¿Te gustan las pastas?

—Amo las pastas.

Me sonrió y empezó a amasar. Sentía que el corazón se hinchaba en mi pecho y, sin ser capaz de controlarlo, sonreí. Fui feliz. Hasta que se acordó de algo y se limpió las manos. Fue a buscar su celular y vi cómo lo apagaba.

Olivia.

Su nombre comenzaba a pesarme. Respiré hondo para no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Sabés hacer pastas caseras? —le pregunté para desviar los pensamientos de mi cabeza—. ¿O viste un tutorial en YouTube?

—¡Por favor! —exclamó fingiendo un enojo. Volvió a meter las manos en la masa—. No soy un experto en la cocina, pero he aprendido algunas cosas en toda mi vida.

—¿O sea que esta no es tu primera vez? —Me senté sobre la mesada y él apartó la mirada del bol de harina.

—De hacer la pasta, no.

Se me quedó mirando un rato, en silencio. Sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Y de qué es tu primera vez? —le pregunté con temor.

—De ser realmente feliz.

Fue como si me hubiera clavado una daga en el corazón. ¿Qué estaba diciendo? No podía estar hablando en serio. Se estaba dejando engañar por el momento idílico, la ilusión de que todo podía ser perfecto. Más bien era el efecto que te deja una droga, entumecido, idiota, insensato. Eso no era real. Apartó la mirada y siguió amasando.

Mi objetivo era demostrarle que podía vivir su vida en libertad, sin necesidad de estar atado a un ideal ficticio. No quería que fuera feliz conmigo. Solo le había dado la mano para que saliera de ese túnel oscuro. Pero en ese momento estábamos tan unidos que los límites entre uno y otro estaban difusos.

—¿Por qué viniste a Cariló?

Respiró profundo.

—¿Por qué necesitás preguntarme eso? —No pudo mirarme a los ojos.

—Porque no deberías estar acá.

Detuvo su accionar y me miró.

—¿Preferirías que no lo estuviera?

El efecto de su mirada me paralizaba y, al mismo tiempo, me hipnotizaba. Todo mi cuerpo se congelaba y no era capaz de decir ni pensar nada. Respiré hondo para recuperar mis fuerzas.

—No respondas a mis preguntas con otra.

—¿Qué es lo que querés que te diga? —dijo golpeando con delicadeza el mármol de la mesada—. De verdad. Porque no te entiendo, Mía.

—Quiero que me digas la verdad.

Se secó las manos en el repasador y se acercó a mí. Puso su cuerpo entre el espacio que creaban mis piernas y sus manos descansaron sobre mis rodillas. Ahora su mirada estaba en la mía; no había forma de escapar de ella.

—Me hacés feliz. Esa es la verdad.

—¿Y tu esposa?

Bajó la mirada y respiró hondo.

—Olivia es todo lo que debería estar bien en mi vida. —Hizo un silencio—. Nos pusimos a salir en el viaje de egresados...

Iván empezó a contarme cómo la había conocido, pero mi cerebro hizo cortocircuito. Tuve que obligar a mi mente a regresar a ese momento, porque empezó a retroceder. Era como un vehículo en reversa a alta velocidad. Quería llegar a ese momento en mi pasado, el momento en que lo había conocido a Dante. No. No. NO. Busqué la mirada de Iván, me concentré en su boca. En su voz. Pero el cerebro no se detenía. Seguía retrocediendo. Si alcanzaba ese momento, no me iba a poder contener. Se me iba a formar un nudo en la garganta y me iba a poner a llorar. No había manera de controlarlo.

Su mirada. Sus manos sobre mi rodilla. Su boca. Me concentré tanto que hasta sentí que me empezó a doler la cabeza. Pero logré detener el vehículo de la memoria y regresé a ese momento.

—... Ella me da otro tipo de felicidad —terminó de decir.

—¿La que se supone que tenés que sentir?

Se tomó un momento, aunque algo me decía que ya sabía la respuesta.

—Sí. —Sacudió la cabeza con un ademán negativo—. Olivia tenía que ser la mujer de mi vida. Estaba dispuesto a pelearla hasta el último momento porque no quería que me pasara lo mismo que a mis viejos. —Hizo una pausa—. No, yo iba a pelear por mi pareja. Por eso ambos decidimos casarnos.

Fruncí el ceño.

—¿Estaban mal cuando tomaron esa decisión?

—Tal vez haya sido la rutina. No lo sé. —Se encogió de hombros—. Desde chicos que pensábamos en nuestro casamiento y cómo serían los nombres de nuestros hijos.

Cada palabra que decía parecía que activaba un recuerdo filoso en mi mente, uno que se contentaba con apuñalarme.

—¿Por qué no la dejaste?

—Porque no puedo. Mi vida tenía un equilibrio.

—Hasta que llegué yo.

Bajó la mirada y se apartó de mí. Habría querido estar en sus pensamientos, saber qué le estaba pasando en ese momento. ¿Estaba pensando en mí? ¿O era la culpa lo que lo atormentaba? Me bajé de la mesada y me acerqué a él. Pero la mirada que me estaba dando en ese momento me congeló el corazón y no pude contenerlo. Puse mis manos sobre su cara y nos miramos a escasos

centímetros de distancia. Quería que viera mi alma, que entendiera lo que estaba haciendo, que se fuera antes de que fuera tarde. O que se quedara y que el mundo entero se desintegrara en llamas.

—No quiero hacerte sufrir —le dije con toda la sinceridad que era capaz.

Y creo que él también se dio cuenta de que mis palabras fueron genuinas porque sus manos envolvieron mi cintura y atrajeron mi cuerpo al suyo.

—Sufro cuando no te siento cerca —me dijo y después me besó.

Y el mundo entero se apagó.

Capítulo 19

Cada roce de sus dedos sobre mi piel me encendía. Sentía que, con cada trazo que marcaba sobre mi piel, le entregaba una parte de mí. Sin reticencia, total voluntad. Como que mi sentido común se anulaba, mi propio yo se esfumaba y quería ser parte de él.

Con mis manos lo tocaba en la espalda, el cuello, su pelo, su rostro. Guardaba en mi memoria cada parte de él para recordarlo hasta con los ojos cerrados. Para que, en las noches que pasaríamos sin el otro, pudiera rememorar este momento. Ese presente.

Me alzó y enredé mis piernas por su cintura. Sentí su miembro erecto contra la parte sensible de mi cuerpo y aquello me arrancó un gemido. Saber que él también se excitaba con solo besarme me hacía sentir en igualdad de condiciones. Esa vez no fuimos hasta el cuarto, sino que nos quedamos en el living. Me hizo sentar en el sillón (que efectivamente era cómodo) y se arrodilló ante mí, como si fuera una diosa que estaba a punto de adorar. Y, sin apartar su mirada de la mía, encendida y brillante, me desabrochó el pantalón y me lo fue sacando de a poco, con una dulce crueldad, dándome besos en la pierna a medida que mi desnudez iba a asomando. Entonces, llegó el turno de mi ropa interior y se me contrajo la respiración.

Apenas sus labios tocaron los míos, arqueé mi espalda y cerré los ojos. Cada vez que su lengua rozaba mi punto más sensible, gemía y una electricidad me recorría entera. Sus dedos me acariciaban los muslos mientras seguía dándome placer y yo me volvía a subir a la montaña rusa. Era inevitable, irrefrenable. Cuando estallé y mis piernas temblaron, pude sentir su sonrisa en mi entrepierna. Cuando pude verle los ojos, estaban encendidos de placer. Me agarró por la cintura y me arrastró hacia él. Se quitó el pantalón y se colocó el preservativo y, sin esperar más de unos segundos, me penetró con tanta fuerza que tranquilamente pude haber tenido un segundo orgasmo. Pero mi cuerpo estaba tan entumecido que, si existió, lo confundió.

Sus embestidas estaban concentradas en su placer y no me molestaba. Sentirlo adentro de mí era sensación suficiente. De hecho, quería que me usara; no me importaba. Quería ser su herramienta, quería que alcanzara su orgasmo por mí. Que yo fuera el porqué de su placer.

Siempre me miraba cuando teníamos sexo. Y no me daba cuenta de que era algo natural porque yo tampoco quería cerrar los ojos. Quería verlo, quería ver cuál era el efecto que tenía sobre él. Y, seguramente, él me miraba con la misma intención. Su boca bajó hasta mi cuello y comenzó a besarme al mismo tiempo que sus embestidas aumentaron en intensidad. Mi cuerpo no pudo bajarse de la montaña rusa y, cuando Iván volvió a gritar mi nombre, yo también estaba gritando el de él.

Dejó su cuerpo apoyado contra el mío, intentando recuperar el aliento. No quería que se alejara de mí, quería que estuviéramos así para siempre. No me importaba más nada. Y, cuando

finalmente lo hizo, sentí un frío que me congeló el alma y un vacío que me hizo acelerar el corazón. Pero no de placer.

De miedo.

Se sentó a mi lado y, con la cabeza apoyada sobre el respaldo del sillón, la giró para poder mirarme a los ojos.

—Quisiera hacerte el amor a cada rato. Pero es tan intenso que no me da el alma.

Hacerme el amor... Hacía demasiado tiempo que no escuchaba esa frase. Ni que la empleaba. No quería corregirlo.

—Debe ser la edad —le dije riéndome y él se rio conmigo.

Me acurruqué contra su cuerpo y su mano izquierda empezó a acariciarme el pelo. Podía sentir el aroma de su piel y me embriagaba; no me importaba quedarme así. Pero no podía. Tenía que apartarme de él, hacer la transición más fácil. Pero una energía me mantenía pegada a él.

Se levantó el pantalón para cubrirse, pero no se lo llegó a prender. Podía ver su erección asomarse... Y no pude contenerme. Aparté mi cabeza del hueco del cuello y con mi mano derecha agarré su miembro y lo preparé para mi llegada. Iván se acomodó en el sillón y entendí su respuesta como un sí.

Lo deslicé por mi boca y escuché su débil gemido. Solo eso me alcanzaba para encenderme. Me aparté de su lado y me arrodillé entre sus piernas. Acompañé el movimiento de mi boca con mi mano, abrazando cada parte de él, sintiendo cómo la dureza de su miembro iba creciendo en el interior de mi boca.

Lo fui llevando por la montaña, escalando de a poco, retrocediendo y volviendo a subir. Sus manos se agarraron de mi pelo y mantenían mi cabeza contra su entrepierna, con una delicada presión para que no me apartara. Empecé a aumentar la velocidad y sus gemidos se empezaron a escuchar cada vez más fuerte. Pronunciaba mi nombre como si fuera una plegaria. Pero no me dejó que acabara mi trabajo.

Apartó mi cabeza y me levantó por la cintura. Mis piernas quedaron a los costados de su cuerpo y mi pelvis rozó su erección, y solo de sentirla pude sentir la electricidad recorriendo mi cuerpo. Eso era peligroso. Peligroso. Pero su mirada no se apartaba de la mía, el pedido silenciado en sus ojos. Y no pude decirle que no. No pude.

Con su mano ubicó su miembro y, al sentirlo en la entrada de mi punto de placer, comencé a descender y mi cuerpo entero vibró. Sentir la calidez de su piel desnuda me encendió y pude sentir cómo a él también. Fueron movimientos medidos, lentos. Los dos queríamos absorber cada segundo de ese momento, experimentar cada centímetro de nuestra piel. Nuestros rostros estaban pegados, las respiraciones se habían sincronizado.

Y allí me di cuenta de que quería llorar.

Nunca me había sentido tan feliz en mi vida. Tan en el momento justo. Como si todas las estrellas se alinearan en el firmamento y me indicaran que ese era el camino que tenía que recorrer. El destino que habían escrito para mí. Las lágrimas que empezaron a rodar por mi mejilla no eran de felicidad, sino de tristeza, porque sabía que alejarme de él iba a doler, demasiado, pero no podía quedarme. No. Oculté mi rostro en su cuello para que no me viera.

Iván me apartó de él y buscó un preservativo en una mesa contigua al sillón y, mediando la

protección, volvió a ingresar dentro de mí. Esta vez era yo la que controlaba los movimientos. Absorbí cada momento porque iba a ser el último. De ese fin de semana esa situación idílica no pasaba. Empecé a moverme cada vez más rápido mientras su boca recorría mis pechos. Y alcanzamos el orgasmo, nuevamente, al grito de nuestros nombres. Lo abracé y me quedé en el espacio de su cuello.

—¿La edad me dijiste? —me dijo.

Nos reímos los dos.

Volvimos a la cocina e Iván siguió con la comida. Me quedé observándolo, con la sonrisa pegada al rostro, con el cuerpo tonificado. El cuerpo que era mío, el que me daba placer y al que era capaz de controlar para darle placer. Tenía poder sobre él, pero él también lo tenía sobre mí.

—¿Cómo conseguiste una casa tan rápido?

—No es alquilada. —Se aclaró la garganta—. Fue un regalo de bodas de los padres de Olivia.

Me mordí los labios para reprimir cualquier comentario. Hizo un bollo con la masa y la cubrió con un repasador. Se lavó la harina de las manos y se apoyó contra la mesada. Yo me encontraba sentada en la isla.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer a la tarde, pero no quería invadirte. No me sentí bien viniendo; la verdad que no quería interrumpir tu estadía con tu familia, pero... —Se acercó hacia mí. Sus manos sobre mis piernas, su rostro a escasos centímetros del mío—. Te necesitaba. No pude contenerlo.

—Iván...

Pero su mano me retuvo los labios. Él también sabía lo que iba a decirle; vi un destello en su mirada que no podía ser felicidad. No me dejó hablar. Negó con la cabeza en silencio; sentí que sus ojos me imploraban que no dijera esas palabras.

—¿Qué te parece si vemos algo mientras reposa la masa?

Y nos refugiamos en el sillón, lo dejé elegir a él lo que quería ver. Sinceramente, no me interesaba. Estar a su lado era suficiente. A pesar de querer ocultarlo, me pude dar cuenta de que Iván sabía que iba a terminar la relación tarde o temprano. Sentí su abrazo más fuerte, como si su inconsciente me intentara aferrar contra su cuerpo.

Sé que tal vez no entiendas por qué quería apartarme de una relación así. Una que genuinamente me hacía feliz. Pero el recuerdo de Dante seguía fresco en mi mente y no podía volver a ese momento oscuro. Además, Iván estaba casado. Sí, no me había importado en aquel momento, pero, a esa altura, la presencia de Olivia se sentía aún más. Al principio era un simple juego. Ahora Iván estaba en Cariló porque me necesitaba. Y, para sumarle drama a la situación, yo también lo necesitaba a él.

Me había enamorado. No podía creer mi estupidez. Me había jurado que no lo volvería a permitir.

Almorzamos a las dos de la tarde, y mientras lo hacíamos, Iván me preguntó cómo había empezado con las fotografías.

Por Dante.

Pero no podía darle esa respuesta.

—Mis padres siempre me alentaron a seguir mis sueños. Fui una persona muy afortunada —le

dije después de dar un bocado a los espaguetis—. Me dijeron que la felicidad no estaba en cumplir las normas que se esperaba de uno, sino en las que uno se imponía para alcanzar sus propios objetivos. Nunca me obligaron a estudiar nada, me hicieron entender la importancia y tomé la decisión por mí misma. Terminé la escuela secundaria y luego comencé a estudiar fotografía.

No era del todo mentira. Ellos siempre me habían alentado a perseguir aquello que me hacía feliz y, ni bien se enteraron de que quería empezar con la fotografía, habían sido los primeros en alentarme.

—Tus padres parecen personas muy sensatas —me respondió tras darle un sorbo a su copa de vino.

—Y libres, por sobre todas las cosas.

Él sonrió, pero el gesto fue diferente; no le alcanzó los ojos.

—Siempre hablás de la libertad...

—Porque creo que es muy importante.

Él respiró hondo y dejó la copa sobre la mesa. Sus ojos se posaron en los míos y, sin quererlo, mi corazón se aceleró.

—¿Quién era el hombre que estaba con vos en la foto del recuerdo de Facebook?

Mi cuerpo se puso rígido. Conté de cinco a cero y me puse de pie. Levanté los platos y los llevé a la cocina.

—Perdón —me dijo finalmente, pero no le respondí.

Después de lavar los platos, fui hacia el porche de entrada para fumar un cigarrillo. Él salió también, aunque se mantuvo alejado.

—No me gusta hablar de mi pasado —le dije.

—Perdón —volvió a decirme—. No fue mi intención invadirte.

—No lo sabías. No hay problema.

Entonces, Iván me tomó de la mano y me llevó hasta la orilla del mar. Fruncí el ceño sin comprender y fue muy tarde cuando me di cuenta su objetivo. Chapoteó en el agua y me bañó. Tuve que tirar el cigarrillo. Entonces, empecé a correr detrás de él. Pero fue más rápido que yo, se aferró a mi cuerpo y nos caímos a la arena. Cuando el agua nos alcanzó, los dos nos quejamos de su frialdad, pero nos pusimos a reír. Y me besó.

Volvíamos al interior de la casa para poder cambiarnos, pero en cambio, me agarró por el cuello y me volvió a besar. Con urgencia y necesidad. Luego, giró mi cuerpo de forma que la parte baja de mi vientre quedó contra la mesada, y cuando me sacó el pantalón mojado (que le costó deslizarlo), el frío me recorrió por completo, pero enseguida fui invadida por un fuego cuando sentí su miembro nuevamente dentro de mí.

Sus embestidas eran rápidas pero nuestros gemidos también. Y volvíamos a elevarnos, a ascender por el dulce placer del orgasmo y, cuando estuvimos en la cima no alcanzamos a escuchar la puerta, pero sí la voz.

—¡IVÁN!

Ambos giramos la cabeza y allí estaba.

Capítulo 20

Iván se apartó enseguida y se subió los pantalones con rapidez. Cuando intenté vestirme, las manos me temblaban y la respiración había abandonado mi cuerpo. No era la vergüenza... Era la culpa. Olivia se había arrodillado en el suelo, probablemente sin ser capaz de sostenerse en pie. Sus manos cubrían su rostro y el llanto sonaba ahogado, desesperado. Iván la alcanzó y se arrojó a su lado, envolviéndola con sus brazos. Ella mostraba señales de querer escaparse de él, pero solo sollozaba más fuerte.

Cuando vi la reacción de Olivia, mi corazón se detuvo. Todos los recuerdos me invadieron como un maremoto, golpeándome hacia el interior de una perturbadora oscuridad...

Dante se había comprometido a delegar algunas de sus responsabilidades para poder pasar más tiempo en la casa conmigo. Yo estaba satisfecha; podía ver su deseo por mejorar nuestra situación. Así fue como, en la siguiente muestra presencial que tuve, asistió y estuvo a mi lado todo el tiempo. Eso me dio la sensación de que podíamos hablar y solucionar nuestros problemas. Lo que no sabía era que él me estaba ocultando cosas y que no era lo suficientemente valiente para decírmelas en la cara.

Entonces, un día, no se me ocurrió mejor idea que ir a sorprenderlo. Una semana después, le surgió un viaje que no pudo postergar. Dado que estaba feliz porque había estado conmigo en la última muestra, sentí que no debía hacerle otro escándalo por un viaje. Después de todo, era su trabajo. Me había contado que el hotel en el que tenía que alojarse en Bariloche era el mismo donde habíamos estado cuando habíamos cumplido un año de novios. El recuerdo nostálgico me dio la idea de rememorar aquel viaje. Y pensé que era el destino el que me decía que era ese momento para fortalecer nuestra pareja.

El destino tenía otros planes para mí.

Armé un bolso pequeño. No me podía faltar mi nueva cámara que me había podido comprar por los clientes que se seguían acumulando. Quería hacernos una sesión de fotos, de él, de nosotros juntos. Quería enmarcar varias de ellas y colocarlas por todo el departamento, así que me fui. Como no me había mandado mensajes durante el día, temía que, si intentaba hacerlo, con el modo avión, no me llegarían y se asustaría de que no le respondiera. Sin embargo, cuando aterricé en Bariloche y pude activar los datos del celular, no cayó ningún mensaje ni llamada, así que me relajé.

Contraté un taxi y fui hasta el hotel. Sabía en qué habitación se encontraba porque siempre me daba el número para poder llamarlo directamente ahí, ya que en la planta no solía tener señal en el celular. Me anuncié en la recepción de todas formas y subí hasta el séptimo piso para ir a la habitación 404.

Luego de una generosa propina que le di al chico de recepción, me dio la tarjeta que abría la

puerta, así la sorpresa tendría más impacto. Y la tuvo. La habitación era una suite y el sector del dormitorio se encontraba bastante alejado de la puerta, por eso no me escuchó. O, mejor dicho, no me escucharon.

Cuando me acerqué al umbral y vi a una mujer montar a mi novio como si fuera un semental, mi corazón se partió en dos. Las manos de Dante le sostenían los glúteos, aferrándolos con sus dedos, como atrayéndola más contra sí. Ella se revolvía la cabellera dorada mientras gemía, cada vez más fuerte. En un momento él se apartó del colchón, pero no alcancé a verle el rostro, porque seguramente lo sumergió entre los pechos de esa otra mujer. Entonces ella lo empujó y comenzó a moverse tan rápido como si tuviera convulsiones, esbozando el nombre de mi novio entre gemidos. No podía apartarme. Estaba hecha de piedra. Cuando ella dio su última expresión de placer y él la acompañó en la liberación del suyo, el mundo entero se derrumbó a mis pies.

El bolso cayó al suelo y pude escuchar cómo mi cámara se hacía trizas, como mi corazón se resquebrajaba. Allí se dieron cuenta de que tenían audiencia y pude ver el dolor en la mirada de Dante. La mujer era Greta, la socia de la empresa que lo estaba ayudando a conseguir un lugar en el comité. Dante la apartó de sí y salió disparado de la cama. Lo último que recuerdo fue verlo acercarse a mí, pero, después, todo se volvió negro.

Me desmayé y se me bajó tanto la presión que tuvieron que internarme. Cuando abrí los ojos, Dante estaba acostado en la silla de la habitación y mi mente no pudo evitar buscar el recuerdo de él desnudo sobre una cama con una mujer sobre él. Cuando se despertó, se sentó sobre el borde del colchón y agarró una de mis manos entre la suya. La aparté enseguida.

—Soy una mierda, lo sé.

Sus ojos estaban anegados en lágrimas y el labio le temblaba. Sacudía la cabeza negando algo que ya era imposible borrar. No tenía palabras. No podía hablar o no quería hacerlo. Aparté la mirada; no podía mirarlo a los ojos. Me daba asco. Dante intentaba que lo mirara, hasta me sostuvo por el mentón para dirigir mis ojos hacia los suyos, pero escapaba de su tacto como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—Por favor, Mía. —La voz se le quebró—. Mirame, por favor. Decime algo. Puteame, lo que quieras.

Pero no le dije nada. Parecía como si estuviera en shock. Miraba para cualquier lado, menos hacia donde él se encontraba. De todas formas, no se fue de mi lado. Me dieron de alta al día siguiente y, ni bien llegamos al departamento, agarré una valija y empecé a empacar. Dante me quiso detener, pero lo aparté con una mirada fulminante.

—¡Dejá de tocarme! —le grité.

Fue raro hablar en voz alta nuevamente; sentía la voz debilitada, pero no me dejé llevar por las emociones. Aprendí que debía ser más fría en mis decisiones. Seguí guardando toda la ropa que estaba en nuestro placard, los productos de cuidado personal, mis fotografías, mi computadora...

—Hablemos, Mía. Por favor —me repetía constantemente como un perro detrás de mí mientras yo seguía empacando.

—No tenemos nada de qué hablar, Dante.

—No sé qué me pasó, te juro. Yo te amo.

Me detuve y lo miré a los ojos. La furia me quemaba por dentro.

—¿Que no sabes qué te pasó? ¡¿Me estás cargando?! —Respiré hondo—. ¡Te calentaste y te la cogiste! Así de sencillo. Y no me hables de amor que no tenés idea de lo que es.

Se acercó a mí con las manos delante, en alto. Dejé que la distancia entre ambos se acortara.

—Cometí un error. Me dejé llevar. Greta es...

—¡No me hables de Greta! —lo interrumpí—. Fuiste vos el que tomó la decisión.

Volví a armar la valija y esta vez Dante me agarró del brazo. Solo tuve que mirarlo para que me soltara.

—Te amo, eso no cambió ni cambiará.

—¡No me hables de amor! No seas hipócrita. —Tuve que respirar para evitar que las lágrimas salieran de mis ojos—. Yo te amo. Yo te pensé en cada momento que estabas fuera de casa. Yo soñaba con nuestra vida en el futuro sin darme cuenta de que la del presente era una mierda.

Los brazos de Dante me abrazaron y no pude contener el dolor. Lloré tanto que me ahogué y no me importaba morir en ese momento. No quería ese dolor, no tenía la fuerza para soportarlo. No me importaba vivir. Él lloró conmigo; sentía su corazón latir desaforado en su pecho.

—Perdoname, Mía. Por favor —me repetía entre sollozos.

Pero no podía perdonarlo y no lo hice. Cuando terminé de juntar todas mis cosas, me fui a la casa de Quimey. Le di mi celular para que evitara que le respondiera a Dante. Y más de una vez lo escuché putearlo y decirle que no me llamara más. Y, aunque mi amigo intentó contenerme, hay momentos que hay que atravesarlo solos. Y el dolor era tan fuerte, tan arraigado a mi cuerpo, que no podía más. No tenía fuerzas para soportar la distancia. Quería volver corriendo a Dante; no me importaba que me había traicionado, que me había cambiado por otra mujer. No me importaba ser la segunda, un reemplazo. Nada. No me importaba. Quería estar con él; no quería esa soledad, ese dolor. No podía más.

Y lo intenté.

Intenté quitarme la vida en la bañera, cortándome las venas. Siempre tan melodramática. Había escrito tres cartas: una para mi familia, otra para Quimey y la última para Dante. Les pedía perdón por la decisión que había tomado, pero no tenía fuerzas para seguir estando de esa forma. Pocos recuerdos los tengo tan vivos en mi mente y la imagen de la sangre cayendo de mis muñecas y recorriéndome las piernas es una de ellas.

Afortunadamente, Quimey llegó a tiempo y la ambulancia me llevó rápido al hospital. Después del suceso, mi familia volvió a Buenos Aires y ellos me acompañaron hasta una clínica. Estuve internada un año para recuperarme. Es difícil hablar de recuperación cuando el dolor sigue estando. Más bien, encontré una manera de manejarlo. Y, con el tiempo, busqué actividades para irme olvidando.

Mi negocio murió. Mi familia me mantuvo unos meses hasta que pude volver a dedicarme a mi trabajo. También fueron aumentando mis salidas y así fui aprendiendo a manejar al sexo opuesto y a controlar mis sentimientos. Me juré que no volvería a enamorarme. No valía la pena arriesgarse por algo tan efímero y peligroso.

Pero llegó Iván y todo se me fue a la mierda.

Capítulo 21

Olivia se puso de pie y empujó a Iván, que cayó al suelo. Yo me apresuré a agarrar el celular que había quedado sobre la mesa del living cuando vi por el refilón del ojo que Olivia se estaba acercando a mí. Giré mi cabeza para mirarla a los ojos. Era lo mínimo que podía hacer.

Quería llorar. No podía creer lo que había hecho. Le había hecho a otra mujer lo mismo que me habían hecho a mí. Aunque no creyera en el amor, Olivia lo hacía. Acababa de destruirle su mundo... ¿Y para qué? Iván y yo éramos historia.

Iván volvió a recuperar el equilibrio y corrió para detener a su mujer. Ella se apartó de su agarre y volvió a encarar hacia mí. Sostuve el celular con la mano derecha y me propuse salir corriendo de esa casa, pero Olivia me alcanzó y me atrajo hacia ella. Me dio una cachetada que me dio vuelta la cara.

—¿Desde cuándo?! —me dijo gritando, escupiéndome.

Iván logró apartarla de mí y retenerla entre sus brazos.

—¿Desde cuándo estás con mi marido?! —volvió a gritarme, haciendo hincapié en sus últimas dos palabras—. ¿Desde el casamiento? ¿Después del casamiento? ¡¿DESDE CUÁNDO?!

No podía responderle. No podía hablar.

—Olivia, por favor —le suplicó Iván, pero ella se sacudió para que la mano de él abandonara su brazo.

—¡No me toques! A ver, respondeme vos, ya que a tu amante se le olvidó cómo hablar. ¿Desde cuándo?

Iván guardó silencio mientras la abrazaba. Ella intentó apartarlo, pero él se mantenía firme. Al final, ella cedió. Su cuerpo se relajó y las lágrimas no tardaron en aparecer. La daga de la culpa seguía hundiéndose en mi pecho y podía sentir cómo la sangre se desparramaba por mi cuerpo, caliente, hirviendo. Me estaba quemando y el ardor llegó a mis ojos. Quería llorar. ¿Qué estaba haciendo ahí? Iván acunaba a Olivia, quien seguía llorando e intentando apartarse de él, pero con esos intentos débiles que significan precisamente lo contrario.

Iván la había elegido a ella desde hacía diez años. ¿Quién era yo? Solo una mujer que le había sacado fotos en el puerto y que lo había buscado hasta que él había accedido a sus deseos. Mis deseos. Iván no quería estar conmigo; yo le había hecho creer que quería. Nunca me había elegido.

Me fui de la casa corriendo. La arena volaba debajo de mis pies y corrí sin rumbo fijo, hasta que el agua fría del mar me abrazó las piernas. Seguí empujando, yendo contracorriente. No quería estar en mi cuerpo. No quería este dolor. La angustia se me había enredado en la garganta y me ahogué. Tuve que gritar. Grité. El lamento me liberó un poco de tensión, pero el dolor seguía hincándose en mi pecho.

Esto era lo que quería evitar. Tarde o temprano todo iba a acabar mal. Fuera por mi mano o por la de él. No tendría que haber vuelto esa vez; debía haberme alejado cuando todavía era seguro. Porque, en ese instante, por más que Iván me dijera que siempre había sido yo, que me había elegido a mí..., la pregunta era ¿por cuánto tiempo? Tal vez, después de conocerme, se arrepentiría y volvería con la mujer a la realmente había amado por diez años o simplemente se cansaría de mí. Porque ya te lo dije: el amor es una ilusión.

—¡MÍA! —escuché entre los murmullos de las olas.

Giré mi cabeza y vi cómo mi hermano se metía al mar. Con zancadas grandes y desesperadas. Al alcanzarme, rodeó sus brazos sobre mi cuerpo y me rendí ante él. Me fue llevando hacia la orilla y nos sentamos en la arena. No pude contener el maremoto de sensaciones que tenía adentro; debía sacarlas de mi pecho para poder respirar, porque me estaba ahogando. Y, entonces, lloré. Lloré tanto que me ahogaba en mi propio llanto. Víctor no me preguntó qué pasaba, solo nos quedamos mirando el horizonte.

No sé cuánto tiempo estuvimos callados, pero el cielo comenzó a ponerse anaranjado. Estaba cansada de llorar. Ya no me quedaba ni una lágrima.

—Fuiste muy afortunado en encontrar a Irina —le dije sin apartar la mirada de la línea que formaba el mar y el cielo.

—Sí, la verdad que sí. Aunque no creo en la suerte. Sé que estaba destinado a estar con ella y tuve que irme a Alaska para encontrarla. Ya te va a pasar lo mismo a vos.

—No —le dije tan rápido que mis palabras se encimaron a las de él.

—Sí, estoy seguro. —Esta vez mi hermano buscó mi mirada y se la devolvió; sentía los ojos hinchados.

—No tengo la fuerza para enamorarme.

—No es fuerza lo que necesitás. Es vulnerabilidad. —Oculté mi cabeza entre mis rodillas y mi hermano me acarició la espalda—. Al amor hay que sentirlo y la única manera de que eso suceda es permitiéndoselo. Si armás una fortaleza a tu alrededor, siempre vas a vivir una ilusión.

Levanté mi cabeza y lo miré a los ojos.

¿El amor era una ilusión... porque yo lo había creado así?

¿Y si había elegido mal a Dante? ¿Y si el destino me había dado la razón para dejarlo? ¿Y si Quimey me había salvado la vida porque no era mi momento para dejar este mundo? ¿Y si el amor era suficiente? ¿Y si el amor no era ilusión?

—¿De verdad crees que algún día encontraré al indicado? —le pregunté secándome los ojos.

—No lo creo. Estoy seguro. —Me sonrió—. Y vas a ver que, cuando lo encuentres, va a ser tan sencillo como respirar.

En medio del silencio del atardecer, escuchamos el motor de un auto y una acelerada. Cuando los dos giramos nuestras cabezas para intentar buscar la fuente del sonido, vimos que un hombre se acercaba a nosotros. Mi hermano supo de quién se trataba y se puso de pie sin pronunciar palabra. Me miró una última vez y se fue para la casa.

Respiré hondo y me puse de pie.

Esto se terminaba ahora.

Capítulo 22

Iván me miraba a los ojos con un gesto de súplica, pero no tenía el valor de hablarme. Todo mi cuerpo temblaba porque una parte de mí quería pedirle que no me dejara, que aceptaría ser la otra. Pero la otra parte me pedía que entrara en razón. La luna empezaba a asomar en el firmamento. Las olas del mar rompían a pocos metros de nosotros y su envión llegaba hasta unos centímetros de donde se encontraban mis pies. La luna, plateada y redonda, se reflejaba en el agua. Habría sido una hermosa noche.

Habría sido.

—Tengo que irme —me dijo finalmente.

Tragué saliva.

—Me parece bien. Nunca tendrías que haber venido.

Iván sacudió la cabeza y avanzó unos pasos, los mismos que retrocedí yo.

—No es lo que pensás. —Estiró su mano para tocarme, pero me alejé aún más—. Mi papá está internado.

La noticia me desconcertó.

—Lo siento. ¿Está bien?

—Está en terapia intensiva —me respondió relajando su postura—. Tuvo un principio de infarto. Olivia intentó llamarme, pero...

—Tenías el celular apagado —terminé la frase, él asintió en silencio.

—Llamó a mis amigos y bueno...

No hizo falta que terminara la frase. Es extraño cómo funciona el universo. Mi mamá siempre me dice que todas las cosas que suceden son por dos motivos: uno lo atrae a su vida por el mismo miedo de que no ocurran o es el mismo universo el que te lo envía para que aprendas algo. Así como yo quise sorprender a Dante y descubrí que nuestro amor era una ilusión..., el padre de Iván estaba hospitalizado para que entendiera que estaba volviéndome a equivocarme.

Por más que estuviera enamorada de Iván, por más que él creyera que me necesitaba..., nuestra historia no estaba predestinada a ser.

—Necesito tiempo para acomodarme —me dijo agarrándose el puente de la nariz—. Ya hablé con Olivia y...

—No —lo interrumpí—. Hasta acá llegamos.

Los ojos de Iván se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Tragué saliva. Respiré hondo.

—Es momento de dejar esto acá —afirmé, aunque mi corazón vibraba en mi pecho.

Él negó con la cabeza.

—No —me dijo acercándose a mí mucho más rápido de lo que fui capaz de reaccionar. Me sostuvo la cara entre sus manos y me miró a los ojos—. Te amo.

Me alejé de él. Fue como si me hubiera golpeado en el estómago y me dejara sin aire. Hacía demasiado tiempo que no escuchaba esas palabras. Los recuerdos se agolparon en mi mente y mis ojos ardían. No. No. NO. Estiré mi mano cuando él quiso volver a estar cerca de mí. Negué con la cabeza.

—No —le respondí cuando finalmente encontré las palabras.

—Sí, Mía. Te amo.

—Yo no.

Era mentira. Mierda. Era mentira. Me quemaba adentro ese sentimiento y, por eso mismo, debía apagarlo cuanto antes. Se quedó sin habla, pero no apartó su mirada de la mía. No le importaba mi declaración.

—No importa que no lo hagas. Ya soy tuyo —me dijo con ojos de súplica, estirando sus manos como esperando una limosna.

—¡No, Iván! Esto no puede suceder. —Mi voz empezaba a perder fuerza.

—Ya está sucediendo. —Avanzó nuevamente hacia mí.

—Esto no es lo que quería. —Mentira. Mentira. Por algo lo había buscado—. Yo nunca te pedí que dejaras a Olivia.

—Yo quise dejarla —respondió señalándose—. Para poder estar con vos.

Empecé a caminar por la orilla, agarrándome la cabeza.

—¿Y quién te dijo que yo quería estar con vos? —le pregunté enojada mirándolo.

—Algunas cosas no son necesarias expresarlas en palabras. Sé cómo reacciona tu cuerpo cuando te toco.

—Eso no es por un sentimiento. Eso es físico. Reaccioné igual con el tipo que me cogí en tu casamiento.

Me apartó la mirada y se relamió los labios. Cerró los ojos, como si aquel recuerdo le doliera.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Su voz comenzaba a perder intensidad.

—¿Qué cosa? ¿Diciéndote la verdad? —Mi tono de voz empezó a escalar—. No quiero estar con vos, Iván. Nunca te dije que lo quisiera. Nunca te pedí que abandonararas a tu mujer. ¡Nunca!

—¿Qué fue este fin de semana? —me preguntó cruzándose de brazos; su tono estaba cambiando de intensidad.

—Un error —le respondí volviendo a quedarme delante de él—. Esta iba a ser la última vez que íbamos a estar juntos. De regreso al centro, iba a seguir con mi vida, esperando que vos siguieras con la tuya. Solo que Olivia llegó antes.

Iván se volvió a acercarse de nuevo. Esta vez no pude reaccionar a tiempo y sus brazos ya estaban alrededor de mi cuerpo. Sentía su corazón latir demasiado fuerte.

—No voy a lastimarte.

No lo sabés.

Abrí mis brazos para poder quitar los suyos de mi cuerpo y retrocedí para poder mirarlo a los ojos. Tenía que ser hiriente; necesitaba alejarlo de mí.

—No quiero estar con vos, Iván. ¿Qué parte no entendés?

—No entiendo por qué querés mentirme. Puedo darme cuenta de que sentís lo mismo que yo. — Yo negué con la cabeza—. Sí, no te mientas. No voy a lastimarte, Mía. No podría.

—Una relación no es para mí. ¿Por qué te crees que estoy con distintos hombres a lo largo del mes? Porque me gusta el sexo. Y la pasamos bien, no voy a mentirme. Pero era solo eso. Diversión. —Me dolía decirle esas cosas. Me dolían más de lo que pensaba—. Yo no te amo ni te voy a amar.

Lo dejé sin palabras. Y tuve que recurrir a la fuerza del recuerdo de la traición de Dante para no perder la compostura, porque la mirada que me devolvió Iván en ese momento me resquebrajó por dentro, como si un terremoto intenso hubiera sacudido la tierra y la hubiera partido en dos. El dolor que había en esa mirada era demasiado para soportar.

¿Así me veía yo cuando sufrí por Dante?

Esta vez fue Iván quien se alejó de mí.

—¿Por qué no fuiste clara conmigo? —me preguntó con hilo de voz.

¿Me estaba creyendo?

—Nunca te prometí nada, que recuerde —le respondí cruzando los brazos. La garganta se me estaba cerrando; temía que la pantalla que estaba creando se cayera de un momento a otro—. Las ilusiones te las hiciste solo.

—¿Ilusiones? —dijo exaltado—. Me buscaste. Me convenciste de que fuera libre para poder estar con vos. Sabías que estaba casado.

—¡No! —Le negué tanto con la cabeza como con mi dedo índice en alto—. No me pongas esa responsabilidad sobre mis hombros, porque el que tomó la decisión de estar conmigo fuiste vos. Aun sabiendo que estabas casado. Recientemente casado.

—¿Y eso no te decía nada? —me preguntó incrédulo.

—Me decía que estabas con ella por costumbre. —Me encogí de hombros—. No me importaba, ¿no entendés? Yo solo quería coger con vos. Y lo logré. Fin del tema.

Se agarró la cabeza y se acuclilló. Usé ese espacio para respirar hondo, para empujar las lágrimas en lo más profundo de mi ser. ¿Cuánto más iba a durar esto?

—Fui uno más. —Se puso de pie. Su mirada cargada de lágrimas y dolor—. Solo eso. Un número.

No podía hablarle. Él se quedó mirándome y había algo más en su mirada, algo que me asustaba. Sin poder reaccionar a tiempo, las manos de Iván atraparon mi rostro y sus labios chocaron con los míos. Mi cuerpo me traicionó. Abrí mi boca para que mi lengua se reencontrara con la del hombre que me estaba haciendo perder la cordura. Fue cuando mis brazos cayeron a los costados de mi cuerpo que pude reaccionar.

Me aparté.

—¿¿Vés?! —me gritó. Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas—. ¡No me mientas, Mía! Por favor.

—No quiero estar con vos. ¡No quiero! —le grité.

—Esto puede ser algo hermoso. No... No lo mates de esta manera. Mirame. —Como no lo hice, sus manos volvieron a mi rostro y me obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Podés sentirme?

¿Podés sentir el amor que te tengo? —Yo negaba con la cabeza, sentía que la mirada me ardía—.
Dejá de encerrarte en vos misma. Dejame acompañarte. Dejame curarte.

Volví a apartarme.

—No. Quiero. Estar. Con. Vos.

Se me cayó una lágrima.

—No puedo obligarte —dijo finalmente—. Ya te di todo lo que podía darte. —Respiró hondo y se secó las lágrimas de su rostro—. No queda más nada de mí.

Y se alejó.

Fue recién cuando lo vi perderse en la oscuridad, al ser engullido por la noche, que perdí el equilibrio y mis rodillas cayeron contra la arena. El nudo que sentía en el pecho se tensionó y lloré teniendo que cubrirme la boca para no emitir quejidos de un animal herido.

Se había terminado.

Y, en lugar de sentirme libre, fue como si alguien hubiera cerrado la jaula y lo único que podía ver eran barrotes de acero y un mundo reducido.

Capítulo 23

Dos años después

Sí, pasaron dos años y, cada vez que lo recordaba, me generaba un vacío en el pecho. Como si hubiera perdido algo, como si me hubiera arrancado algo. Aquel verano fue la última vez que escuché algo de Iván Torres. Pasó poco tiempo antes de que me bloqueara en Instagram. Debo reconocerte que un tiempo después lo busqué en la red social, pero ya no me aparecía. No supe qué había sido de su vida. Al principio, me quise convencer de que había actuado bien. Que borrarle de su vida era lo mejor que podría haber hecho. No obstante, más de una vez estuve tentada de preguntarle a Quimey si sabía algo. Pero me contuve.

A lo lejos podía oír el canto de las olas, el suave susurrar del viento. Me encontraba otra vez en Cariló, intentando enfrentarme a los fantasmas de este lugar. Mi familia había querido que coordináramos en otro lugar, hasta me invitaron a Grecia. Pero esta era nuestra casa, también teníamos recuerdos en este lugar. Y, además, el dinero no era una entrada constante.

Había podido mantenerme en pie en este tiempo, pero, lamentablemente, no podía seguir de esta manera. No podía mantener tanta incertidumbre. Había un ofrecimiento de una galería de arte para hacer una muestra presencial, pero no tenía las fuerzas para hacerlo. No en ese momento. Así que estaba llegando a la conclusión de que era momento de comenzar a buscar otro trabajo.

Mientras esperaba que llegara mi familia, salí de la cabaña y me acerqué a la orilla. Me concentré en el horizonte y en mi respiración. Tenía a mi cámara entre las manos y hasta podía sentir cómo temblaban mis dedos. Seguiría sacando fotos hasta que me muera, pero sentía que la estaba abandonando. Bueno, lo estaba haciendo. Se me cerró la garganta de solo pensarlo.

En ese momento, escuché cómo las ruedas de un auto se acercaban a la casa. Me puse de pie de un salto y corrí hacia el interior. Al primero que vi salir del auto fue a Víctor. Se me escapó un grito agudo y mi hermano levantó la vista. Su sonrisa le iluminó el rostro y soltó el bolso para venir a mi encuentro. Yo salí corriendo para encontrarnos a mitad de camino, pero sus pasos eran tan largos que llegó a mí antes de tiempo.

Envolví mis brazos a su cuello y él los envolvió a la altura de mi cintura; me hizo girar más veces de las que pude contar. Cuando me dejó en el suelo, sentí que el mundo siguió dando vueltas. Pero no me importaba, mi hermano estaba conmigo. Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos sin pronunciar palabra. Sus manos me acariciaron las mejillas y pude ver cómo las lágrimas brillaban en sus ojos. Volví a abrazarlo y él hizo lo mismo.

—¡Cuánto te extraño! —le dije al oído.

—¡Y yo a vos, hermanita! —me respondió con voz vibrante.

Nos separamos y pude ver que Irina se encontraba a unos pasos de nosotros. El motivo de este nuevo reencuentro, más allá de volvernos a ver, era para celebrar el casamiento de Víctor. Todavía no podía creerlo. Parecía que mi hermano había tenido que asentarse en el extremo del mundo para encontrar a la mujer de su vida. A veces me ponía a pensar qué pasaría con mi vida sentimental.

A veces sentía que las agujas del reloj seguían girando, pero yo estaba detenida. Era como si una parte dentro de mí se hubiera muerto y me hubiera dejado congelada en el tiempo. Era como si estuviera en una estación de tren, esperando que llegara el que necesitaba, pero los minutos pasaban y ninguno se asomaba en el horizonte. Y lo que más miedo me daba no era que no pasara más, sino que hubiera pasado y lo hubiera perdido.

Desde Iván, muchos pensamientos me habían perseguido en todo ese tiempo. Sobre todo, mi idea sobre la ilusión del amor. Cada vez que miraba a mis padres, a Víctor e Irina, a Quimey y a Lucas..., ¿era realmente una ilusión? ¿O yo quería creer que lo era?

Saludé a Irina con un abrazo y ella me habló en castellano. Víctor me había contado que había estado estudiando mucho el idioma porque quería poder conversar con todos sus amigos. Se miraban con brillo en la mirada, con ojos cómplices y parecían no poder despegarse del otro. Suspiré, contenta. Estaba muy feliz por mi hermano.

Después vi a mi mamá bajando las valijas del baúl. Mi papá estaba al lado de ella, discutiendo por las que quería llevar él. Corrí a buscarlos; mi mamá fue quien reaccionó primero. Su abrazo era como el abrigo en medio de un cruento invierno.

—¿Cómo estás? —me preguntó aún con sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—Muy bien, ma. —Me aparté para poder mirarla a los ojos—. ¡Estás muy bronceada! Grecia te trató muy bien.

—Un espectáculo. Deberías ir con nosotros una temporada.

Algún día...

—¡Mi princesa! —se sumó mi papá.

Sus fuertes brazos nos agarraron a las dos y ambas reímos al unísono.

Los ayudé a entrar el resto de las valijas. Pude escuchar a Víctor y a Irina en la planta de arriba. Vi cómo mi mamá miraba en los alrededores de la casa. Mi papá se percató de que la había visto buscar a alguien que no existía y la golpeó con el codo en silencio.

—No hay nadie, ma —le dije entrando las valijas a la habitación principal. Les grité—: y no lo habrá, aparentemente.

Volví al living y encontré a mi papá poniendo el agua para el mate. Mi mamá estaba sacando unos budines de una bolsa y colocándolos en el centro de la mesa. Irina y Víctor bajaron de la mano, riéndose de algún chiste que parecía íntimo. Ojalá nunca perdieran esa habilidad, porque el amor era un arma de doble filo. Si no tenés cuidado, es como un veneno silencioso que te corroe desde adentro, parte por parte. Se esparce por las venas, por cada órgano hasta destrozarte el corazón.

El cielo comenzó a teñirse de anaranjado y rosa, como si fuera una pincelada sobre un lienzo. Me excusé ante mi familia para capturar el atardecer con mi cámara. Me acerqué a la orilla y miré

por el visor. Fijé el ángulo para poder robarle a la naturaleza ese momento. El corazón me vibraba en el pecho. Sentía como si fuera una despedida. Y, en ese momento, lo escuché:

“Mía”.

Era como un susurro. Giré mi cabeza, aunque sabía que no era una voz real, pero tenía la esperanza de encontrarlo allí. Por supuesto que no estaba. Y el solo recuerdo me astillaba el corazón. Tragué saliva, pero se me hacía un nudo en la garganta. Volví la mirada hacia el mar.

“Mía”.

Volví a escuchar y las lágrimas se me juntaron en los ojos. Quería llorar y desarmarme.

Pero no podía.

Capítulo 24

Los susurros del viento se los llevaba la noche. Iván no estaba en la playa. Iván había desaparecido de mi vida aquella noche. Intentaba no pensar en él, pero a veces no podía controlar lo que mi mente hacía. Era entonces cuando aparecían las dudas... ¿Habría vuelto con Olivia? ¿Su padre habría mejorado? ¿Estaría soltero? Me agarré la cabeza con las manos y respiré hondo. Intenté serenar mi espíritu, traerlo hacia ese momento, que era lo único que importaba. Era el momento de mi hermano e Irina. No podía anclarme en el pasado.

A medida que fueron pasando los días, los amigos de Víctor empezaron a aparecer en la cabaña. Él ya se había encargado de prepararle las habitaciones del cuarto de huésped porque Irina y mi mamá estaban con los preparativos del casamiento. La ceremonia la iban a hacer en la playa, pero los arreglos que querían colocarles a las sillas y las mesas los estaban haciendo a mano. Al tercer día llegó Quimey con Lucas.

Podía notar el brillo en la mirada de mi amigo. Lo había visto con incontables parejas, con algunas había pasado más tiempo que con otras, pero nunca antes lo había visto con la sonrisa dibujada en la cara y con la mirada siempre buscando a Lucas. Y, cada vez que ambos se encontraban, los dos sonreían cómplices. Pronto, los dos se sumaron a los arreglos que estaban haciendo Irina y mi mamá. Y ya al cuarto día empezaron a colocar las sillas blancas con los adornos florales y el altar. La boda se acercaba a pasos agigantados y, cada vez que miraba a mi hermano, más seguro lo sentía. Por no mencionar la pasión que veía reflejada en cada abrazo y beso que le daba a Irina.

La luna volvía a asomarse en el cielo y agarré mi cámara para irme a una caminata por la orilla de la playa. Durante el casamiento, sacaría todas las fotos que me resultara posible y sería mi regalo para Víctor. Sería mi último trabajo como fotógrafa. Cuando volviera a Recoleta, iba a tener que ponerme a buscar un trabajo nuevo.

Mientras caminaba y escuchaba el vaivén de las olas, comencé a sacar fotos sin un claro objetivo. Dejé que mi intuición me guiara. Fue inevitable que mi mente divagara y me siguiera trayendo recuerdos. Este lugar estaba impregnado de él. Sin embargo, me acordaba de alguien más.

Dante me decía que me amaba, así como Iván lo decía de Olivia. Y yo podía comprender a Iván, porque lo veía en la culpa, en los silencios que a veces teníamos, momentos en los que seguramente estaba pensando en la mujer que estaba engañando. Tal vez Dante me decía la verdad y me amaba, a pesar de sus equivocaciones. Sin embargo, eso también me demostraba que el amor no lo es todo. Que no alcanzaba.

La cámara me tiró un error. Suspiré extenuada. Había llenado la capacidad de la memoria. Me detuve para poder ver qué fotos había logrado sacar y me senté en la arena. En ese momento, sonó

mi celular. Se trataba de un WhatsApp. De Iván.

Iván: Estabas hermosa hoy.

Se me congeló la sangre y sentí que el aire escapaba de mis pulmones. No. No podía ser. Esto no estaba ocurriendo. Era mi mente, mi cerebro que quería enterrarme en un pozo vacío y oscuro. No. Me lo estaba imaginando. Pero el celular volvió a sonar y aquel timbre me retumbó en el pecho y me hizo acelerar la respiración.

Con la mano temblorosa agarré el aparato. Otro mensaje, de él. Lo desbloqué y abrí la aplicación.

Iván: Estabas hermosa hoy.

Iván: ¿Vas a ignorarme?

Respiré hondo. Giré mi cabeza de un lado a otro. ¿Dónde estaba?

Mía: No sabría qué decirte.

Iván: Un “gracias” no estaría de más. Acabo de halagarte.

Mía: De una forma un tanto perversa.

Iván: No es mi culpa que la vida nos siga atrayendo hacia el mismo lugar.

Mía: ¿Estás en Cariló?

Iván: Así es. Te vi en la playa y no pude evitar mandarte un mensaje.

¿Me había golpeado la cabeza con algo y estaba alucinando? No sabía qué era lo que estaba pasando, si esto era real o no, pero quería salir corriendo a buscarlo. La garganta me ardía de las ganas que tenía de gritar. De gritar su nombre. ¿Dónde estabas, Iván? Quería saber qué había sido de tu vida. Quería saber por qué estabas acá. Necesitaba saberlo. El corazón me latía demasiado deprisa como para que pudiera pensar racionalmente. No me quería dejar llevar por las emociones. Pero me quería dejar llevar.

Eso era Iván para mí.

Un caos.

Mía: ¿Qué te trajo para Cariló?

Iván: Quería despejarme un poco... Estoy en el bar Hemingway. ¿No querías darte una vuelta?

Solté el celular y cayó contra la arena. Como una idiota, me apresuré a recuperarlo y soplé para que se le fueran los granos de arena que se habían pegado al aparato. ¿Era real o es una jugada perversa? La respiración se me empezó a entrecortar y la garganta se me cerró. ¿Qué tenía que hacer? El celular volvió a sonar y negué con mi cabeza, como si Iván fuera capaz de mirarme.

¿Qué iba a hacer cuando lo volviera a ver a los ojos?

No.

¿Y si sus manos rozaban mi piel?

No.

¿Y si me besaba?

NO.

El celular volvió a sonar y no pude decirle que no.

Cuando me pasó la ubicación del bar, respiré hondo y volví sobre mis pasos. No estaba muy lejos de donde me encontraba. No sabía si tomarlo como una ventaja o como una desventaja. Tal

vez, si hubiera estado más lejos, me habría dado tiempo para pensarlo realmente. Pero el cartel del bar estaba a la vista. Respiré hondo y continué con mi caminata, tratando de evitar el maremoto de pensamientos que me atravesaron la mente. Si lo pensaba, me iba a ir corriendo. Aunque era lo que debía hacer. No obstante, seguí caminando.

Cuando subí al deck del bar, busqué entre las mesas exteriores y lo encontré. Se me cortó la respiración ni bien lo vi con claridad. Tenía el pelo más corto, lo que hacía resaltar mucho más las facciones de su rostro y la mirada que me derretía. Seguía con los cinturones negros de tachas, pero se había quitado las cadenas. Llevaba un buzo rojo con una calavera negra a la altura del pecho. Era mi muerte y la vida tenía una forma muy graciosa de graficármelo.

—Mía —me dijo levantando la mano.

Me acerqué con cautela, como un animal cuando quería escapar de su depredador. Tragué saliva y me senté delante de él. Mantuvo su mirada sobre mí, en completo silencio. Yo no pude hablar. Tragué saliva y sentí la garganta seca. Cerrada. Me acomodé en la silla y bajé la mirada.

—¿Qué querés tomar? —me preguntó. Lo busqué con la mirada. Estaba con la mano en alto llamando al mozo.

—Sprite.

Enarcó una ceja y luego se encogió de hombros. Cuando el mozo se acercó, le pidió mi bebida y le solicitó que le trajeran otra cerveza. Mi corazón me iba a salir saltando del pecho. No podía mantener esta ridiculez por tanto tiempo. Ni bien nos quedamos solos y volvió sus ojos sobre mí, le pregunté:

—¿Qué haces acá, Iván?

—¿Cómo te gusta preguntarme eso! —Hizo un esbozo de sonrisa y se acomodó para sacar algo de su bolsillo trasero. Era un atado de cigarrillos. Lo encendió y sacó otro, extendiéndomelo.

Fruncí el ceño.

—No fumabas.

Se encogió de hombros.

—Ahora fumo.

—Yo lo dejé. Gracias.

Se guardó el cigarrillo y le dio una pitada al suyo.

—Es una noche tranquila —me dijo observando las estrellas.

—Lo es. Aunque extraña a la vez. —Me miró—. Seguí sin decirme qué hacés acá.

—Te dije. Quería relajarme y el hotel Ayres de Mar Cariló es ideal para eso —respondió volviendo la mirada al firmamento.

—¿Justo a Cariló?

Volvió a hacer ese símil de sonrisa y me devolvió la mirada.

—¿Qué tiene?

Me reí con falsedad y me crucé de brazos. En ese momento, llegó el mozo con mi Sprite. Esperó a que se fuera para retomar la conversación.

—¿Qué tiene? —le pregunté irónica—. ¿No te acordás de todo lo que pasó hace dos años?

—Me gusta que lleves la cuenta.

—A mí no.

Esbozó una pequeña sonrisa. ¿Qué era todo esto?

—¿Cómo te trata la vida? —me preguntó ignorándome por completo.

Respiré hondo y decidí seguirle el juego.

—Estoy bien. Gracias. ¿Cómo estás vos?

—Disfrutando de la vida —respondió elevando el vaso de cerveza y buscando el mío. No lo acerqué para brindar—. ¿No estás contenta con la vida que tenés ahora?

No apartó su mano; la dejó tendida en el aire esperando que respondiera. ¿Por qué íbamos a brindar? No había nada que celebrar. No entendía qué era lo que estaba pasando y me estaba volviendo loca. Debería levantarme e irme. Estaba jugando conmigo; me daba cuenta. Sin embargo, terminé agarrando mi vaso y lo choqué con el de él. Sonríe.

—¿Cómo está el negocio de la fotografía?

—Bien, por suerte —le mentí. Pero la mentira me clavó un puñal—. ¿Tu trabajo?

—Tengo mi propia oficina y construí mi casa en un barrio cerrado de Pilar.

Hablaba en singular. ¿No estaba más con Olivia?

—Felicitaciones.

—Muchas gracias —me respondió con un leve asentimiento de cabeza.

Luego, un silencio. Ambos bebimos de nuestras copas. Él le dio una pitada a su cigarrillo.

—¿Estás con tu familia? —me preguntó.

Le di otro sorbo a mi bebida mientras me reía por dentro. Estaba buscando información sin querer expresar sus verdaderos motivos en voz alta.

—¿Te importa? —Se dio cuenta de mi jugada, sonrió nuevamente y se terminó el vaso de cerveza. —A mí me gustaría salir de viaje. Tal vez programe alguno para el año que viene.

—Es hermoso viajar. —¿Adónde querés llegar, Iván?—. Sobre todo, en solitario.

Lo dijo a propósito. Sabía que quería saber si estaba solo o no. Y aunque me daba cuenta cómo me estaba manipulando, me sorprendió igual. Mi reacción fue más rápida que el procesamiento de la información. Sí, me acababa de decir que estaba soltero, pero también se había dado cuenta de que me importaba.

—Bueno —dijo poniéndose de pie y apagando el cigarrillo contra el suelo—. Supongo que ya es hora de irme. Me alegra saber que estás bien.

Al quedarme sentada, a la altura de mis ojos estaba su entrepierna. Y cuando vi el tamaño de su miembro, tragué saliva y pude sentir una puntada en la parte baja de mi vientre. Se me cortó la respiración y no pude decirle nada. Allí, me ofreció su mano. La agarré sin pensar y al sentir su piel de vuelta en contacto con la mía, una electricidad me recorrió entera. Me ayudó a ponerme de pie y me regaló una sonrisa que me desarmó.

—Hasta alguna próxima vez —me dijo y acercó sus labios a mi mejilla, solo que se acercó demasiado a la comisura de mi boca.

Me quedé inmovilizada. Me soltó la mano y se fue del bar, como si el mundo siguiera su curso normal cuando el mío acababa de hacerse trizas contra el suelo.

Estaba volando.

Estaba enamorada.

Capítulo 25

Dormir no fue una opción. No pude conciliar el sueño durante toda la noche pensando qué debía hacer. Sabía que Iván no había dicho nada específico en nuestro encuentro, pero también sabía que no era casualidad que se encontrara en Cariló y mucho menos que me hubiera invitado a tomar algo. Respiré hondo y exhalé. Necesitaba dejar pasar eso; no podía volver a enroscarme.

Cuando los rayos del sol empezaron a entrar por mi ventana, me levanté directamente. Fui hacia el baño para asearme y bajé las escaleras hacia el porche de entrada. La brisa matutina me daba escalofríos, así que envolví mi cuerpo con los brazos, pero no aparté la mirada del horizonte. En ese momento, Irina abrió la puerta y se sentó a mi lado.

—Cada lugar en el mundo tiene un bello amanecer —dijo en un español forzado.

—Los de Alaska son más fríos —le respondí con una sonrisa.

—Eso seguro —me dijo riendo y abrazando su cuerpo con una mirada melancólica.

—¿Extrañas?

—Nunca antes me había ido de Alaska.

Aquello me tomó por sorpresa.

—¿Nunca?

—No. —Se encogió de hombros—. No tengo la curiosidad de tu hermano. Además, siempre venía bien una mano en el negocio familiar. Así que, cuando no trabajaba para la empresa pesquera, ayudaba a mis padres.

—¿Qué hacen ellos?

—Organizan tours por los lagos y los bosques.

Volví a mirar hacia el horizonte.

—Tu hermano siempre habla maravillas de vos —volvió a decir, pero esta vez en inglés.

—Me lo imagino —le respondí revoleando los ojos.

—¿Te contó alguna vez cómo nos conocimos?

Negué en silencio. ¿Cómo es que nunca le había preguntado a Víctor sobre Irina? No pude evitar sentirme mal por eso.

—Empecé a ayudarlo con su nuevo puesto en el barco y allí empezó a contarme cómo fue que llegó a Alaska. —Suspiró—. Ya lo había visto antes y me había deslumbrado incluso a la distancia. Y, cuando tuve la oportunidad de hablar con él, me conquistó aún más. Víctor se dio cuenta enseguida de lo que estaba pasando... Sin embargo, cuando me invitó a salir, le dije que no. —Fruñí el ceño. Ella negó con la cabeza sonriendo—. No estaba del todo segura de abrirme a una nueva relación. Hacía poco había terminado una y no muy bien que digamos. Me había prometido que iba a elegir mejor la próxima vez. Y Víctor no parecía el mejor candidato.

—¿Perdón? —le pregunté riéndome, ella también lo hizo.

—Yo quería formar una familia con alguien y Víctor era un alma libre. Siempre queriendo recorrer el mundo, vivir nuevas experiencias... No me parecía que fuera la clase de hombre que se fuera a asentar. Y tuve miedo. —Tragué saliva. El corazón me latió muy fuerte—. Tenía miedo de que un día decidiera irse. ¿Cómo iba a empezar una relación si no estaba segura hasta dónde llegaría?

—¿Y cómo te convenció?

Se encogió de hombros.

—Con ser, simplemente. Me di cuenta de que prefería vivir el presente con él que nunca haberlo vivido. La verdad es que no sé qué nos depara la vida, pero me pone contenta saber que vamos a estar el uno al lado del otro descifrándolo.

Ví la sonrisa en sus labios, el brillo en su mirada. No pude evitar sonreír también y darle un abrazo. Después, se puso de pie y volvió al interior de la casa. Cuando la soledad volvió a asentarse, sentí el agujero en mi pecho y las palabras de Irina me retumbaron en la cabeza. ¿Y si Iván había vuelto para estar conmigo? ¿Podía rechazarlo de vuelta? Miré hacia mi derecha, hacia la dirección en la que se encontraba el hotel Ayres de Mar Cariló.

No era lo suficientemente valiente para alejarme de él. ¿Qué iba a hacer? De a poco, el mundo comenzó a reducirse delante de mí, como si no existiera otra cosa. Es que no existía. No podía seguir mintiéndome. No me importaba tener que arrastrarme para volver a sentirlo. ¡Dios! Era capaz de hacer cualquier cosa por volver a sentirlo, por saborear su piel, sentirla contra la mía. Me agarré la cabeza con las manos y respiré profundo, una y otra vez. Me mareé.

A pesar de todo lo que había pasado entre los dos, a pesar del dolor, de los gritos y el tiempo transcurrido, ¿era posible que quiera volver a mí? Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no de dolor, de felicidad. ¿Me estaba eligiendo de vuelta? Pero... ¿y si todo salía mal? Me quería escapar, pero al mismo tiempo quedarme, intentarlo, amarlo.

Oscilé entre el dolor de su ausencia y el placer que sabía que me daría. Sin embargo, por más que quisiera ganar esa batalla, no era fuerte.

¿A quién engañaba?

No había nada que pudiera hacer: mi corazón estaba atado a él. Se me entrecortaba la respiración de solo pensarlo.

Y decidí hacer algo.

Capítulo 26

Me quedé parada delante de la entrada del hotel, con el corazón galopando en el pecho y la garganta cerrada. En mi mano sostenía el celular con tanta fuerza que sentía cada borde del aparato incrustarse en mi piel. Miré para arriba, imaginando que Iván se encontraba en alguna de las habitaciones que daban a la calle y, de solo imaginarlo a él saliendo al balcón, las piernas me temblaban. Respiré hondo y desbloqueé el celular. Abrí WhatsApp y busqué su conversación. Estaba primera porque la había anclado en la parte superior. Entonces, le mandé el mensaje y me quedé mirando cómo se formaban las dos tildes. No aparecía la última vez que había estado en línea, así que me quedé mirando la pantalla como una idiota. Esperando que finalmente...

En línea.

El corazón se me cayó al estómago y perdí la noción del mundo cuando vi que decía “escribiendo”...

Mía: Necesito verte.

Iván: ¿Qué estás esperando?

Mía: Que me digas el número de habitación.

Entré corriendo como si la decisión de escaparme me estuviera persiguiendo y no quería permitirle que me alcanzara. Los oídos me retumbaban mientras esperaba que el ascensor llegara a la planta baja. Obligué a mi mente a quedarse en blanco, a no pensar en consecuencias, en teorías, en nada. Cuando las puertas se abrieron, di un paso al frente y apreté el botón del piso. La mano me temblaba, pero, en menos de unos pocos segundos, volvió a abrirse y salí al piso quinto.

Respiré hondo y golpeé dos veces la puerta. En un instante, se abrió y allí estaba él. Tragué saliva.

Sus manos atravesaron el umbral y envolvieron mi rostro, atrayéndome hacia él. Nuestros labios volvieron a unirse y su boca invadió la mía, buscando con desesperación mi lengua. Se envolvieron en una danza frenética y sentí que el mundo volvía a su lugar, que nosotros volvíamos a estar en el mismo lugar.

Cerró la puerta con el pie, sin quitar sus manos de mi cuerpo ni su boca de la mía. Yo lo abracé y toqué su espalda; me apresuré a quitarle el buzo que cayó al suelo. Entonces, me alzó por la cintura y envolví mis piernas por la suya. Nuestros corazones latían desesperados, rápidos. Me llevó hasta la cama sin mediar palabra. No hacía falta.

Me arrojó contra el colchón y se quitó la remera. Y, sin darme tiempo a quitarme la mía, colocó su cuerpo sobre el mío, volviendo a buscar mi boca, como si estuviéramos bajo el agua y esa fuera la única forma de respirar. Sus manos buscaron mis piernas desnudas y ascendieron hasta mi cintura para agarrar el elástico de mi ropa interior. Me la deslizó con fuerza y su boca se

despegó de la mía para ubicarse en el punto máximo de mi placer.

Su lengua se deslizó entre mis labios, buscando mi clítoris. Y, ni bien lo encontró, sentí una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Y, más aún, cuando dos de sus dedos me penetraron. Acompasaba los movimientos entre su lengua y el vaivén de su mano. Cuando me elevé, cada vez más y más, sentí que podía explotar en ese instante. Y por poco lo hice, pero Iván se detuvo y me quedé sin respiración.

Se apartó y me quitó el vestido. Mis pechos quedaron al descubierto, con mis pezones duros y hambrientos de placer. Su boca se arrojó a ellos; sus dientes se aferraron a ellos. Gemí entre dolor y placer. Sus dedos descendieron nuevamente y, cuando me penetraron, volví a gemir. Era demasiado, pero no quería que se detuviera.

Entonces, se apartó de mis pechos y con ambas manos me agarró de la cintura para voltearme. Escuché cómo se desabrochaba el pantalón y cómo rompía el envoltorio del preservativo. Pero no llegué a contar ni tres segundos que me penetró tan fuerte que tuve que levantar mis manos y frenar mi envión contra la cabecera de la cama.

Sus embestidas eran cada vez más fuertes, más rápidas y, antes de que pudiera liberar mi tensión, él acabó y todo se terminó.

Cuando salió de mí y se fue al cuarto de baño, me senté en la cama y dejé que el silencio me invadiera.

¿Qué acababa de pasar?

Acabábamos de tener sexo, sí. Lo deseaba tanto; necesitaba volver a sentirlo, pero... No era porque no hubiera podido tener mi orgasmo. Yo lo quería a él y lo había tenido, pero...

Salió del baño ajustándose el pantalón y se arrojó al lado mío. Sacó de su bolsillo un cigarrillo y lo encendió. No le pude decir nada. No me salían las palabras. Se recostó sobre la cama y le dio una pitada, exhalando una densa nube de humo plateado que se formó delante de su rostro, como una nube de tormenta a punto de estallar.

—Estás muy callada —me dijo finalmente.

—Estoy aturdida —le contesté recostándome a su lado.

Quería acercarme a su cuerpo, volver a sentirlo cerca, tocar su piel y por eso me deslicé para poner mi cabeza contra su pecho. Sin embargo, justo bajó el brazo para dar otra pitada así que me quedé sobre mi costado de la cama.

—¿No era lo que querías? —me preguntó con una pequeña sonrisa en su rostro.

Giró su cabeza para que nuestras miradas pudieran encontrarse. Me dolió mirarlo y ver ese reflejo en sus ojos. No era el Iván que yo conocía.

—Sí —le respondí confundida—. Quería verte.

—Bien —respondió y volvió a fumar, regresando su mirada al techo.

—Perdón.

Me salió sin darme cuenta. Tal vez, una parte dentro de mí siempre lo había querido decir y nunca la había dejado. Vi que Iván frunció el ceño, pero no me devolvió la mirada, en cambio, le dio otra pitada a su cigarrillo.

—¿Por qué? —me preguntó después de exhalar el humo.

—Por haberte hecho daño.

Sonrió, pero el gesto no le alcanzó los ojos.

—¿O sea que eras consciente de lo que me estabas haciendo?

Me apoyé sobre mi codo derecho para poder girar mi cuerpo y mirarlo directamente. Él giró su cabeza hacia mi lado.

—Siempre fui consciente de lo que nos pasaba. Solo que no tenía el coraje necesario para enfrentarlo.

—Me encanta que siempre encuentres otras palabras para no decir lo que de verdad te pasa.

Nunca lo había dicho en voz alta porque siempre me había costado reconocerlo. Mis intentos por acallar esa parte de mí, esa chispa que se había encendido, habían oprimido tanto ese sentimiento que estaba enterrado en el lugar recóndito más oscuro de mi ser. Pero no era tonta. Había intentado matar un sentimiento cuando, en realidad, él me estaba matando a mí.

Era el momento de ser sincera no solo con Iván, sino conmigo misma. Ponerlo en palabras y hacerme cargo de lo que me pasaba.

—Yo también estaba enamorada —dije finalmente con un leve temblor en la voz.

Si Iván lo escuchó, no hizo la menor reacción.

—¿De mí? —me preguntó con una mirada incrédula y riéndose.

—Sí, ¿de quién más?

—¿De vos? Porque no te importó en lo más mínimo lo que me pasaba a mí.

Se levantó de la cama y fue hasta la ventana para arrojar el cigarrillo. Aproveché el momento para buscar mi vestido y ponérmelo.

—Tenía miedo. Ya te lo dije —le respondí.

—¿De intentarlo?

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

Se apartó de la ventana y se acercó hacia la cama, inclinando el cuerpo y señalándome con el dedo.

—Después de ese fin de semana en Cariló, mi vida entera cambió. ¿Y sabés qué es lo más gracioso? Que no me hubiera importado si al menos hubieses estado conmigo. Pero perdí a todos y quedé como un idiota. —Se detuvo y me miró. La frialdad de su mirada fue como una daga de hielo en mi corazón—. Olivia presentó el divorcio y toda su familia dejó de hablarme. Era gente que quería, con quien había pasado gran parte de mi vida. Pero nadie más me habló. Ni siquiera mi propia familia. Todos se molestaron por mi decisión. Me decían... iluso, estúpido, calentón por haber dejado que una mujer como vos me conquistara. Por haber caído en tus redes. ¡Hasta salió el primo de Olivia a decir que habías cogido con él en el casamiento! ¿Y todo por qué? Solo para satisfacer tu hambre sexual. Para que me usaras como un juguete.

—¡No! —le dije poniéndome de pie y acercándome a él—. Yo no te usé. Yo quería liberarte.

—¿Liberarme? Yo no estaba encerrado en mí mismo como vos.

—Eras preso de un ideal efímero. No querías estar con Olivia para toda tu vida; creías que eso era lo correcto. Quería demostrarte que podías vivir tu vida bajo tus propios términos.

—¿Y quién sos vos para enseñarme eso a mí? —me preguntó abalanzándose sobre mí. De la sorpresa, retrocedí—. ¿Vos me querías enseñar a vivir la vida? ¿Vos que no tenés idea de lo que es vivir?

Se me formó un nudo en la garganta. Quería responderle que había vivido lo suficiente como para saber lo que estaba haciendo, pero en ese momento me pregunté si realmente lo sabía o si me lo había inventado. Había sufrido con Dante y había sangrado por él. Todos mis sueños se habían desplomado como una casa de naipes y toda la confianza que podía haber albergado por él se había deshecho con el viento. Pero eso me había sucedido una sola vez... La única vez que me había animado a vivir la vida.

Fue como un balde de agua helada.

Yo no estaba viviendo mi vida, me la estaba inventando. Creía que estar alejada de todos me iba a mantener segura cuando en realidad me hacía cada vez más vulnerable. Me refugiaba en la fotografía para escapar de mi realidad solitaria, pero no era capaz de conectarme con nada. Yo no era libre. Me había acostumbrado tanto a los barrotos de mi jaula que había dejado de verlos.

No pude contener las lágrimas y dejé que rodaran por mi mejilla. Me acerqué a Iván y le sostuve su rostro entre mis manos. Estar más cerca de su mirada me dolía aún más.

—Perdón. Perdón... Sé que no alcanza esto. Sé que es tarde. Pero créeme, por favor. Yo sentía lo mismo por vos... —Algo comenzaba a quebrarse en mi interior—. ¡Mierda! Todavía lo siento. Iván... Te amo.

Acababa de abrirme. Acababa de derrumbar las murallas que había construido a mi alrededor. No podía seguir encerrándome en mí misma. No podía seguir muerta en vida.

Pero Iván apartó mis manos y se alejó.

—Ahora es tarde, Mía. Siempre tarde.

Fue como un balazo directo a mi corazón. Pero no me iba a dar por vencida.

—No creí que fuera capaz de volver a enamorarme. Estaba aterrada de hacerlo. —Él seguía de espaldas—. Solo una vez en mi vida me enamoré y me traicionaron, de la peor forma. Con él me iba a casar, tener hijos, toda nuestra vida planeada. Y me engañó. Hay imágenes que no se borran tan rápido de la mente. Tal vez, hubiera preferido encontrar un mensaje de texto que verlo a él cogiéndose a otra mina. —Mi voz temblaba e Iván giró su cuerpo para mirarme de frente—. Me dolió tanto que intenté quitarme la vida. No podía imaginarme una vida sin él. Tenía miedo de que me volviera a pasar. ¿Pero sabés qué? Ya no me importa.

Me acerqué a él y busqué su boca, pero, ni bien apoyé mis labios sobre los suyos, me apartó.

—¿Sabés qué hice en todo este tiempo? —Me desconcertó. No supe qué responderle—. Me cogí a cuanta mina se cruzó por mi camino. Aprendí la manera de conquistarlas y también la forma de despedirlas a todas, siempre queriendo más, y nunca dándoles nada. ¿Y sabés qué descubrí? Que soy muy bueno y que todas, por alguna razón, siempre quieren volver... Y que disfruto rechazándolas. ¿Eso te pasaba a vos?

Me rompió el corazón.

—No. Yo no...

—¿No querías eso? ¡Por favor! El primo de Olivia me dijo cómo lo llevaste hasta ese cuarto, cómo quiso volver a hablar con vos y ni siquiera le dirigiste la palabra.

—¡Porque te quería a vos! —le grité—. Quería que fueras vos quien me diera placer. ¡Pero acababa de sacarte fotos con tu esposa! No entendía qué me estaba pasando. ¡Yo ni siquiera hacía ese tipo de fotografías! Y las hice para verte otra vez. ¡Te quería a vos!

—¿Y siempre que querés a alguien te cogés a otro?

Me cubrí el rostro cuando las lágrimas salieron embravecidas. No podía detenerlas. Así estaba cuando él me había consolado sin siquiera saber que era por Dante. Pero en ese momento no se acercaba a mí.

—¿Qué te hice? —pregunté secándome las lágrimas de los ojos.

—Me hiciste abrir los ojos.

—No. Te destruí... Así como me destruyó Dante.

Quería morirme.

—Me hiciste a tu imagen y semejanza —me respondió con sorna—. Sos como una diosa que convierte a sus súbditos. Ahora las mujeres se acercan a mí sin siquiera intentarlo. Algunas veces uso la imagen del chico herido... ¡Uff, les encanta! Otra del chico rudo. Me voy reinventando a mí mismo. Todas me miran como si fuera un hombre común, pero ya no lo soy. Ya no me queda nada adentro. Es como si estuviera muerto. —Respiró profundo—. Vos me mataste esa noche en Cariló. Y ahora es momento de que pagues por tu crimen.

Con su mano me indicó la puerta de la habitación.

El impacto que sentí en el pecho fue como si alguien me hubiera disparado.

Había tenido la posibilidad de tener algo maravilloso. Y lo había destrozado con mis propias manos.

Capítulo 27

El barullo que se podía escuchar en la cabaña me retumbaba en la cabeza. No quería estar en ese lugar, quería volver a mi departamento, encerrarme allí y llorar tranquila. Poder hacer el duelo de este amor que había dejado pasar. Ese amor que había destruido.

Me agarré la cabeza con las manos y respiré hondo. Necesitaba controlarme. Era el momento de Víctor; no podía ser tan egoísta y encerrarme en mi dolor. El casamiento se llevaría a cabo en cuestión de horas y no podía continuar en este estado. Así que hice lo que siempre hacía cuando sentía que el agua estaba a punto de ahogarme: le mandé un mensaje a Quimey para que viniera y unos segundos después, ya estaba entrando por la puerta de mi habitación.

Cuando cruzó el umbral de la puerta, me arrojé a sus brazos y me acunó en los suyos. Estuvimos un tiempo largo en silencio, solo abrazados. Me dolía tanto el corazón que pensaba que podía morirme, pero ya no era capaz ni de derramar una lágrima. Era tanto el dolor que estaba entumecida. Nos sentamos en la cama y con su mano aún en mi espalda, le dije:

—Anoche lo vi a Iván.

Mi amigo elevó las cejas.

—¿Cómo?

—Está en Cariló, no sé muy bien por qué... Bueno, sí, creo que quería vengarse. —Respiré profundo—. En fin, me mandó mensajes y... nada, no pude resistirme. Terminé yendo a su hotel... Pero no era el mismo.

—¿Estuvieron juntos?

—Sí, pero no era el Iván que yo conocía. —Respiré hondo y me agarré la cabeza entre las manos—. Tendrías que haberlo visto. Al principio ni me di cuenta; estaba tan entusiasmada por verlo de vuelta que... Nada, ni vi que era otra persona. Pero sus besos, su forma de tocarme, de hacerme el amor... No. De hacerme el amor no. Cogimos y nada más.

—¿Y decís que se vino hasta acá solo para cogerte por venganza? —me preguntó enarcando una ceja—. Ni que fuera el padrino.

—¿Qué otra razón puede haber para que justamente se venga a Cariló? —Quimey hizo un silencio mientras pensaba en algo—. ¿Qué?

—Yo publiqué que tenía el casamiento de tu hermano cuando me fui a comprar el traje. —Se encogió de hombros—. Mi perfil es público... así que puede ser que se haya enterado por ahí.

—No lo puedo creer... —Resoplé—. Hasta le conté lo de Dante... —Quimey abrió bien los ojos—. Sí, lo sé. Pero quise contárselo; quería sincerarme con él, quería... Quería que se quedara. Que estuviera conmigo. Pero él tenía otros planes... Lo dejaron solo después de separarse de Olivia. Su familia, sus amigos. Durante todo este tiempo estuvo con cuanta mina

pudo, disfrutando de conquistarlas y dejándolas queriendo más. ¿Te suena? —Una lágrima me recorrió la mejilla y Quimey estiró su mano para sostener la mía—. Lo destruí, ¿entendés? Le hice lo mismo que me hizo Dante a mí. Si tan solo le hubiera dicho que sí...

Pero no pude terminar la frase. La tristeza se me acumuló en la garganta y me largué a llorar. Quimey estiró sus brazos y me contuvo en ellos. ¡Por favor! Cómo dolía esto... Era como si tuviera un agujero en el pecho que con el tiempo se iba haciendo cada vez más grande, succionando todo de mí. Cada recuerdo, alegría, sueño, esperanza... hasta dejarme vacía.

—Sé que duele, amor —me dijo Quimey al oído—. Pero si le hubieras dicho que sí, no habría cambiado nada.

Desenterré mi rostro de su pecho y lo miré con el ceño fruncido.

—Me había enamorado. La primera vez en años... ¿Cómo no habría cambiado nada habérmela jugado por amor?

—¿Por qué te separaste de Dante?

Su mención me tomó por sorpresa y volví a sentir una daga fría en el corazón. Me puse de pie y me alejé, como si hubiera sido él quien me había apuñalado.

—¿Por qué lo mencionás?

—¿Te das cuenta de que no sos capaz de superarlo todavía?

—No es fácil de olvidar que te desprecien de esa manera.

—¡Ahí está!

Lo miré en silencio sin entender a qué se estaba refiriendo.

—Creés que Dante te dejó por culpa tuya —dijo finalmente.

—Una relación se hace de a dos.

—En eso estamos de acuerdo. Pero vos hiciste tu parte, él no hizo la suya. Sin embargo, crees que te dejó porque vos no valías nada.

Por eso me había intentado quitar la vida. Porque sentía que sin Dante no había vida posible.

¿Me habría apegado tanto a Iván también?

—Gracias por haber venido, pero necesito estar sola —le dije aún mareada por sus palabras.

—No voy a dejarte sola —me respondió poniéndose de pie y cruzándose de brazos.

—No voy a hacer ninguna locura. —Exhalé—. Es el casamiento de Víctor. Necesito... necesito calmarme. Por favor, quiero estar sola.

—Me llamás —me dijo con voz fuerte e imponente—. ¿Entendido?

Asentí en silencio y volvió a abrazarme.

Cuando Quimey se fue, volví a quedarme conmigo misma, como lo había estado por tanto tiempo. Ya me conocía y no podía seguir engañándome. Salir a buscar un hombre no iba a cambiar mi estado. Ya nada era igual. Refugiarme en mis fotografías no apartaría el problema por mucho más tiempo. Irme de viaje con mi familia solo aplazaría el momento en el que verdaderamente tenía que estar conmigo misma. Y con mi dolor.

Y ya conocía ese dolor. Parecía como un viejo amigo que volvía a visitarme. O, en realidad, que volvía a emerger porque nunca se había ido. Dante me seguía doliendo como aquel día. Su traición me seguía disminuyendo cada vez que pensaba en ella y la recordaba. Me veía como una persona diminuta en medio de un mundo enorme.

Siempre le había reprochado que no me había amado lo suficiente. ¿Pero existe una medida justa de amor? ¿O siempre hay uno que ama más que el otro? ¿Lo amé más o lo amé demasiado? ¿Me había amado a mí misma? Muchas veces había jugado con mis recuerdos y los había retorcido, amoldándolos a una realidad que nunca había existido: una en la que él no me traicionaba con Greta y seguíamos juntos y felices.

De haber ocurrido, no habría empezado mi negocio de fotografía.

No habría pasado una temporada entera con mis viejos viajando por el mundo.

No habría conocido a Iván.

Porque, más allá del dolor que sentía, sabía que Iván había aparecido en mi vida cuando más lo necesitaba, a pesar de no haberlo registrado conscientemente. Porque él había vencido las barreras que había impuesto a mi alrededor y había conquistado cada parte de mí. No había tenido otra opción más que rendirme.

Dolía, pero estaba sintiendo.

Jamás había pensado que podría volver a enamorarme.

Y, aunque él no estuviera más conmigo, estaba ansiosa por ver lo que me deparaba la vida.

Esa noche Víctor e Irina dieron el sí. Con mi cámara en mano, retraté cada sonrisa, cada beso y abrazo. Los amigos de mi hermano lo rodearon en un abrazo grupal, deseándole lo mejor en esta nueva etapa de vida. Mis padres también se acercaron a los dos, con lágrimas en los ojos. Mi dedo no paraba de apretar el obturador, una vez tras otra. El corazón me latía fuerte en el pecho y una sonrisa grande y cálida se formó en mis labios.

Podía ver cómo Irina miraba a Víctor. El brillo en sus ojos azules, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando le sonreía y cómo se relamía los labios cuando lo miraba. Y mi hermano se la devoraba con los ojos, no pudiendo creer la mujer que la vida le había dado. Y allí, con el atardecer de fondo, los colores anaranjados y rosados pintados en el firmamento como en un lienzo, Víctor e Irina se abrazaban por la cintura, mirándose profundamente a los ojos, sin necesidad de mediar palabra y con todo el amor que se profesaban en esas miradas.

Capturé la imagen y realmente pude sentir el amor a través de la pantalla de mi cámara.

Entonces, una lágrima salió de mis ojos y suspiré.

Fui corriendo a abrazarlos y, entre los dos, pude sentir la calidez de su amor.

Con el corazón galopando en mi pecho, soñé con que algún día podría encontrar un amor así.

Epílogo

¡La muestra es un éxito! No puedo creer que haya esperado tanto para volver a hacerlas. No obstante, tengo un nudo en el estómago y la ansiedad a flor de piel; uno nunca termina de sentirse amateur en estas cosas. El dueño de la galería de arte, un viejo conocido de la familia me propuso hacer una tras ver algunas de las fotos que subí a mi página web sobre el casamiento de Víctor. ¡Y ya hay clientes que compraron mis fotografías y más de uno está preguntando por mis servicios!

Después de todo, no voy a tener que abandonar mi pasión.

Mi hermano está con Irina, quien se acaricia el vientre constantemente. ¡No puedo creer que vaya a ser tía! Mis papás están como locos. De hecho, están pensando en asentarse un tiempo en Alaska para aprovechar los mejores años del bebé que está por venir. Yo tampoco descarto esa posibilidad. Gracias a mi trabajo, puedo manejar mi vida con libertad.

Quería agradecerte que me hayas leído hasta el final. Espero que no hayas creído que esta era una historia de amor, bueno, pudo haberla sido, pero no era el punto. Asumo que a esta altura entendés por qué. Ahora mencionar el nombre de Dante ya no me duele; es un recuerdo poco grato, pero no me desestabiliza como antes. Y, finalmente, fui hacia mi pasado en Facebook y descargué todas las fotos que había allí. Las borré de la aplicación, pero no quise borrarlas de mi vida. Dante es parte de mí y ahora está en una carpeta en uno de mis tantos discos externos.

¿Te conté que me escribió? Supongo que le habrá llegado algunas de las publicidades que hice por mi nueva campaña de fotos y me escribió para felicitarme. Le agradecí, sinceramente, y estuvimos charlando un rato. Me contó que empezó su propia empresa y que estaba por casarse el año siguiente. No sentí celos. Me alegré por él y por la vida que pudo armar. Nos deseamos buena fortuna y continuamos con nuestras vidas.

De Iván no supe más nada y creo que es lo mejor. Su dolor es un poco más reciente, pero ya no me siento culpable por él. Fueron años de meditación, pero finalmente logré quitarme el peso de los hombros. Siempre le dije que era un hombre libre de tomar las decisiones que quisiera y él quiso estar conmigo. Ahora es tiempo de que Iván recorra su camino y entienda lo que tenga que entender. De corazón, espero que pueda hacerlo y que logre aceptar a su yo anterior, al hombre del cual me enamoré.

Pero la vida está llena de sorpresas.

—Mía —me llama la organizadora del evento. Dejo la copa vacía de champán y me acerco a ella—. Hay un comprador que quiere hablar con vos.

—Sí, claro —le respondo y la sigo hasta la sala contigua, donde se encuentra la muestra de la escuela.

Quise reflejar distintos momentos en la vida de una persona y hay una sala por cada uno de ellos. En esta se encuentra una fiesta de egresados. Algunas de las fotos son reales, otras

recreaciones. Y frente a la que saqué a un grupo de adolescentes frente a una fuente de agua, hay un hombre. Cuando me acerco me dice:

—Esa fuente está en la escuela Juniors.

Lo veo y no lo puedo creer.

—¿Alejo?

Me regala una sonrisa de oreja a oreja y abre los brazos. Nos sumimos en un abrazo, riéndonos.

—No puedo creerlo —le digo—. ¿Qué hacés acá?

—Cuando vi tu publicidad, quedé encantado con tu trabajo. Y necesito nuevo arte en mi oficina, así que dije ¿por qué no?

—Muchas gracias por invertir en mi trabajo.

—Por favor, sos una mujer muy talentosa.

—¿Y qué es de tu vida?

En ese momento se acerca un mozo y ambos agarramos una copa.

—Me divorcié hace cinco años más o menos y, desde entonces, empecé a perseguir mi pasión: el mundo editorial. El primer libro que publicamos no tuvo tanto éxito, pero al nuevo le está yendo bastante bien. ¿Y vos?

Respiro hondo. Por dónde empiezo, ¿no?

—Desde que me separé de Dante me empecé a dedicar de lleno a la fotografía, así que coincidimos en eso —le respondo riéndome.

—Dicen que el arte nace del dolor.

—No siempre —le respondo con una sonrisa.

Vuelve a mirar la fotografía y sonrío.

—Todavía me acuerdo de aquella fiesta de egresados. —Gira su cabeza para mirarme a los ojos—. Me quedó un recuerdo amargo.

Frunzo el ceño y lo miro extrañada.

—Si estuviste con Bianca.

—Pero yo no quería estar con ella.

Trago saliva y siento un nudo en la garganta. La respuesta está en sus ojos, pero no puedo creerla. Necesito que la diga en voz alta.

—¿Y con quién querías estar?

Sonríe.

—Con vos. —Suspira profundo—. Pero no era valiente en aquel entonces... —Pone sus manos en los bolsillos y se encoge de hombros—. Cuando Bianca se acercó a mí la primera vez, pensé que era para hablarme de vos.

—Era para hablarte de mí —le digo frunciendo el ceño.

—Bianca nunca me habló de vos.

Me quedo en silencio un momento. ¿Qué significa eso?

—Yo tampoco fui valiente en aquel entonces... y por eso le pedí a ella que... —Me enredo con mis propias palabras—. ¿De qué hablaron?

—De ella, principalmente. De hecho, yo le había preguntado por vos y me dijo que tenías

novio.

Me río a carcajadas. ¿Por qué Bianca me haría una cosa así? Éramos amigas inseparables, mi confidente. Confiaba en ella con los ojos cerrados... ¿Por qué quiso apartar a Alejo de mí?

—De verdad que la vida sorprende —le digo acercándome a la foto. Los dos la miramos, seguramente con el mismo recuerdo en la mente—. Me han pasado muchas cosas desde aquella noche en la fiesta de egresados, una acción desencadenó otra. Y no puedo evitar pensar qué habría pasado si Bianca no te hubiera dado ese beso y si yo me hubiera animado a encararte.

—A veces pienso lo mismo. Bianca fue un antes y un después en mi vida.

—Pero lograste muchas cosas. Como yo.

—Como vos... —Se me queda mirando un momento. Luego le da el último sorbo a su copa y la deposita en una de las bandejas que los mozos que pasa por allí—. No voy a retenerte más. Te dejo con tu exposición y te felicito por tu trabajo.

—Gracias. Y gracias por comprar.

Lleva su mano hacia el interior del saco y extrae una pequeña tarjeta blanca.

—Si tenés ganas, podemos ir a tomar un café algún día.

Me quedo mirando la tarjeta un segundo y sin miedo le respondo:

—Claro. Me encantaría.

Porque la vida es maravillosa y hay que vivirla.

Y así quiero vivir la mía.

Notas de la autora

Esta historia empezó a partir de una canción, “Dead inside” de Muse, en agosto de 2019. Y, desde ese entonces, me enamoré por completo de la historia.

Fue difícil crearla, porque por primera vez, indagué con profundidad en mis personajes, tratándolos de hacer lo más creíbles posible. Lo pude lograr gracias a la ayuda de mi amiga, Julieta, quien me escuchaba los largos audios que le mandaba por WhatsApp y me daba su opinión sobre las personalidades de mis protagonistas. Después tuve otros ojos detallistas de la mano de mi otra amiga, Carolina, quien me hacía notar inconsistencias en la historia. Siempre voy a estar agradecida por la ayuda. Escribir un libro es algo muy solitario, y gracias a ustedes, me sentí acompañada.

A su vez, voy a mencionar a mi prima, Mariana, quien también se tomó el tiempo de leerla y brindarme su opinión. No todas las personas se comprometen de esta manera, así que gracias a todas.

Que este libro sea una realidad, es otro sueño cumplido. Hubo mucho trabajo detrás, porque por primera vez, tomé las riendas y lo publiqué de forma independiente. Por esto, me di cuenta de lo que soy capaz de lograr cuando me propongo algo.

Gracias por leerme.

Y si llegaste hasta el final de esta nota, quiero compartírte una sensación que me anda rondando la cabeza: creo que Iván necesita su propia historia...

Nadia Colella nació en Buenos Aires, Argentina. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires y se recibió de abogada en el 2014.

Comenzó a escribir desde los doce años y publicó su primera novela, Sentimiento Hostil, en el 2011; y la segunda, Eterna Debilidad, en el 2013. Ambas de romance paranormal.

En el 2019 lanzó su marca Organiza tu creatividad, con la cual ayuda a escritores amateurs a escribir su libro.

Cuando no está escribiendo, trabaja en su contenido online o mira Game Of Thrones, aunque ya se sepa sus diálogos de memoria.

SUS REDES SOCIALES:

www.nadiacolella.com

www.instagram.com/nadiaescritora

www.youtube.com/nadiacolellaescritora

www.facebook.com/nadiacolella

Mi autonomía

NADIA COLELLA

no